L • I • B • R • E
Pensamiento

OTOÑO 1997 (25) 450 pesetas

DOSSIER: NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

FUNDAMENTALISMO ANARQUISTA

LA REFORMA LABORAL

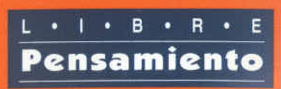
¿HACIA DÓNDE VA GREENPEACE?

En este número...

- **Tema del trimestre: NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES**

Consejo Editorial

Chema Berro, Russell Di Napoli, Félix García, Carlos Taibo, Jesús Sáinz, Carlos Ramos, José Luís Ibáñez, Agustín Morán, Paco Marcellán, José Luis Arantegui, Víctor Frago, Antonio Morales, Joan Hernández.



•Nº25•OTOÑO 1997•

Edita

Confederación General del Trabajo. Secretaría de Comunicación.

Director-Coordinador

Antonio Rivera

Coordinación técnica

Mikel Galé

Diseño

José Luís Ibáñez
Joseba Iñaki Bengoa

Maquetación

Textos i Imatges S.A.L.

Composición e Impresión

Servicio de Documentación y Publicaciones (SDP-CGT)

Redacción

Calle Sagunto, 15. 28010 Madrid. Tel. (91) 593 16 28. Fax. (91) 445 31 32. mail: rojoynegro@cgt.es

Depósito Legal: V-1735-1991

I.S.S.N: 1138-1124

LIBRE PENSAMIENTO

PAPELES DE REFLEXIÓN Y DEBATE. CONFEDERACIÓN GENERAL DEL TRABAJO (CGT)



Editorial

"El silencio es más fuerte que la palabra.
El silencio aprueba o desaprueba.
La palabra siempre justifica"
Horror vacui
Santiago López Petit

El crimen cometido contra el concejal Miguel Angel Blanco nos ha sumido a todos en un mar de dudas sobre la naturaleza, el valor y la oportunidad del silencio y de la palabra. Solo desde la infamia, la ignorancia, el ideologismo ciego o el disparate se puede permanecer ajeno a cosas como ésas. Solo desde esos lugares se puede afirmar que éste no es sino un hecho más dentro de un largo proceso de confrontación y sufrimiento, que no vale la pena el gesto de la repulsa cuando tantos motivos tendríamos para revolvernos cada mañana contra la realidad presente, o que cualquier cosa que se diga o haga no servirá sino para asentar el poder y el estado de cosas que permite ese horror y otros muchos horrores. El hambre en el mundo o el apocalipsis ecológico no pueden justificar el silencio, ni desterrar la respuesta por simple comparación. Ni tampoco lo que constituye el último paso conocido de una estrategia criminal puede contemplarse con la lejanía del espectador, simplemente porque tengamos menos boletos que otros a la hora de que el crimen nos alcance. La muerte puede tener una razón natural; el crimen, no.

Estas reflexiones están lastradas en nuestro espacio por el peso de una tradición que conduce impulsivamente a estar con el que se opone a lo establecido, al margen de lo que pretenda o haga quien actúa. Cuesta mucho, se sabe, ponerse en la tesitura de qué hubiéramos hecho con nuestro antimilitarismo en vísperas de la Segunda Guerra Mundial –no en vísperas de la Primera–, o si en la Alemania pre-nazi hubiéramos permanecido ajenos a los ataques que los nazis llevaban a cabo contra lo que quedaba de aquella República de Weimar. Algunos de nuestros mayores tuvieron que enfrentarse a la pregunta en carne viva, en su propio pellejo, y el dilema no constituyó para ellos el juego dialéctico y diletante en que tantos, hoy, se refugian. Sin tener que elegir entre el terror del Estado existente o el terror de los que se promueven como Estado futuro, no caben demasiadas dudas –salvo dentro de un revolucionarismo ingenuo, a miles de kilómetros de distancia del lugar de los hechos– de que unos y otros han demostrado ya con creces su naturaleza autoritaria y hasta fascista. Unos, ... y también los otros.

El problema, probablemente, sea sopesar el valor y el costo del silencio y de la palabra. ¿Se equivocaron quienes se pronunciaron?, ¿lo hicieron los enmudecidos? De nada sirve, ni viene al caso, pedir responsabilidades. Solo merece la pena tratar de colocar el debate en su justa dimensión y esquivar comparaciones que insultan a la razón y al sentido común. La palabra siempre justifica. Esta vez, de nuevo se ha comprobado. La palabra y el gesto se los acaba llevando el viento. Tras ellos, evaporados sus furiosos humores, surge la desazón de haber sido utilizados por los de siempre. No hacía falta llegar al esperpento de Las Ventas para darse cuenta de que esto era así. El sentido "basta ya" ya se había traducido en disposiciones y acuerdos, en propuestas hilarantes contra el "terrorismo de baja intensidad" y contra todo lo que se mueva. La nómina de los espectadores del problema ha vuelto a crecer, con la decidida intervención de un Estado y de una clase política que teme tanto a los petardos como a una masa de ciudadanos deambulando sin rumbo y sin pastores.

En ese sentido, el silencio, no el silencio cómplice con el asesino, ni el silencio de los espectadores, el silencio sincero y prudente del que se palpa la ropa antes de estallar, ese silencio tenía razón. Hablar cuando no nos pregunten, callar cuando nos soliciten la palabra. Tiene razón, pero hablar. Levantar cada día el "Sí, pero ...", y poner en su sitio a cuantos desde uno u otro lado coinciden en seguir alimentando la rueda del crimen y de la indignidad de eliminar cruelmente al contrario y al opositor. El error ha podido estar en pensar que era meridianamente claro para todos que todo iba a ser diferente, cuando desgraciadamente teníamos tantas experiencias de cómo el horror, en sus diversas manifestaciones, tampoco nos había sacado de la atonía de pensar que hay crímenes y criminales por la misma razón que llueve en los días de otoño.



DOSSIER

NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

de solicitantes de justicia a solicitados de ella

Nunca nuestra solidaridad había estado tan solicitada. A cualquiera que tenga alguna sensibilidad social le salen al paso múltiples posibilidades de encauzarla, se diría que todas los causas nobles llaman a nuestra puerta, cada una de ellas con su voz propia, con su tono distinto, con su peculiaridad convertida en razón de ser, con su urgencia más básica. Todos los matices de todas la opciones posibles tienen su expresión en una propuesta con nombres propios.

Inicialmente, desde la aparición del capitalismo, los deseos de transformación social se plasmaban en la aspiración a una sociedad con relaciones de producción distintas, ejercidos utilizando como terreno preferente de actuación la lucha económica. Aunque con matices diversos, es un modelo único, que se rompe con el propio desarrollo de la sociedad que se quería cambiar y los logros obtenidos en la lucha por cambiarla. Un desarrollo que genera nuevos riesgos y desajustes, mientras que otros ya existentes se hacen más manifiestos en la medida en que se alivia la urgencia de la injusticia económica.

Hemos pasado de la solidaridad como necesidad de supervivencia a exigencia ética, menos social, más individualizada, menos urgente e implicativa, más parcial y dispersa, y ello tiene sus consecuencias en todos los órdenes de la manifestación social

Surgieron así los nuevos movimientos sociales reclamando su propio estatuto y razón de ser, sus objetivos específicos y sus formas de organización y lucha, rompiendo ese modelo único que ya no resultaba útil; enriqueciéndolo sin duda, pero, a la vez, dispersándolo y complicándolo. La cuestión social se «resuelve» por el aumento del nivel de consumo, pero más que resolverse estalla convertida en cuestiones sociales múltiples.

Pero no es sólo eso, al viejo movimiento obrero que reclamaba justicia como forma de salir de su situación de penuria económica, el capitalismo le respondió con el desarrollo y el consumo de masas. Sin embargo, ese desarrollo, que respondió con el acceso al consumo a las demandas de justicia de los obreros con capacidad de reivindicación, ha creado unos enormes márgenes —la mayoría de la población mundial y un tanto por

ciento nada despreciable de nuestras propias sociedades— a los que ese desarrollo no ha alcanzado, sino que, al contrario, ha contribuido a hundir en una situación de mayor y más cerrada penuria (teniendo en cuenta, además, que en el terreno social todo se establece por comparación).

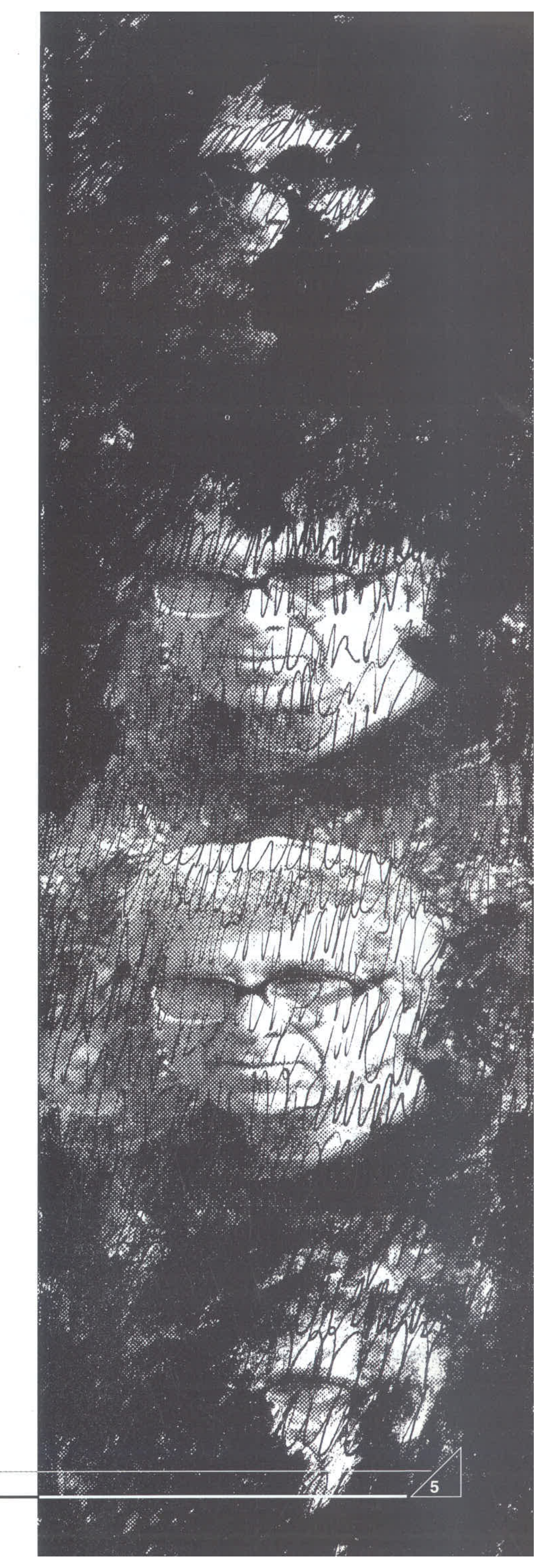
Ello nos convierte, a esa mayoría social de ciudadanos de los países desarrollados, de solicitantes de justicia a solicitados de ella, acarreando la proliferación de organismos —buena parte de ellos bajo la denominación de ONGs— que reclaman nuestra solidaridad y, con ello, su forma de practicarla.

En los siguientes artículos subyace como telón de fondo la pregunta sobre el poder, sobre la capacidad del individuo actual y de la actual sociedad para tomar en sus manos las riendas de un futuro, su propio futuro, que se le escapa y se presenta movido por una dinámica atomizada y autonomizada que le sobrepasa y en la que su decisión, su libertad y su responsabilidad, desaparecen o se debilitan

Todo ello nos presenta un panorama terriblemente complejo en diversos órdenes y que ha trastocado todos los esquemas y conceptos. Una realidad a la que pretendemos asomarnos en esta serie de artículos que constituyen el tema central de este Libre Pensamiento.

Hemos pasado de la solidaridad como necesidad de supervivencia a exigencia ética, menos social, más individualizada, menos urgente e implicativa, más parcial y dispersa, y ello tiene sus consecuencias en todos los órdenes de la manifestación social. Vivimos en la sociedad del mercado reducidos a consumidores y las opciones sociales se asimilan a esa faceta preponderante, asemejándose a las ofertas del mercado.

Ello nos aboca a una sociedad debilitada, casi inexistente más allá de la simple suma de individuos y terriblemente dependientes ambos de la presencia de un Poder cada día más fuerte, omnipresente y externo. En todos los aspectos en que se manifiesta esta nueva realidad y que se desarrollan en los sucesivos artículos, subyace como telón de fondo la pregunta sobre el poder, sobre la capacidad del individuo actual y de la actual sociedad para tomar en sus manos las riendas de un futuro, su propio futuro, que se le escapa y se presenta movido por una dinámica atomizada y autonomizada que le sobrepasa y en la que su decisión, su libertad y su responsabilidad, desaparecen o se debilitan.



Las ONGs en las estrategias del nuevo orden mundial

El creciente auge de las ONGs y el fuerte apoyo que éstas reciben en el plano institucional, coincide con el momento en que las políticas de ajuste adquieren un carácter marcadamente neoliberal.

En una primera impresión pudiera entenderse que el impulso dado al movimiento de ONGs se produce para compensar de algún modo las consecuencias negativas de estas políticas para gran parte de la población mundial. Este carácter paliativo ha sido criticado desde sectores progresistas por considerar que este tipo de acciones pueden mitigar algunos problemas, pero no abordan las causas que los generan. Asimismo, se señala como contradictoria la relación entre el modelo neoliberal y sus políticas de ajuste con la intervención de las ONGs en el mundo subdesarrollado. Son posiciones antagónicas, aunque ambas impulsadas desde las mismas instituciones. Con menos frecuencia se denuncia que las denominadas «respuestas alternativas», propugnadas por las ONGs del mundo desarrollado para el tercer mundo, en ningún país industrializado se pueden poner en marcha.

No hay duda que estos aspectos y otros elementos de las críticas actuales deben ser tenidos en consideración. Sin embargo se muestran insuficientes para explicar las contradicciones e interrogantes en los que se mueven estas organizaciones.

Desde nuestro punto de vista se hace necesario ir más lejos y encontrar la lógica que relaciona el neoliberalismo y las ONGs. Este análisis parte del hecho de que el denominado *Nuevo Orden Mundial* tiende a imponer mecanismos cada vez más globales, en los que todos los agentes cumplan su papel en un proceso marcado por la liberalización y la privatización. No parece que las ONGs puedan ser ajenas a este proceso, ya que su presencia se promueve desde todos los ámbitos, especialmente desde las instituciones más comprometidas con el proyecto neoliberal.

De igual forma se puede constatar que de forma creciente las ONGs tienden a sustituir a la acción pública favoreciendo los procesos de privatización y, aún cuando en apariencia su imagen esté alejada de un carácter mercantil, su funcionamiento y actividad se ajustan a la implantación de las estructuras de mercado como forma esencial de relación.

Retos y problemas

La preocupación por el papel que cumplen las ONGs en los procesos conocidos comúnmente como Cooperación para el desarrollo no es nuevo ni carece de respuesta. A estas alturas existe evidencia suficiente para constatar el fracaso de las políticas de desarrollo preconizadas por los organismos económicos internacionales y las dramáticas consecuencias que están teniendo para una gran parte de la población mundial.

Desde este punto ya se pueden distinguir las primeras disyuntivas dentro del conjunto de las ONGs. Hay quien considera que la situación denunciada es el resultado de errores en la aplicación del modelo y que es precisamente en la profundización de sus mecanismos donde habrá que insistir para corregirlos. Es el caso de algunas ONGs que plantean el desarrollo sostenido como salida al subdesarrollo y la profundización en los mecanismos financieros y productivos acordes con el mercado de libre competencia.

Hay quien centra su análisis en la crítica al nuevo Orden Mundial y la intensificación de las políticas neoliberales. Como paradigma de esta actitud se puede citar el concepto de *desarrollo sustentable* como alternativa. También hay que señalar algunos casos que estiman que es la naturaleza del sistema político-económico imperante la que da lugar al panorama que contemplamos. El capitalismo en su dinámica de acumulación no admite alternativas en un mundo que domina globalmente.

Estas diferencias son bien conocidas en los ámbitos ya consolidados de la Cooperación para el desarrollo —organismos institucionales, ONGs, expertos—; se conocen parcialmente en los espacios próximos —voluntarios, activistas, ...—; y son del todo desconocidas para la población en general, que se suele orientar por las señas de identidad de las organizaciones y sus mensajes, referidos a estereotipos fácilmente identificables, fundamentalmente los de carácter religioso y profesional.

No obstante, los motivos de preocupación de las ONGs no quedan circunscritos a la concepción del modelo de desarrollo actual o a las contradicciones entre las políticas de ajuste y los modelos que estas organizaciones preconizan.

Preocupa el vertiginoso crecimiento del número de organizaciones, la cuantía de los recursos que se manejan, la extensión de las actividades y las nuevas relaciones con las instituciones de ámbito internacional. Estas circunstancias generan dificultades e incertidumbres, hasta el momento paliadas por la sensación de euforia que transmite un momento de crecimiento y expansión. Asimismo, son motivo de interés e incertidumbre los nuevos espacios que se abren en torno a la consideración de las ONGs como organizaciones representativas de la sociedad civil y por tanto portavoces de la población; nuevos roles que se adquieren de la mano de las instituciones nacionales e internacionales, verdaderos dinamizadores de este nuevo papel.

«De forma creciente las ONGs tienden a sustituir a la acción pública favoreciendo los procesos de privatización y se ajustan a la implantación de las estructuras de mercado como forma esencial de relación»

En un momento de auge en el que persisten frenos y deficiencias administrativas, se configuran las críticas a la cooperación española para el desarrollo, señalándose entre otros aspectos la escasa articulación de las políticas nacionales con las políticas comunitarias, la supeditación de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) a la política exterior y de comercio, la incoherencia interna en el plano jurídico-legal y la ausencia de una estructura profesionalizada en la administración.

Son también puntos de atención, no exentos de conflicto para las ONGs, las críticas desde sectores de base de los movimientos de solidaridad y las discrepancias en el seno de movimientos protagonistas de la actividad en la calle, sobre todo la apertura de espacios de acción donde se analizan, debaten y critican los modelos de desarrollo y las instituciones que los preconizan, donde además el corporativismo de las ONGs es minoritario. Esta situación se puso en evidencia durante el foro alternativo "Las otras voces del planeta" cuando la Coordinadora de ONGs para el Desarrollo se retiró del foro al sentirse en minoría ante una discrepancia de carácter político.

La imagen delas ONGs ante la opinión pública, sustentada en los medios de comunicación y en la propia propaganda de estas organizaciones, mantiene el discurso de una actividad abnegada, sostenida por hombres y mujeres altruistas y valerosos. Es difícil prever por cuánto tiempo y en qué condiciones se puede mantener este discurso, que evidentemente no está en posición de afrontar elementos críticos. Co-

Las ONGs en las estrategias del nuevo orden mundial

mo medio para afianzar esta imagen, se están tomando iniciativas para establecer un Código de Conducta, como guía para encauzar las actividades de las ONGs manteniendo el adecuado nivel de «prestigio».

DIFICULTADES PARA LA IDENTIFICACIÓN

Para las Naciones Unidas se trata básicamente de entidades de carácter privado. Otros trabajos reconocen que la sigla OGND no tiene un significado normalizado, entre otros motivos porque tampoco es fácilmente delimitable la naturaleza y peculiaridad de las ONGs que trabajan en la Cooperación al Desarrollo, porque son muchos y controvertidos los intereses —desde dentro y desde fuera— que confluyen en estas organizaciones.

Para el Banco Mundial el trabajo de las ONGs debe enmarcarse dentro de programas compensatorios temporales para aliviar los costos políticos y sociales de las estrategias de ajuste estructural impulsadas por el BM y el Fondo Monetario Internacional.

Otros autores definen a las ONGs como organizaciones no administradas por gobiernos, sin ánimo de lucro, que dirigen sus acciones en particular a los sectores más pobres de la población y cuyas actividades pretenden no sólo satisfacer necesidades puntuales sino promover valores y actitudes tendentes a un cambio social basado en criterios de justicia, equidad, democracia, participación y solidaridad.

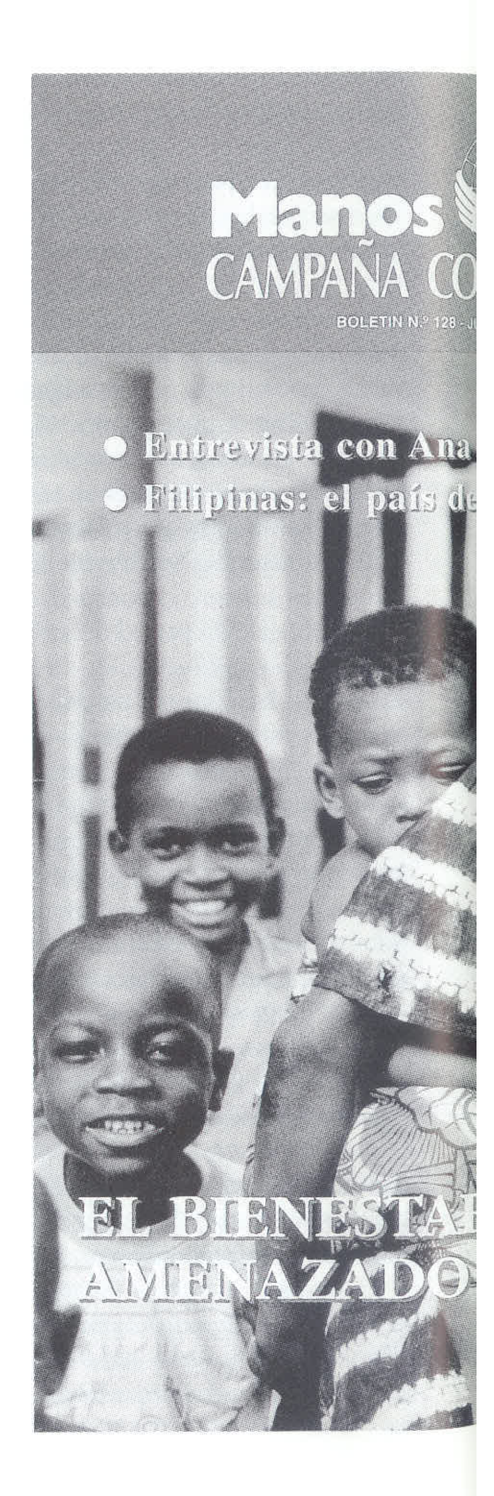
Para hacer frente a esta situación con frecuencia se recurre a su clasificación según diferentes criterios: por su naturaleza y estructura, por su ámbito geográfico, por sus objetivos y orientación de su trabajo, por los destinatarios de su acción, por el modelo social que buscan implantar, etc.

Lo elemental desde el punto de vista descriptivo y la pobreza desde el plano de análisis que caracterizan estas tipificaciones, no permiten una aproximación al conocimiento de las ONGs.

Estas carencias se hacen aún más evidentes en las declaraciones de principios proclamadas por estas organizaciones en las ocasiones en que es necesario mostrar el carácter que anima su conducta.

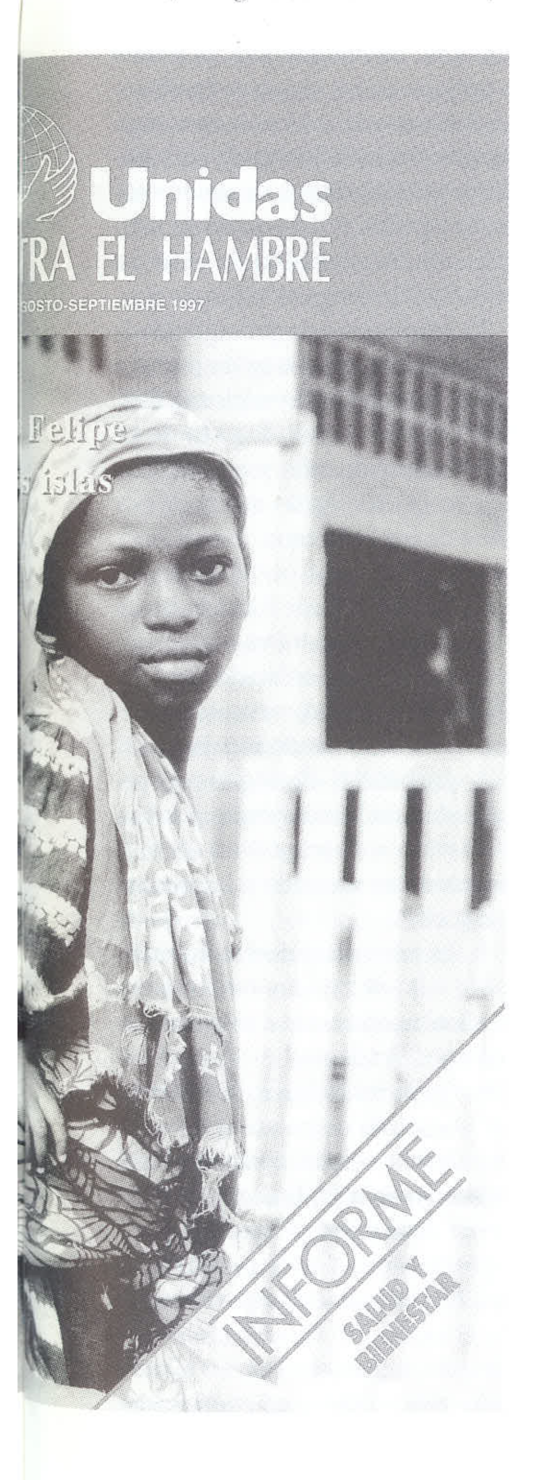
A modo de ejemplo reproducimos algunos de los acuerdos del Foro Internacional de ONGs y movimientos sociales de Río en 1992 publicados en el libro *Construyendo el futuro,* editado por el M.O.P.T.:

"los firmantes de este tratado (...) organizaciones voluntarias, sin fines de lucro, independientes de las autoridades públicas y de grupos comerciales (...) prometemos dedicarnos a mejorar nuestra cooperación política y democrática, nuestro control y capacidad de negociación,a través de un proceso solidario de



información, diálogo y de intercambio de experiencias y acciones" (p.41).

En este mismo documento se aprueban como "código de conducta para las ONGs", entre otros, los siguientes puntos: servir fielmente a la gente dentro de nuestra comunidad; arraigarse en temas locales, tener un código ético para el personal; promover la justicia y la igualdad, aliviar la pobreza y preservar la identidad cultural; comprometerse a mejorar el medio ambiente global, físico, biológico y humano; tener una estructura salarial justa; estar del lado del pueblo y no imponerle sus propios objetivos; evitar la corrupción tanto material como espiritual (pp.63-64).



Llegado a este punto, parece que las clasificaciones, tipificaciones y declaraciones ético-morales sobre la naturaleza de las ONGs ponen de manifiesto el vacío existente en el análisis del papel que cumplen en el complejo entramado donde se desarrolla su actividad. Se trataría por tanto de integrar de forma coherente su papel en el sistema de relaciones en el que operan.

Surgimiento del movimiento de ONGs en el Estado español

En 1982 apenas una decena de ONGs fundan la Coordinadora de ONGs. La mayor parte de ellas pertenecían a la tradición eclesiástica.

Esta situación se corresponde con la consideración del Estado Español como país desarrollado a partir de 1981, que hasta pocos años antes había sido receptor de ayudas. La opinión pública desconocía la existencia de ONGs y la cooperación con el Tercer Mundo era asimilada con campañas de caridad.

Sin embargo, fuera de este ámbito existía un fuerte movimiento de solidaridad con gran cantidad de militantes y activistas que trabajaban sobre todo en torno a Centroamérica y el Sáhara. Este movimiento supo captar recursos materiales y humanos y llevó a cabo numerosas acciones de cooperación, sensibilizando a la población y sobre todo creando una corriente política de reconocimiento a las luchas por la emancipación de los pueblos. La estructura de los grupos de solidaridad tenía implantación en todo el Estado y su participación fue decisiva en campañas de alto contenido político, como el referéndum sobre la OTAN.

En este movimiento lo «no gubernamental» y lo «antigubernamental» se fundían en una alternativa práctica de cooperación y solidaridad por el desarrollo y la emancipación del Tercer Mundo.

Varios acontecimientos vendrán a cambiar radicalmente esta situación. A mediados de los 80 se crea la SECIPI y se inician los programas de cooperación para el desarrollo. La cooperación oficial se nutre de cooperantes, en parte procedentes de organizaciones de solidaridad, los recursos oficiales abren nuevas áreas de actividad y es frecuente encontrar entrelazados a la cooperación oficial y la solidaridad militante, fundamentalmente en el caso de Nicaragua.

La pérdida del referéndum de la OTAN produjo un importante retroceso en las organizaciones de solidaridad. En paralelo fue produciéndose un incremento de la actividad oficial en el campo de la cooperación. Como consecuencia de esta nueva situación surgen un número importante de ONGs, vinculadas inicialmente a la solidaridad pero que en poco tiempo extienden su actividad hacia las áreas que las instancias oficiales ofrecen como prioridades para la cooperación.

La pérdida sandinista de las elecciones en Nicaragua, el hundimiento del denominado socialismo real y el retroceso de las alternativas de izquierda, acompañan al crecimiento imparable de un nuevo modelo basado en la cooperación a través de las ONGs.

Las ONGs en las estrategias del nuevo orden mundial

La extensión de esta actividad, prácticamente desconocida y ajena para la mayor parte de la población, ha estado acompañada de un considerable despliegue propagandístico basado especialmente en los aspectos de ayuda humanitaria frente a situaciones de extrema necesidad.

Pero el soporte publicitario, a través de los medios de comunicación y por iniciativas de las propias ONGs, necesitaba respaldo popular para consolidar un modelo en crecimiento que consume recursos estatales.

El trabajo de la Plataforma del 0,7%, en su manifestación pública durante el otoño de 1994, otorga carta de naturaleza, propiciando el carácter de reivindicación popular a las demandas de ayuda al Tercer Mundo. Posiblemente se trata de la primera ocasión en que una reivindicación frente a un gobierno es compartida por éste y una movilización en la calle es aplaudida unánimemente por todos los grupos políticos y los medios de comunicación que con independencia de sus tendencias expresaron su adhesión a esta campaña.

La revolución conservadora de los 80

La década de los 80 enmarca la revolución conservadora, que culmina con la desaparición del bloque del Este Europeo y la consolidación del Nuevo Orden Mundial. La lógica del proyecto neoliberal que conduce los actuales modelos de desarrollo, establece sus bases en torno a la liberalización, la privatización, la estabilidad y la seguridad. Los dos primeros términos corresponden a su significado en el lenguaje común y las acciones más características en torno a ellas se centran en la disminución del gasto público y en servicios sociales, la privatización de los sectores públicos que pueden generar beneficios y la liberalización de los mercados de trabajo.

Estas políticas de ajuste permiten afianzar los procesos de acumulación económica. Las consecuencias para la población se justifican como problemas derivados de «atrasos» o «fallos» , tanto en los mercados como en los gobiernos.

Los términos de estabilidad y seguridad deben entenderse como la estabilidad social que permita asegurar el funcionamiento de las mecánicas establecidas. La tensión y la violencia que pueden devenir como resultado de las condiciones a las que se somete a una gran parte de la población, requiere un incremento de las funciones del Estado como instrumento de control social. Sin embargo, la estabilidad social no sólo recaerá sobre la acción pública, también requiere la contribución de organizaciones no gubernamentales que contribuyan al control de la sociedad civil.

En 1994 la CEPAL advertía sobre la necesidad de enfrentarse a estos riesgos: "...al acercarse la humanidad a un nuevo milenio, persisten —aunque en un contexto cambiante— algunos de los fenómenos cuya superación se ha invocado para justificar los grandes movimientos sociales y políticos del pasado: la marginación, la exclusión, la extrema pobreza y la desigualdad".

La respuesta esta protagonizada por los grandes centros de poder a escala internacional y regional: FMI, BM, Union Europea, Tratado de Libre Comercio, etc., y cuenta con una aceptación cada vez mayor por parte de los gobiernos.

Los contenidos neoliberales de esta respuesta fueron formulados en el *Informe sobre el Desarrollo Humano* de 1993 editado por el PNUD, que no deja resquicio a interpretaciones cuando señala:

"...las batallas ideológicas del pasado se están sustituyendo por una asociación muy pragmática entre la eficiencia del mercado y la solidaridad social".

"...es necesario reformar los mercados a fin de brindar a todos acceso a los beneficios que estos mercados pueden adoptar".

"... La mejor forma es desencadenar el espíritu empresarial del pueblo, aceptar riesgos, competir, innovar, determinar la dirección y el ritmo de desarrollo".

No obstante, el Informe del PNUD de 1993 planteaba algunas dudas sobre el modelo. Si bien "la forma más eficiente de participación en el mercado es el acceso a un empleo pro-

ductivo y remunerado (...), es evidente que no sido así. A lo largo de los tres últimos decenios la tasa de crecimiento del empleo en los países en desarrollo ha sido aproximadamente la mitad que la de producción", añadiendo que "los mercados, que en teoría están abiertos a todos, en la práctica excluyen a las personas cuya pobreza hace que aparezcan como poco dignos de crédito".

La solución de este problema se encuentra un año más tarde. En el informe de 1994 del mismo organismo, bajo el epígrafe *Crédito para todos,* se recoge:

"Los pobres pueden ahorrar aunque sea poco, los pobres tienen oportunidad de inversión rentable para escoger entre ellas, los pobres son prestatarios muy fiables y por ello constituyen un buen riesgo, los pobres tienen capacidad para pagar los tipos de intereses de mercado. (...) si hubiera sumas moderadas de capital inicial para sus microempresas podrían hacer realidad sus sueños.

Con el triunfo de los mercados sobre la planificación centralizada y cuando las valerosas voces de la democracia silencia los terrores del autoritarismo, por doquier la gente afirma su derecho a determinar su propio destino (...). Hay que observar también la determinación de los pueblos de todo el mundo en el desarrollo de pasos para sus propias transiciones democráticas, reducir los sectores públicos sobredimensionados y satisfacer sus necesidades de desarrollo humano".

Finalmente, base social, ONGs y mercado quedan unidos en una misma estrategia:

"De hecho, las organizaciones populares y las ONGs han crecido de forma impresionante en los últimos años y brindan un medio más vigoroso de corregir los fallos tanto de los mercados como de los gobiernos".

Para citar cómo la UE entiende la corrección de estos fallos a través de las ONGs baste el ejemplo de Cuba. El 16 de septiembre de 1993, durante el debate para aprobar una resolución del Parlamento Europeo de condena del bloqueo norteamericano, el comisario Pedraig Flynn se refirió a la preparación de un programa de acción inmediata dirigido a la isla para "apoyar a la población cubana a través de ONGs y proporcionar información y formación para familiarizar a la población con el funcionamiento de la economía de mercado".

«La eficacia económica en términos de rentabilidad determina el crecimiento de estas organizaciones y será la capacidad de atracción del producto ofrecido, la imagen conseguida y la utilización eficaz de los recursos obtenidos lo que asegure el crecimiento. Es decir, las leyes del mercado»

Se expresa así, sin paliativos, la estrategia para la implantación de los mecanismos de mercado como única y excluyente forma de relación y se señala a las ONGD como los instrumentos más adecuados para implementarlos en la población.

La integración de las ONGs en la lógica del mercado

Cabe plantearse en qué radica la capacidad de integración de las ONGs en la lógica del mercado y qué posibilidad integradora tienen estas organizaciones en esa mecánica y qué capacidad tienen para actuar como mecanismos de integración en esta mecánica.

Aún cuando sea de forma específica, las ONGs avanzan en su integración en los mecanismos de mercado. En la última década se aprecia la creación de ONGs como respuesta a una oferta económica, los fondos para la cooperación, y como salida laboral, empleo en proyectos de cooperación. Su dinámica financiera no se limita al empleo de los fondos que se les transfieren sino que cada día con mayor impulso se integra en una dinámica de crecimiento que implica una fuerte actividad inversora. Así, parte de los recursos se dedican a la obtención de más recursos a través de acciones típicas de mercado (publicidad, conciertos, tiendas, infraestructura,...). Esta reproducción ampliada implica un mecanismo de acumulación aunque su destino sea el crecimiento interno y la ampliación de las donaciones.

La ausencia de ánimo de lucro no implica la inexistencia de beneficios, que se reinvierten en forma de patrimonio y mayor actividad. Este proceso típico del mercado viene obligado por la propia competencia, otro de los elementos de la misma mecánica. De mantenerse el nivel de crecimiento únicamente a expensas del volumen de donaciones se perdería «cuota» en el conjunto de organizaciones y por tanto se renunciaría a tener la mayor incidencia posible en la resolución de los problemas que se pretende afrontar. Los procesos de internacionalización por alguna de las ONGs de

Las ONGs en las estrategias del nuevo orden mundial

mayor peso no hacen sino confirmar esta dinámica.

Así, la eficacia económica en términos de rentabilidad determina el crecimiento de estas organizaciones y será la capacidad de atracción del producto ofrecido, la imagen conseguida y la utilización eficaz de los recursos obtenidos, lo que asegure el crecimiento. Es decir, las leyes del mercado.

Esta mecánica no sólo se refiere a la actividades periféricas sino al propio núcleo de la acción. Los recursos se obtienen con frecuencia mediante donaciones con destino fijo, bien a través de un proyecto oficial o mediante una donación privada; es decir, se cambia una acción por dinero, se efectúa una venta. Esta transacción tiene también su mercado restringido, singular, pero mercado al fin y al cabo. Es preciso captar el interés de quien puede aportar los recursos y convencerle de los resultados, y no es posible salir de estos parámetros.

El tipo de publicidad de algunas organizaciones, cada vez en un orden más sensacionalista, o los acuerdos con algunas firmas comerciales para apadrinar determinados proyectos no son sino muestras evidentes de esta dinámica.

Podríamos añadir que la práctica mercantil alcanza en ocasiones a la forma misma de la cooperación, como lo evidencia la existencia de ONGs con una actividad centrada en la intermediación financiera.

«No hay duda del interés estratégico que supone canalizar las demandas y reducir la capacidad operativa de las organizaciones o colectivos que podrían reivindicar soluciones ante situaciones imposibles de abordar en el marco actual»

Esta integración en los mecanismos de mercado no es casual ni fortuita, está impulsada por quienes definen las políticas de cooperación. Ya se han citado las referencias oficiales (y no oficiales) a la exaltación del mercado, pero no sólo es una cuestión de propaganda sino que también existen otras razones. Cada vez con más insistencia, tanto por las propias ONGs como por los responsables de las Agencias de cooperación nacional e internacional, se plantea la necesidad de que las ONGs adquieran criterios empresariales en cuanto a la profesionalización, estructura, rentabilidad, imagen, etc.

Mercado laboral en las ONGs

Del mismo modo habría que referirse a las actividades de quienes trabajan en ONGs y su proyectos. Desde la óptica de la cooperación solidaria, del trabajo vocacional, la adecuación del salario al trabajo que se realiza se resuelve por lo general a la baja, en lo que se ha denominado "salario solidario", en la idea de que al ser un trabajo supuestamente impagable lo que cuenta es la posibilidad de realizarlo. Si bien este principio no se ajusta a los criterios de racionalidad profesional -el buen profesional debe de estar bien pagado- sí se ajusta a la lógica de la rentabilidad empresarial: mayor productividad al mínimo costo. En el caso de la empresa este principio se justifica en aras de la competitividad; en el caso de las ONGs se fundamenta en el altruismo.

De esta manera, las ONGs justifican en base a la solidaridad, el sistema del mercado laboral que predomina en el neoliberalismo empresarial; en este caso la sobreexplotación queda enmascarada como *conciencia social* del trabajador. No obstante, los procesos de crecimiento, concentración e internacionalización requerirían de profesionales cualificados con puestos de trabajo estables y bien remunerados, fundamentalmente en las tareas de gestión y dirección.

En la base de la pirámide laboral de las ONGs se encuentra el volun-

tariado, fuerza laboral que envidiaría el más voraz de los empresarios, y que ocupa un escalón por debajo de los contratos de prácticas. Su presencia se explica por motivaciones altruistas, como experiencia previa al mundo laboral o simplemente como alternativa al servicio militar.

El conocimiento popular entiende a los voluntarios como aquellos que sin tener necesidad ni obligación prestan sus servicios. Nuestro país tiene una escasa tradición en este tipo de iniciativas frente a otros países del norte. Sin embargo, hemos tenido una mayor tradición, más amplia y asumida por militantes y activistas, en torno a la solidaridad.

La militancia en una organización de solidaridad conlleva, por sí misma y sin necesidad de regulación, el trabajo voluntario. Desde esta perspectiva, decenas de miles de personas han trabajado en diversos aspectos, poniéndose en ocasiones en riesgo y asumiendo un compromiso vital con aquellos pueblos a quienes dedicaban su esfuerzo. Este trabajo voluntario no ha contado con reconocimiento oficial, y quienes criticaban desde la solidaridad las políticas de desarrollo, han soportado en numerosas ocasiones las contundentes respuestas de los Gobiernos.

Para que las actuaciones no constituyan nunca una base crítica a las políticas gubernamentales, el gobierno y las Instituciones Públicas incentivan estas actividades valorándolas positivamente de cara a la opinión pública e intentando formular incentivos para atraer sobre todo a los jóvenes. Se da la circunstancia de que esta propuesta vocacional hacia la juventud se hace en un momento en el que el paro alcanza al 40% de los jóvenes y los empleos son precarios



en el 64% de los casos. Según las últimas estadísticas, de cada 200 empleos para jóvenes, tan solo uno es fijo. Como lógica consecuencia, 4 de cada 10 pobres tienen hoy menos de 25 años.

En estas condiciones, el voluntariado para los jóvenes no es una propuesta de responsabilidad solidaria, es la prolongación de la adolescencia con ocupaciones que no les permiten alcanzar su mayoría de edad laboral.

La nueva situación de los voluntarios por la vía de la PSS tiene unas connotaciones más allá de las laborales. No son los incentivos materiales ni la imagen que se proyecta sobre ellos las causas de su trabajo; sino la obligatoriedad so pena de riesgo de cárcel la que asegura su actividad en las ONGs.

En muchos casos, esta mano de obra está claramente subutilizada al realizar trabajos que en modo alguno se corresponden con la formación de los prestatarios. Estas formas de obligatoriedad disfrazada de voluntad vocacional no parecen crear problemas a las ONGs que las admiten.

Aspectos legitimadores

Un primer aspecto lo referimos al consenso establecido en torno a la imagen de cooperación que se suministra a la opinión pública, que propicia la formación de corrientes de opinión y el carácter legitimador que esto tiene de las políticas establecidas.

En efecto, la imagen de la cooperación es homogénea y acrítica, se le atribuyen valores ético-morales y la asunción de riesgos sin lucro. No aparecen discrepancias ni críticas al fondo de su actividad y no se escatiman elogios a su labor hacia los más necesitados. Este carácter virtuoso tiene como contraparte el ya conocido mecanismo de criminalización de quien intente oponerse con contundencia a esta corriente de opinión dominante.

Pero este mecanismo valedor de las políticas para el desarrollo —a las que no se menciona en el ámbito público si no es para indicar sus logros— va más allá, para adentrarse en la legitimación de los meca-

Las ONGs en las estrategias del nuevo orden mundial

nismos de mercado. En efecto, lo que la población percibe cada día son los mensajes publicitarios en vallas, bancos, periódicos, televisión, farmacias, etc., en los que se intercambia miseria y necesidades por dinero o mercancías.

La sensibilización de la población sobre los problemas de la humanidad contiene la respuesta en contraprestación fundamentalmente económica. Según este mensaje, la solución a las desviaciones del mercado —su ajuste— es la transferencia de lo que sobra a los que lo necesitan.

También se asienta la idea de que estos problemas constituyen un compromiso individual que de forma aislada decide asumir o no y en qué medida lo hace. Se integra así el individualismo, elemento esencial de las estrategias neoliberales.

ONGs y sociedad civil

Con respecto a la contribución de las ONGs a la organización de la Sociedad Civil sirvan a título orientativo algunas declaraciones de Organismos Internacionales sobre la forma en que las ONGs deben realizar esta tarea:

El *Diario Oficial de las Comunidades Europeas* incluye en su edición del 15-6-92 la resolución del Parlamento Europeo sobre "La función de las ONGs en la Cooperación al Desarrollo". En el punto 16 de esta resolución se dice: "... La cooperación directa entre la Comunidad y las ONGs y otras asociaciones del Sur deberá considerarse prioritaria con el objeto de contribuir a la organización de la sociedad civil y al crecimiento de la democracia política, económica y social".

Las propias ONGs acordaron en su Foro de la Cumbre Mundial de Desarrollo social, celebrado en Copenhague en marzo de 1995, que "Nosotros, representantes de la sociedad civil global (...), encontramos una tremenda inspiración y esperanza en el hecho de que la comunidad global de ONGs (...) pueda acordar una comprensión común y una estrategia para la permanente mejora de la Humanidad y Naturaleza. Con una responsabilidad compartida podemos obtener de la actual crisis la creatividad necesaria para hacer una comunidad mundial que realmente funcione".

Hoy día, numerosas referencias desde Organismos Internacionales, los gobiernos y las ONGs, vinculan a estas organizaciones con la sociedad civil, les confirman representatividad dentro de ella y les asignan, y ellos asumen, responsabilidad en la solución de "mejora de la humanidad y naturaleza".

Tal como se está empleando en el momento actual el término sociedad civil, se trata de una reducción intencionada, un mito, una conceptualización ideológica que desvirtúa la realidad en función de los intereses dominantes.

La sociedad civil, tomada en su concepción global y utilizada como actor en su conjunto, oculta en primera instancia sus contradicciones, la contraposición de intereses, los conflictos y luchas que se desarrollan en su seno. Esta formulación ideológica impide identificar las relaciones de dominación y explotación y a sus actores, ocultando las desigualdades existentes y sus causas. Se difumina la representación de los intereses en juego proponiendo nuevos ámbitos de intervención —medio ambiente, la mujer, los marginados— cuya representatividad queda asumida por nuevos actores, las ONGs, que intervienen en nombre propio y en el de unos supuestos intereses generales.

El papel protagónico, o cuando menos encaminado en esa dirección por los centros de poder, de las ONGs en la «sociedad civil» no se encuentra desarticulado, ni surge espontáneamente. Por el contrario, este papel se articula en una dirección muy precisa: amortiguar los efectos de las políticas neoliberales y mantener el control sobre un previsible aumento de las tensiones derivadas de estos efectos; es la ya mencionada estabilidad social.

No hay duda del interés estratégico que supone canalizar las demandas y reducir la capacidad operativa de las organizaciones o colectivos que podrían reivindicar soluciones ante situaciones imposibles de abordar en el marco actual. Además, es-

tas situaciones son de tal naturaleza que pueden dar lugar al empleo de la violencia para reprimirles y evitar su extensión. Las ONGs cumplen un papel en esta estrategia.

En primer lugar, las ONGs son organizaciones privadas y, como ya se citó, entroncan con la tendencia antiestatal de las medidas de ajuste estructural. En segundo lugar, mantienen una alta dependencia de los centros de poder que imponen esas políticas. Estos dos aspectos podrían tener como consecuencia la falta de credibilidad de estas organizaciones y una merma considerable de su operatividad.

Otros factores actúan para afianzar su papel. Por un lado, son portadores de recursos necesarios, y en la mayor parte de los casos, imprescindibles. En ocasiones tienen además vínculos históricos con las comunidades y organizaciones populares. Por último, gozan de reconocimiento social tanto por la bondad intrínseca de sus actividades -ayudar al desarrollo de los más desfavorecidos- como por su carácter solidario y honesto.

De esta forma se afianza el papel intermediario de las ONGs en la «sociedad civil», ocupando un plano entre las Agencias Nacionales e Internacionales y los colectivos y organizaciones populares de la población.

Esta intermediación se hace a expensas de minar la capacidad de las organizaciones populares. En situaciones precedentes estas organizaciones trataban directamente con los gobiernos y organizaciones internacionales, aspecto en que han quedado relegados por las ONGs. Además, tienen que competir entre sí para conseguir unos fondos que siempre serán insuficientes, de modo que el interés por conseguir alianzas horizontales para aumentar su fuerza se desvía verticalmente para vincularse a los proyectos de una ONG.

Si bien las ONGs están usurpando el espacio político de las organizaciones populares, cabe preguntarse si están en condiciones de suplir su papel.

«Lo que la población percibe cada día son los mensajes publicitarios en vallas, bancos, periódicos, televisión, etc., en los que se intercambia miseria y necesidades por dinero o mercancías»

Hay que destacar que no se puede confundir una ONG con una organización de base por dos cuestiones elementales: la diferencia de orígenes de clase y la diferencia de su formación. Las ONGs parten del acceso a medios y de su capacidad para operar con ellos, mientras que las organizaciones populares surgen de la afiliación para representar directamente intereses de forma colectiva.

Por otra parte, las ONGs están sujetas a los mismos condicionantes, pero no cuentan con el respaldo popular directo desde su condición de intermediarios. Esto les hace vulnerables en su independencia del poder a la hora de afrontar los retos de las reivindicaciones populares o de formar parte de las luchas por la emancipación. De hecho, las ONGs, sobre todo las del Norte, acostumbran a declarar su neutralidad ideológica y se significan como independientes, cuestión que en la mayoría de los casos no es cierta.

A diferencia de los movimientos de solidaridad, las organizaciones populares o los movimientos de base surgidos de la confrontación política, las ONGs se declaran apolíticas y por tanto no se consideran implicadas en esta lucha.

La despolitización de su actividad aclara su papel como sujeto protagonista de la sociedad civil: las transformaciones necesarias para alcanzar sus objetivos de democracia, equidad o justicia se pueden abordar desde opciones sin referentes políticos. Como señalan a este respecto Sonia Arellano y James Petras: "el legado del ajuste estructural no es la penuria económica, sino la imposición de un nuevo orden político hegemónico que debilita importantes bases de la participación política".

PARTICIPACIÓN Y DESCENTRALIZACIÓN

La estrategia de liberalización, privatización, supone en la práctica el desmantelamiento de lo público, a excepción del control social que permanece e incluso es aumentado como papel del Estado, y la extensión de lo privado en base a las relaciones de mercado.

Con independencia de voluntades o posibilidades de alteración del modelo establecido, las ONGs sustituyen la acción pública y lo hacen desde el ámbito de lo privado, aún cuando su actuación se considere una acción semipública o del denominado «tercer espacio». El carácter esencial de lo público es su universalidad, el derecho para todo el mundo sin exclusiones y la responsabilidad de los poderes públicos para la solución de los problemas. Y esto por la elemental razón de que la extrema desigualdad social no puede

Las ONGs en las estrategias del nuevo orden mundial

ser abordada como problemas individuales, ya que de hecho son problemas sociales, es decir, colectivos.

Las ONGs representan un sector privado y en consecuencia se corre sin duda el riesgo de que la acción de estas organizaciones contribuya a la destrucción de lo público en favor de lo privado, ya que no se trata simplemente de garantizar el acceso vía mercado, vía ONGs, a la educación, la vivienda, la salud o a un ambiente libre de contaminación, sino de recuperar prácticas colectivas (solidarias), de satisfacer esas necesidades.

De forma análoga sucede en los procesos de descentralización, en los que las ONGs encuentran un ámbito favorable: poder local, acciones a una escala adecuada, posibilidad de experimentación de alternativas, etc.

Es bien conocido que la descentralización de las actividades económicas conlleva la descentralización de la responsabilidad en algunos de los problemas más graves, educación, salud, empleo, todo ello en sintonía con las políticas de reducción del gasto público. Por el contrario, también es conocido que la descentralización no se produce sobre las decisiones políticas estratégicas o en el plano del control social.

Como un caso interesante de centralización se puede citar la mecánica seguida con la deuda latinoamericana. Ante los impagos que afectaban a varias entidades privadas, el gobierno de EEUU centralizó la deuda nacionalizándola.

«Se va desplazando el contenido de la solidaridad hacia su acepción más débil, aquella que tiene que ver exclusivamente con la ayuda económica. Así se logra un mayor consenso a costa de desvirtuar el término: hacer solidaridad ya no significará comprometerse con un modelo diferente de desarrollo o con una utopía transformadora»

Los procesos descritos no siempre se analizan desde esta perspectiva y por lo común se entienden como un logro frente a las prácticas neoliberales; "las iniciativas de acercamiento entre ambos sectores (ONGs y gobiernos) se hacen cada vez más frecuentes aún en el caso de la existencia de gobiernos de orientación neoliberal. Este fenómeno está estrechamente relacionado con el auge de políticas descentralizadoras que se están imponiendo en la región y que otorgan mayores facultades y poder de decisión a los gobiernos locales, nivel en el que actúan la mayoría de ONGs" (BM. FICONG).

Son bien conocidos los argumentos fácticos con los que se resuelven estos paradigmas: frente a la burocracia o corrupción administrativa, la eficacia y la honestidad de las ONGs; frente al poder ciego del Estado, la voluntad popular de base; frente a las carencias, cooperación solidaria. No obstante, se reconocen los peligros que entrañan todos estos aspectos y se insiste en la necesidad de actual con eficacia y profesionalidad, elegir los casos, evaluar los riesgos,... Respuestas de orden práctico que siguen sin hacer frente a la naturaleza del problema.

En la economía de mercado, en el proceso de acumulación capitalista, los intereses privados anteponen a la lógica de las necesidades la lógica del beneficio.

Cooperación solidaria para un desarrollo sustentable

Sin duda, numerosas voces a todos los niveles denuncian las consecuencias de la estrategia neoliberal y en todos los informes se destacan datos que muestran con claridad que la mejora de los indicadores macroeconómicos está suponiendo

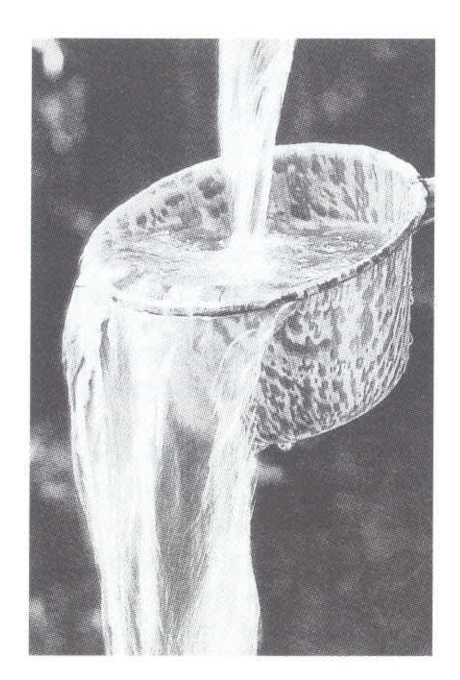
un incremento considerable de la pobreza y la desigualdad.

Según se cita en el informe sobre desarrollo humano para el PNUD de 1994, "los mil millones de personas más ricas tienen ingresos 60 veces superiores a los mil millones más pobres". Las perspectivas no parece que apunten a una mejora de esta situación; por el contrario, las tendencias muestran un agravamiento de la jerarquización social, la segregación y la exclusión. Según recoge el mismo informe, "entre 1960 y 1990 la parte del ingreso mundial que correspondía al 20% más rico de la población total aumentó del 70 al 85%. En el mismo período se redujo el ingreso mundial de todos, menos el del 20% más rico. Respecto al 20% más pobre, su participación, ya escasa, se redujo de 2,3% a 1,4%".

De igual manera, en el ámbito de la Cooperación se reconoce esta situación y se ejerce la crítica al modelo o estilo de desarrollo intentando situar el papel de las ONGs frente a esta estrategia. Así, se denuncia el carácter asistencial y paliativo de algunas acciones que por su propia naturaleza no pueden alterar el fondo estructural de los problemas a los que parcialmente tratan de hacer frente. Así mismo, se reconoce el peligro que entraña la paradoja de que quienes lo sostienen son los mismos que generan los problemas que se intentan resolver.

Se reconoce también la escasa contribución «alternativa» y la insuficiencia de las acciones, y en otro plano, la contribución en no pocos casos a desmantelar alternativas de poder o movimientos revindicativos de base. Este enfoque crítico sin duda refuerza la legitimidad de las ONGs pero no determina una alternativa a la estrategia dominante.

Las ONGs, incapaces de formular nuevos modelos y alternativas, intentan validar sus acciones de respuesta caracterizándolas con una serie de tópicos que cuentan con la aceptación general, sin necesidad de demostrar su verdadero alcance: el respeto por el medio ambiente, la profundización democrática, la integridad o el respeto por las culturas autóctonas y el fortalecimiento de las organizaciones de base. La fórmula magistral podría expresarse como "cooperación solidaria para un desarrollo sustentable".



Solidaridad

Hasta hace poco, la solidaridad tenía un sentido unívoco, aún cuando se ejerciera de múltiples formas. Hoy, este término se utiliza indiscriminadamente y podemos encontrarlo tanto en el discurso de Estados opresores como en los mensajes de cualquier compañía comercial. Conviene recordar aquí las palabras de Julio Cortázar: "Si algo distingue al fascismo y al imperialismo como técnicas de infiltración es precisamente su empleo tendencioso del lenguaje, su manera de servirse de los mismos conceptos para alterar su sentido más profundo y proponerlos como consignas de sus ideologías".

La Real Academia de la Lengua define al término solidaridad como "una actitud de adhesión a la causa o empresa de otros". En la medida en que nos solidarizamos con otros, asumimos su causa como propia. De ahí surge el potencial transformador de los actos solidarios.

Este compromiso con la utopía ha tenido como base fundamental su carácter político, aún cuando no obviara los componentes de orden material. Hablar de solidaridad ha sido, sobre todo, tomar y formar parte de la historia de otro pueblo. La ayuda material era el complemento necesario del compromiso asumido.

Hoy día las acciones de cooperación para el desarrollo se basan en las ayudas de distintos tipos: recursos materiales, formación, asistencia técnica,... Sin embargo, el término de «ayuda» no ha contado con suficiente prestigio para valerse por sí solo y ha sido necesario añadirle el carácter de solidario como mecanismo de legitimación.

De esta forma se va desplazando el contenido de la solidaridad hacia su acepción más débil, aquélla que tiene que ver exclusivamente con la ayuda económica. Así se logra un mayor consenso a costa de desvirtuar el término: hacer solidaridad ya no significará comprometerse con causa alguna ni con una realidad diferente que cuestiona la propia.

Los efectos transformadores de la solidaridad, la reivindicación de la justicia, de la igualdad, de la mejora de las condiciones de vida, es decir, de una realidad diferente, se disuel-

Las ONGs en las estrategias del nuevo orden mundial

ven al igualar y homogeneizar todas las situaciones. De esta forma, solidarizarse con una causa ya no significará comprometerse con un modelo diferente de desarrollo o con una utopía transformadora.

Los cambios en el contenido han afectado a las prácticas solidarias de tal forma que ejerce la solidaridad no ya quien desea hacerlo sino quien tiene mayor capacidad económica. Son los Organismos Internacionales, los gobiernos y las grandes Instituciones quienes eligen a los países y las causas con las que se puede hacer solidaridad. Se llega al punto de exigir condiciones para ser destinatario de solidaridad económica. Esta forma de intervención ideológica ubica a los pueblos receptores en el terreno de la competencia por la conquista de la solidaridad. La pregunta ¿qué hay que hacer para obtener solidaridad? es clarificadora: se han invertido los términos y parece que quienes reciben la solidaridad son los que han de asumir la causa de los donantes.

El ejercicio de esta solidaridad neutra está permitiendo llevar a cabo acciones por parte de los gobiernos que cubren estrategias de intervención económica, ideológica o militar, ya que si el fin es garantizar que lleguen a país determinados bienes, y éste es un objetivo en el que todos están de acuerdo y que todos creen que es justo, cualquier medio está legitimado.

Pero no se trata sólo del intervencionismo militar al amparo de la ayuda humanitaria, son también las prácticas mercantiles puestas en marcha con la cobertura de la Ayuda Humanitaria. Bajo la tutela de las Instituciones se da salida a los excedentes agrícolas, industriales y tecnológicos desvalorizados en los países desarrollados. Los bienes que no encuentran mercado se destruyen o se destinan a la solidaridad.

Ejemplos de la utilización mercantil de la solidaridad nos los ofrece la colaboración entre ONGs y bancos o grandes compañías multinacionales, que se apoyan en la solidaridad como vehículo publicitario.

Sustentabilidad

Partiendo de la argumentación de Roberto P. Guimaraes, desarrollo sustentable es el paradigma que actualmente ofrece una salida al siempre controvertido tema de modelo de desarrollo. Para las cientos de definiciones posibles que se pueden encontrar en diferentes textos, este concepto no parece suscitar reparos. Como muchos otros conceptos genéricos, que supuestamente tratan de dar salida a alguna de las más flagrantes contradicciones, existe una asombrosa unanimidad en proponerlo a la menor ocasión, aún cuando no venga al caso.

Merece la pena analizar algunos aspectos de este paradigma, sobre todo aquellos que hacen mención a las paradojas, es decir, a la imposibilidad de alcanzarlo en el mundo en que se pretende aplicar.

Un primer elemento lo encontramos en sus más decididos impulsores, que a la vez son pilares del actual modelo de desarrollo. El desarrollo sustentable encuentra como mentor y principal gestor financiero al Banco Mundial. Este hecho puede ser interpretado como una anécdota más de la antología del disparate o como una acción estratégica para asegurarse el control de este tipo de actuaciones.

Un segundo elemento es el ya comentado carácter antiestatalista y privatizador del actual modelo de desarrollo. Pero la consecución de un modelo sustentable a partir de la gestión privada resulta impensable. Por el contrario, se requiere una creciente intervención del Estado: considérense tan sólo los cambios necesarios respecto a la propiedad de la tierra y los recursos naturales.

En términos aún más generales, el proceso de acumulación actual, motor del desarrollo a nivel global, es incompatible con un modelo de desarrollo sustentable. "Los criterios de eficiencia económica orientados exclusivamente por las fuerzas del mercado no conllevan la reducción de las desigualdades sociales y regionales y tampoco la explotación racional de los recursos naturales".

PARA CONCLUIR

Las prácticas neoliberales están recibiendo numerosas críticas y difícilmente podrán ser asumidas desde las ONGs para el desarrollo, al menos en las circunstancias actuales.

Los problemas se sitúan fundamentalmente en la existencia de unas relaciones de intercambio injustas, dominadas por centros de poder que actúan en función de sus propios intereses. De forma habitual, las alternativas a esta situación se centran en la búsqueda de mecanismos de redistribución que conduzcan a un comercio justo como base necesaria para una mayor equidad y justicia social.

La perspectiva descrita no contempla el problema de la dinámica de acumulación de capital dirigida a la obtención del máximo beneficio.

Si bien es posible paliar o corregir a pequeña escala los desequilibrios del mercado, transformar la dinámica de acumulación implica un compromiso político.

Desde la primera perspectiva, es posible articular alternativas en torno a las ONGs y consecuentemente se persigue la unidad basada en el consenso, el fortalecimiento a través de redes y alianzas, el apoyo popular en base a una imagen pública o el prestigio en base a una buena gestión y a un código ético.

Desde la segunda, la dimensión política adquiere una mayor relevancia, las alternativas deberán integrarse en un sistema coherente, la recuperación de contenidos conceptuales banalizados, el trabajo en la coordinación horizontal de las bases sociales, en búsqueda del fortalecimiento de estas organizaciones como movimiento, así cómo el desarrollo de nuevas formas de organización social.

EDUARDO HERNÁNDEZ pertenece a la Organización No Gubernamental "SUR". Este artículo se publicó inicialmente en *Cuadernos de Relaciones Laborales* de la Universidad Complutense, nº 8, Madrid 1996.

Las ambigüedades de la acción voluntaria

La acción voluntaria está de moda. Para ensalzarla o para cuestionarla, pero está de moda. En un momento histórico caracterizado por la crisis de las organizaciones sociopolíticas tradicionales, por el auge del individualismo, por la desafección democrática, la participación en organizaciones voluntarias parece haberse convertido en tabla de salvación para una sociedad que, definiéndose en términos jurídico-políticos como Estado Social y de Derecho, descubre alarmada, justo en la mañana en que celebra su veinte cumpleaños como joven democracia, que el espejo ante el que se contempla devuelve una imagen ajada por la corrupción, la exclusión y la desesperanza.

Pero, afortunadamente, está sociedad puede presumir del vigor de su voluntariado. Cientos de organizaciones registradas, miles de profesionales "sin fronteras", docenas de proyectos en curso, diálogo entre instituciones y sociedad civil... En apenas tres años, hemos pasado a una situación en la que hablar del "voluntariado" se ha convertido en algo normal. Hasta tal punto está llegando la normalización del voluntariado, que se hacen leyes sobe el mismo: ser voluntario, ser voluntaria, empieza a considerarse algo natural.

1. Auge y normalización del voluntariado

Esta misma normalización debería ponernos en guardia: ¿de verdad es tan "natural" ser voluntario o voluntaria?, ¿de verdad puede estar tan satisfecha nuestra sociedad -una sociedad, no lo olvidemos jamás, construida sobre y gracias a los valores de la violencia, la competitividad, el individualismo, el tener y el acumular, la delegación- de que miles de personas asuman prácticamente su condicion de ciudadanos?

Lo cierto es que nos encontramos ante una aparente paradoja: hay cada vez más participación voluntaria en sociedades que son cada vez más individualistas. Son muchos los análisis que nos advierten del declive de la solidaridad en la sociedades desarrolladas. Tras las revueltas de Los Angeles en el verano de 1992, denunciaba Gabriel Jackson "la cada vez mayor falta de preocupación mútua, de *solidaridad*, de responsabilidad moral generalizada entre los norteamericanos prósperos y educados". Por su parte, Victoria Camps reflexiona sobre la relación proporcional que parece existir entre la mayor abundancia y riqueza de una sociedad y el menor grado de solidaridad entre sus miembros: "Suecia o Alemania no son un ejemplo de reconocimiento y ayuda al prójimo. Son paises insolidarios en más de un aspecto, interesados en sus propios fines, con ciudadanos que alcanzan las cotas máximas del individualismo o el narcisismo. La justicia que haya en ellos no parece fruto de una real cooperación ciudadana, sino de una política social asumida y aceptada y, sobre todo, de unas condiciones de riqueza y abundancia considerables".

Una comunicación de la Comisión de las Comunidades Europeas insiste en este argumento cuando, al señalar los diversos factores que influyen en el aumento del fenómeno de la exclusión social, cita "la evolución del sistema de valores, jalonada de progresos en materia de solidaridad colectiva, pero también del hundimiento de los valores de cohesión y de formas tradicionales de solidaridad".

Si esto es así, si las sociedades desarrolladas son cada vez más so-

No cabe el voluntariado por obligación. O nace de una opción libre y personal, o no hay actividad voluntaria. Pero esta liberalidad en la opción voluntaria no debería estar exenta de un cierto grado de obligatoriedad nacida de la vinculación del individuo a una comunidad humana.

ciedades de individuos, si la relativa justicia que en ellas se ha dado no ha sido fruto de la cooperación solidaria, sino consecuencia del reparto de una tarta cada vez mayor, parecen justificadas las voces que hoy se alzan denunciando, o lamentándose por, la actual crisis de la solidaridad. "La insolidaridad y la indiferencia constituyen el núcleo de la propuesta cultural que hoy es dominante en nuestra sociedad", dirá Jordi López.

Sin embargo, como decíamos más arriba, los datos nos indican que nunca ha habido tanta gente en España desarrollando actividades voluntarias.

2. Dos talantes en el voluntariado

Ello puede deberse a que existen al menos dos talantes distintos a la hora de afrontar la cuestión del voluntariado. Por un lado, están quienes pueden objetivamente identificarse con eso que Lipovetsky ha denominado el *altruismo indoloro*, propio de sociedades *posmoralistas*, capaces de animar estrategias de solidaridad desde la afirmación individual, sin tener que recurrir para ello a las viejas éticas sacrificiales propias de la cultura judeo-cristiana o de la tradición política socialista.

"Por primera vez -afirma Lipovetsky-, ésta es una sociedad que, lejos de exaltar los órdenes superiores, los eufemiza y los descredibiliza, una sociedad que desvaloriza el ideal de abnegación estimulando sistemáticamente los deseos inmediatos, la pasión del ego, la felicidad intimista y materialista. Nuestras sociedades han liquidado todos los valores sacrificiales, sean éstos ordenados por la otra vida o por finalidades profanas, la cultura cotidiana ya no está irrigada por los imperativos hiperbólicos del deber sino por el bienestar y la dinámica de los derechos subjetivos; hemos dejado de reconocer la obligación de unirnos a algo que no seamos nosotros mismos", concluye. Este es un marco para la acción voluntaria. Probablemente el más extendido.

Un estudio norteamericano pone de manifiesto que determinados indicadores de valores egocéntricos (tales como desarrollar nuestro talento, tener un buen hogar y cosas bellas, viajar por placer) aparecen asociados a la disposición a realizar trabajo voluntario: parecería que las personas más individualistas tienden ligeramente más a prestar trabajo voluntario. Y ello, para bien y para mal. Para bien, porque rompe con una imagen heróica, absolutamente excepcional, del voluntariado. Para mal, porque puede llegar a banalizar la actividad voluntaria en la línea del altruismo indoloro.

Ciertamente, por definición, no cabe el voluntariado por obligación. O nace de una opción libre y personal, o no hay actividad voluntaria. Pero esta liberalidad en la opción voluntaria no debería estar exenta de un cierto grado de obligatoriedad, no heterónoma (impuesta desde una instancia externa al individuo), pero sí autónoma, nacida de la vinculación del individuo (una vinculación libre, pero que una vez realizada implica determinadas obligaciones) a una comunidad humana.

Es desde esta perspectiva desde la que otras personas conciben la acción voluntaria en el marco más amplio de un *compromiso transformador*. Desde esta perspectiva, "ser voluntario es ser responsable ante los sujetos frágiles y portador de derechos y deberes, no sólo para sí mismo, sino para aquellos que no los tienen reconocidos; ser voluntario significa construir un mundo habitable, no sólo para los fuertes y autónomos, sino para los más débiles e indefensos. De este modo, la ciudadanía se planifica en el ejercicio de la solidaridad", señala García Roca. Y concluye: "La conciencia actual del voluntariado se ha construído sobre la solicitud por los sujetos frágiles, en confrontación con la exclusión no deseada y en referencia a la instrumentación de los derechos sociales en el interior de una sociedad alternativa y justa".

¿Desde qué perspectiva se plantea hoy la mayor parte de la acción voluntaria?, ¿desde la de unas sociedades "posmoralistas", o desde sociedades *in-morales* por injustas?

Las ambigüedades de la acción voluntaria

3. Dos concepciones de voluntariado

Nos encontramos así con dos concepciones bien distintas del voluntariado. Por una parte tenemos la que aspira a la construcción de *islas de humanidad* en el seno de unas sociedades frías y agresivas. Esta es la concepción propia de las estrategias neoconservadoras de reconstrucción de la sociedad civil. Según esta concepción, el individuo de la sociedad moderna se ve constantemente amenazado por la anomia, produciéndose una situación de "falta de hogar". Lo que importa es que los hombres y mujeres aprendan a vivir en el seno de esta sociedad capitalista y salven su humanidad. Para ello será preciso crear "estructuras de mediación", pequeñas organizaciones en las que sus miembros puedan conocerse unos a otros, tomen decisiones conjuntamente y ejerzan de manera personal una mediación mútua en la existencia de todos. Esas estructuras de mediación podrían ser las organizaciones religiosas, las asociaciones de vecinos y otras organizaciones voluntarias. Su objetivo: "Hemos de crear islotes de auténtica humanidad en medio de la sociedad capitalista y tecnocrática, que nos aporta los bienes materiales pero nos lleva a la ruptura social y cultural" (P. Berger).



Precisamente, el último libro de Francis Fukuyama lleva por título "Confianza: Las virtudes sociales y la creación de prosperidad" (*Trust: The Social Virtues and The Creation of Prosperity*, New York, 1995). Según podemos saber a través de una amplia reseña del mismo, en este libro el antiguo analista del departamento de Estado norteamericano reivindica la existencia de una sociedad civil saludable y dinámica como garantía de la vitalidad de las instituciones políticas y económicas liberales. "El asociacionismo no sólo es bueno para la política, asegura, sino *también* para la economía: las asociaciones inculcan el hábito de trabajar en equipo con facilidad y, por tanto, incrementan la productividad; hacen innecesarias las reglas rígidas y los complejos contratos legales. En pocas palabras, suavizan las fricciones del capitalismo" (*El País*, 2-9-95).

Frente a esta concepción del voluntariado, existe otra que promueve la creación de *zonas liberadas* en el seno de la sociedad actual. "La socialdemocracia -escribe Habermas- se ha visto sorprendida por la específica lógica sistémica del poder estatal, del que creyó poder servirse como un instrumento neutral, para imponer, en términos de Estado social, la universalización de los derechos ciudadanos. No es el Estado social el que se ha revelado como una ilusión, sino la expectativa de poder poner en marcha con medios administrativos formas emancipadas de vida". En efecto, la historia nos ha enseñado, sobre todo en los últimos años, que no hay posibilidad alguna de animar "por decreto" propuestas emancipatorias. Estas propuestas, estas formas emancipadas de vida, sólo tienen sentido en la medida en que surgen de las posibilidades que la misma realidad ofrece.

Pero en demasiadas ocasiones, las propuestas emancipatorias que surgen "de abajo" carecen de credibilidad. Se trata de propuestas que reducen la concienciación a la mera creación de mala conciencia, o que proponen modelos de vida y alternativas sociales objetivamente

inasumibles para una mayoría social. Por ello, es preciso mostrar en la práctica que desde ahora mismo es posible, para la mayoría de las personas, empezar a vivir de otra manera. La tarea que hoy nos desafía es la de crear espacios liberados en los que se ponga de manifiesto la posibilidad de otro estilo de vida; "nichos ecológicos" en los que pueda sembrarse y madurar una alternativa cultural y de valores a esta sociedad del tener, el carrerismo, la competitividad y el consumo, presentando el atractivo de la vida sencilla, austera, centrada en el ser uno mismo radicalmente, en el encuentro con los otros y la solidaridad con las víctimas de nuestro tiempo. Zonas liberadas en las que sea realmente posible hacer que florezca lo *inédito viable* de la realidad (P. Freire).

El ámbito público voluntario constituye en la actualidad un espacio social privilegiado para la construcción de alternativas emancipatorias, no sólo teóricas, sino también y fundamentalmente prácticas; para construir, con otras palabras, experiencias alternativas. "El ámbito de la actividad pública voluntaria -reflexiona Capella- existe hoy puntualmente, aunque no tiene un desarrollo consistente. Se trata de un ámbito constituido por la actividad de los nuevos movimientos sociales y por las iniciativas ciudadanas. Este ámbito puede ser el terreno de formación de nuevos *poderes sociales*, capaces de intervenir también en el terreno institucional, sobre las políticas estatales programáticas y de ajuste. Las políticas de conquista de poderes sociales pueden concebirse como políticas de estructuración de actividad social pública -fuera del Estado y fuera del mercado, en relaciones indirectas con ellos- que limiten la actividad estatal y a la vez la determinen". Esta concepción de acción voluntaria se acerca así a la más amplia de movimiento social.

4. Las manipulaciones de la acción voluntaria

A la vista de lo anterior, no es difícil adivinar los riesgos de manipulación que amenazan a la acción voluntaria. No me refiero a aquellos riesgos que tienen que ver con tendencias universales derivadas de la propia naturaleza humana (manipulación de las organizaciones para fines personales), de su existencia en el marco de una democracia parlamentaria cada vez más partitocrática (correa de transmisión de los partidos), de la conformación de un "circo mediático" (como lo que no sale en los medios parece que no existe, hay que hacer todo lo posible por salir en los medios), de su funcionamiento en el marco de una sociedad de mercado (subsidiariedad subsidiada) o de las tendencias a la burocratización existentes en toda organización (profesionalización). Todos estos riesgos, de una forma o de otra, acechan a ONGs, movimientos sociales, sindicatos, iglesias, fundaciones o revistas críticas. Me refiero a otras amenazas más específicas, en ocasiones más sutiles y, en cualquier caso, mucho más preocupantes.

Coartada para el Estado-mínimo

En un contexto de revisión crítica del Estado de bienestar, el voluntariado organizado puede servir como coartada para una desestatalización de determinadas funciones sociales, trasladando del Estado a la sociedad organizada la responsabilidad de atender a las mismas. Ya se ha encontrado una nueva y, es cierto, atractiva denominación para ese modelo de organización social: del Estado de bienestar a la "Sociedad de bienestar". Lo preocupante no es que la sociedad auto-organizada se haga cargo de determinadas actividades realizadas hasta ahora directamente por el Estado, sino que el Estado se des-responsabilice de dichas actividades, hasta el punto de que si su gestión social no funciona responda que "lo que se da no se devuelve", y dicha gestión sea entonces recogida por el mercado puro y duro.

Crear cultura no es crear teorías, sino construir realidades. Desarrollar visiones de la realidad no es edificar superestructuras ideológicas, sino preparar el terreno sobre el cual unos proyectos pueden enraizar y otros no.

Salarización

En un contexto de paro estructural y masivo, se descubren "nuevas cuencas de empleo" en sectores y actividades que nunca antes habían recibido la calificación de trabajo. Así se nos dirá que hoy en día "existe la oportunidad de crear millones de nuevos puestos de trabajo en el tercer sector" (J. Rifkin). Esta es una de las propuestas del conocido como "Libro Blanco de Delors", en el que se afirma la posibilidad de crear 3 millones de nuevos

Las ambigüedades de la acción voluntaria

empleos en los denominados "servicios de proximidad", mejora de la calidad de vida y protección del medio ambiente.

Pero reglamentar administrativamente o monetarizar, transformándolas en empleos remunerados, unas actividades cuyo fin no es otro que el de *dar* o *transmitir sentido* es inevitablemente ponerlas en crisis; incorporar a la lógica del mercado actividades de cuidado, de cercanía, originariamente basadas en el reconocimiento y la gratuidad, ponerlas precio, supondría un bárbaro y totalitario intento por extender la racionalidad económica más allá de la esfera social en la que tiene sentido. No es por esta vía por la que se deben gestionar las transformaciones actuales de la sociedad del trabajo: "La dualización de la sociedad será detenida, y luego invertida, no por la imposible utopía de un trabajo apasionante y a tiempo completo para todos y todas, sino por unas fórmulas de redistribución del trabajo que reduzcan la duración de éste *para todo el mundo*, sin por ello descualificarlo ni parcelarlo. Esto es posible. Para evitar una duradera sudafricanización de la sociedad hay que cambiar de utopía" (A. Gorz).

El problema de las sociedades capitalistas estriba hoy, como siempre, en la poderosa tendencia del mercado a extender su lógica propia al conjunto de la sociedad, invadiendo otras esferas. Esto lo hace de dos formas: reduciendo toda realidad social a la categoría de "mercancía", e imponiendo como fundamento de la relación entre las personas y los grupos la capacidad de compra (en última instancia, el dinero).

Es un hecho que la racionalidad imperante en el mercado es la racionalidad económica, cuya base está en el cálculo contable. ¿Es esto algo malo? Tradicionalmente, la crítica de la izquierda a la economía de mercado se ha basado en el rechazo ético de esa racionalidad económica, capaz de reducir a dinero hasta las cuestiones más trascendentales. Sin embargo, esa racionalidad tiene su importancia. En sí misma no es perversa. El problema central de la sociedad capitalista no ha sido ni es la existencia de esa racionalidad económica, sino el de señalar y mantener los *límites* en cuyo interior puede y debe ser aplicada. El primitivo *laisser faire*, la tesis de la "mano invisible", las supuestas "leyes del mercado", el culto a la eficacia o la actual ideología de la inevitabilidad, no son sino intentos de argumentar a favor del funcionamiento sin trabas de la racionalidad económica. Pero este intento sí resulta perverso porque existen bienes, realidades, comportamientos y objetivos sociales que *no deben* (al margen de que se pueda hacer) ser sometidos al cálculo contable.

La alternativa no es "mercado sí" o "mercado no", como en tantas ocasiones quieren hacernos creer los ideólogos liberales. Es falso que poner límites al mercado y su lógica sea limitar la libertad y la iniciativa o poner palos en la rueda de la economía. De hecho, existen límites a la racionalidad económica, límites que se derivan del acuerdo político o del consenso cultural o moral. No aceptamos que el cálculo económico "contamine" las relaciones entre padres e hijos. Así que, de hecho, el mercado puede y debe tener límites. Como muy gráficamente indica David Anisi, "nada bueno puede esperarse de una sociedad que regule jerárquicamente los adornos que deben lucir las muchachas en primavera, que confíe al mercado el cuidado de los más débiles y que aplique la ética a la determinación óptima del tamaño de los pepinos". Una sociedad sana y estable es aquella en la que, porque existen diversas esferas sociales, existen también lógicas diversas para cada una de ellas. O en palabras de Michael Walzer: "bienes sociales distintos deberían ser distribuidos por razones distintas, en arreglo a diferentes procedimientos y por distintos agentes".

"La moralidad del bazar está bien en el bazar. El mercado es una zona de la ciudad, no la ciudad entera", concluye Walzer. No nos engañemos: una sociedad no es más libre cuanto más libremente funciona el mercado.

DESPOLITIZACIÓN

Se ha dicho de las nuevas formas de intervención social en las sociedades desarrolladas que su función principal es la de "ser generadores de cultura" y a raíz de esta caracterización se ha reflexionado sobre su "querencia por la marginalidad, por la pureza frente a la esfera política", sobre su "querencia privatista" y su "endeblez ideológica", que en muchas ocasiones les condena al "clentelismo ideológico", a la dependencia ideológica y cosmovisional de otras instituciones (partidos, iglesias).Fruto de esta caracterización de la movilización social en clave cultural sería su debilidad transformadora, su escasa capacidad de incidencia sobre los marcos legales, su deslizamiento hacia la utopía, su inconsistencia, su fragmentación, su interclasismo, su dificultad para la gestión política de sus reivindicaciones, etc.

Perder la capacidad de construir mayorías políticamente efectivas es como perder los remos en medio del río: en este caso, verse arrastrado cada vez más por una cultura encuadrada en el atomismo y en el instrumentalismo.

Estoy de acuerdo con la caracterización de las nuevas formas de acción colectiva en las sociedades industriales avanzadas en clave fundamentalmente cultural, a condición de que no pensemos en el espacio cultural como ajeno a los espacios político y económico, y mucho menos como enfrentado a ellos. No concibo esa aportación cultural como una aportación no-política, a-política o incluso anti-política, sino como una aportación *pre-política*, es decir, configuradora de unas nuevas condiciones de posibilidad para la acción política.

La principal aportación de la acción voluntaria a la tarea de la transformación de la realidad social es fundamentalmente de índole cultural. No es una aportación que se deriva de ninguna incapacidad o limitación de tales acciones. No se trata de hacer de la necesidad virtud, con argumentos tales como: "ya que no podemos incidir sobre las estructuras políticas y económicas, concentrémonos en elaborar discursos en los que denunciemos esas estructuras". Mi opinión es que *en la actualidad no existe posibilidad alguna de poner en marcha una práctica emancipatoria significativa si no es sobre la base de una previa tarea de transformación cultural.* Tarea de transformación cultural que exige dos cosas: la primera, aprender a *mirar de una forma nueva la realidad social*, ser capaces de analizar la realidad social con claves nuevas, diferentes de las claves dominantes; la segunda, establecer, a partir de esas nuevas claves, un auténtico *combate cultural*, una confrontación de legitimaciones.

En 1759, Voltaire publica *Cándido*, una de sus obras más conocidas. En la misma destaca la figura de Pangloss, un curioso profesor al servicio de un poderoso barón, cuyo mayor afán era probar que el mundo en el que vivía era el mejor que cabría imaginar, insistiendo en que las cosas eran como eran sencillamente porque no podían ser de otra manera, siendo esa, además, la mejor de las maneras. "Está demostrado -decía Pangloss-, que las cosas no pueden ser de otra manera, pues estando todo hecho para un fin, todo es necesariamente para el mejor fin. Nótese que las narices han sido hechas para llevar antiparras, y por eso antiparras tenemos; que las piernas fueron visiblemente instituidas para que las calzásemos, y tenemos calzas. Las piedras han sido formadas para ser talladas y construir castillos con ellas, y por eso monseñor posee un castillo suntuosísimo, porque el barón más grande de la provincia es quien ha de estar mejor alojado; y habiendo los cerdos sido creados para que se los coman, comemos cerdo todo el año; *por consiguiente, los que han sentado que todo está bien, han dicho una necedad, pues habían de decir que todo es lo mejor posible*".

Vivimos en el mejor de los mundos posibles, se nos repite machaconamente. Ni siquiera hace falta ya esforzarse por justificar moralmente este mundo. ¿Que no es un buen mundo? No hay otro posible, así que dejémonos de utopías moralistas. Esta es la visión dominante de la realidad, una visión "panglossiana", ciega ante las posibilidades contenidas en la realidad y potencialmente superadoras de la misma. Este es el combate cultural al que me he referido más arriba.

Crear cultura no es crear teorías, sino construir realidades. Desarrollar visiones de la realidad no es edificar superestructuras ideológicas, sino preparar el terreno sobre el cual luego unos proyectos políticos y económicos puedan enraizar

Las ambigüedades de la acción voluntaria

y otros no. Reivindicar y extender valores no es refugiarse en el moralismo, sino crear las condiciones de posibilidad para una nueva sociedad. Quien rehuya participar en el debate cultural que hoy está planteándose en nuestras sociedades estará renunciando a la posibilidad de hacer nacer una cultura alternativa de la barriga de la cultura dominante. Y sin esa cultura alternativa, todo intento de transformación social acabará por reproducir, tarde o temprano, la misma sociedad que se pretende superar.

Lamentablemente, acaso como consecuencia de aproximarse al estudio de las organizaciones voluntarias desde una posición puramente académica, existe una tendencia bastante generalizada a formular tesis excluyentes sobre los mismas: de este modo, insistir en la relevancia de lo cultural parece que necesariamente debe ir en detrimento de lo político, y viceversa.

Pero aquí surge una evidente contradicción para las organizaciones sociales, cuya resolución está lejos aun. En términos de Riechmann, si bien es claro que "los parlamentos no son fuente de cambios revolucionarios", al mismo tiempo y en las modernas democracias de masas "no parece que ningún movimiento con significación social pueda permitirse a la larga ignorar el nivel de la representación parlamentaria". Porque si hablamos de eficacia política, la cuestión más importante tiene que ver con la constitución de bloques sociales amplios comprometidos con la transformación social. Con la máxima claridad Taylor nos advierte de que perder la capacidad de construir mayorías políticamente efectivas es como perder los remos en medio del río: si esto nos ocurre, no hay forma de evitar verse arrastrado por la corriente, lo que viene a significar, en este caso, "verse arrastrado cada vez más por una cultura encuadrada en el atomismo y el instrumentalismo". De ahí su conclusión: "Una política de resistencia significa una política de formación democrática de voluntades".

Catarismo

Tal vez no se ha caído en la cuenta, pero desde hace ya un rato estamos hablando, utilizando diversos conceptos, de la *necesidad de conectar*. Las organizaciones voluntarias, los movimientos sociales deben enfrentarse, como a uno de sus principales retos, a la necesidad de hacer sonar su protesta, su reivindicación, su crítica y su propuesta, en la sociedad. Esto es algo a lo que, en la práctica, se concede muy poca importancia. Precisamente como consecuencia de su hondo componente cultural, valorativo, las personas que participamos en un movimiento social o una ONG podemos fácilmente caer en la tentación de generalizar o absolutizar las opciones de fondo a partir de las cuales organizamos nuestras acciones: la paz, la solidaridad, la defensa de los derechos humanos, ¿es que acaso alguien puede despreciar estos objetivos? Y convencidos de la bondad y universalidad de los mismos (¿de su "naturalidad"?) apenas dedicamos un momento a pensar si, aún persiguiendo "tan humanos y universales" objetivos, somos capaces de conectar con mayorías sociales significativas.

Por decirlo un poco provocadoramente: acaso podamos pensar que el hecho de que nuestros padres "no nos entiendan" es la mejor señal de que nuestras reivindicaciones son realmente transformadoras. Al fin y al cabo, ¿no es lógico que nuestras propuestas, que nacen de una nueva cultura, choquen frontalmente con la "vieja" cultura de nuestros padres?

Touraine caracteriza a los movimientos sociales como acciones colectivas que apuntan a modificar la forma de utilización social de recursos importantes en nombre de orientaciones *culturales* aceptadas en la sociedad. En su opinión, "no se puede denominar movimiento social al residuo no negociable de las reivindicaciones, a la parte de rechazo presente en toda presión social, porque la acción colectiva ya no se define entonces por orientaciones sino sólo por los límites del tratamiento institucional de los conflictos en una situación dada".

En otras palabras, aquello que no puede de ninguna manera ponerse en relación con orientaciones culturales *aceptadas* en la sociedad no puede convertirse en el eje de un movimiento social. Más claramente aún: un movimiento social cuya reivindicación no encuentra eco en la sociedad no es tal.

Touraine llega a afirmar que una acción colectiva que venga definida tan sólo por la ruptura radical con el orden social establecido no puede llegar a definir a un movimiento social; antes que esto, lo que viene a definir es una situación en clave militar, en clave de guerra civil, por lo que no puede dar nacimiento más que a una estrategia de toma del poder cuyo objetivo práctico será el de crear una sociedad homogénea de la que estarían excluidos "los enemigos y los traidores", es decir, todas aquellas personas que no conectan con nuestro proyecto. ¿Quiero esto decir que el *objetivo* de la ruptura no puede perseguirse a través del *medio* de la ruptura? Pues sí. El planteamiento de Touraine nos advierte de la importancia de concebir los proyectos de transformación social en términos de *proceso*. Para "romper" con lo existente hay que "partir" de lo existente.

"Fin-de-semanización"

Se apela al voluntariado como medio de moralización de la sociedad. Da la impresión de que en la vida cotidiana no es posible tener un comportamiento moral y solidario y por ello es preciso dedicar un tiempo semanal para la solidaridad social. De esta forma se produce un fenómeno de dualización moral. Se mantienen dos lógicas, dos discursos, una doble moral: por un lado, la lógica de la rentabilidad, del cálculo, de la eficacia; por otro la lógica de la solidaridad, la gratuidad. En la práctica, se acaba por caer en una esquizofrenia social, indiferente al hecho de que pretende resolver en los ratos libres los males que se producen en los ratos ocupados.



Caridad vs. justicia

Aunque no es un debate nuevo, en los últimos meses se va generalizando un interesante debate sobre la acción voluntaria, sobre su eficacia real y su funcionalidad social. El inexorable proceso que Max Weber denominara *rutinización* está afectando ya a la acción voluntaria, sometida a un análisis crítico que llega a calificarla como un conjunto de actividades caritativas, asistenciales, que sirven de coartada objetiva para no profundizar en las exigencias de justicia y de transformación social. Así, dirá Redeker: "El humanitarismo ha aplicado su actividad a poblaciones reducidas a la supervivencia, poblaciones en vías de deshumanización, que habían caído en una absoluta indigencia, que trataban de escapar, día a día, a la muerte situándose muy lejos del mínimo imprescindible para poder conducirse como "animal político" y existir como ciudadano; en ese sentido, lo humanitario ha intentado *ese mínimo que era también probablemente lo máximo posible,* que consiste en mantener a esas poblaciones por encima de la línea de flotación de lo humano. Las poblaciones a las que dirige sus esfuerzos están en una situación de despojo absoluto; sin embargo, los actores humanitarios están también despojados de algo: la certeza de poder poner fin a los sufrimientos por medio de un cambio político (la miseria de los actores de lo humanitario podría nombrarse: la desesperación política)".

Las ambigüedades de la acción voluntaria

La ética del cuidado (propia del voluntariado) no es contradictoria con la alternativa a la ética de la justicia (propia de las instituciones). No sigamos manteniendo por más tiempo la falsa dicotomía entre "dar un pez o enseñar a pescar": si sólo damos peces estaremos generando una sociedad de personas eternamente subsidiadas; si sólo enseñamos a pescar, dejaremos en la estacada a quienes no pueden aprender, además de condenar a todos al sufrimiento inmediato en nombre de una liberación futura. Pero es que, además, sin atención cuidadosa, sin caridad, la justicia puede reducirse a gestión burocrática. Atender a las necesidades de las personas no es sólo responder a sus demandas de supervivencia física.

Concepción localista de la solidaridad

Sin duda, el gran descubrimiento de la década de los Setenta ha sido el de la existencia de límites. Tras años de delirio tecnológico, en los que los países desarrollados se dejaron seducir por la ilusión de que gracias a sus máquinas la humanidad había dejado, al fin, de depender del medio ambiente natural, el anuncio de la existencia de límites infranqueables se convirtió en señal de alarma extendida por todo tipo de investigadores e instituciones. "Toda cosa viva que espere sobrevivir en la Tierra debe adaptarse a la ecosfera o perecer". Esta regla, enunciada por Commoner, supuso (empezó a suponer) mucho más que una simple advertencia contra los voceros del crecimiento; como señala Domenach, los límites materiales con que nos topamos constituyeron el índice y la figura de otro límite: "nuestra propia condición de criatura ligada a la creación". De pronto, nos encontramos con que el juego de la supervivencia se rige por reglas sobre las que carecemos de control. Reglas tan sencillas como estas: a) Todo está relacionado con todo lo demás; b) todo debe ir a alguna parte; c) la Naturaleza sabe lo que se hace; y una cuarta regla, que en cierto modo encarna a las otras tres: d) no existe la comida de balde; es decir, cualquier cosa extraída del ecosistema mundial debe ser reemplazada.

La existencia de límites al crecimiento supone de inmediato la impugnación, por imposible, de cualquier propuesta de desarrollo que aspire a elevar los niveles de bienestar de los colectivos y pueblos más pobres simplemente mediante el recurso de invitarles a seguir los pasos de las sociedades más desarrolladas. Porque junto con los límites llega el descubrimiento de la escasez: en un mundo limitado no hay recursos suficientes para que todo el planeta sea un privilegiado "barrio Norte". Y si en 1980 todavía era posible que prestigiosos analistas escribieran sobre los "profetas del desastre" o sobre "actitudes teóricas" (por tanto, no necesariamente referidas a hechos comprobables) en relación con estas cuestiones de los límites y la escasez, hoy caben pocas dudas sobre la imposibilidad de extender a toda la Humanidad el modo de vida los países más desarrollados. En cifras escuetas: los EE.UU. consumen aproximadamente la tercera parte de la producción anual global de materias primas minerales para atender el nivel de consumo habitual de un seis por ciento de la población mundial. Se ha calculado que, con la oferta actual de recursos, el nivel de consumo de Estados Unidos podría ser generalizado como máximo al dieciocho por ciento de la población mundial. En cuyo caso no quedaría nada para el ochenta y dos por ciento restante.

En estas condiciones, y por decirlo un poco provocadoramente, hoy la solidaridad nos obliga a renunciar al disfrute de algunos "derechos". Con otras palabras: hoy ser solidarios va contra nuestros intereses. Glotz lo ha expresado con absoluta lucidez: "La izquierda debe poner en pie una coalición que apele a la solidaridad del mayor número posible de fuertes con los débiles, en contra de sus propios intereses; para los materialistas estrictos, que consideran que la eficacia de los intereses es mayor que la de los ideales, ésta puede parecer una misión paradógica, pero es la

Las propuestas de reformular la solidaridad redistributiva chocan con la imposibilidad de generalizar el modo de vida y desarrollo de las sociedades ricas y no asumen las consecuencias derivadas de reconocer que por vivir como vivimos mueren como mueren.

misión que hay que realizar en el presente".

La mayoría de los intentos de repensar una propuesta de (cierta) solidaridad sin desconocer la crisis del modelo del bienestar y adoptando una perspectiva internacional pueden ser considerados como ensayos de un nuevo pacto keynesiano (en ocasiones caracterizado como pacto eco-keynesiano) a nivel mundial. Esta fue la perspectiva adoptada en la última cumbre de Copenhague. Cada una con sus peculiaridades, podemos afirmar que todas estas propuestas pueden enmarcarse en ese paradigma renovado para el análisis de los problemas del desarrollo inaugurado en 1987 por el Informe Brundtland y resumido en el concepto de *desarrollo sostenible*. De lo que se trata en el fondo es de reinventar una nueva economía ecológica de mercado que dé prioridad al medio ambiente para poder responder a los desafíos del siglo XXI. Sin negar lo que de beneficioso tenga eso que se ha dado en llamar capitalismo verde, ¿será capaz ese capitalismo ecológico de hacer avanzar a los pobres del planeta por la avenida de los Derechos del hombre (Max Gallo)? Lo diremos una vez más: el problema es nuestro modelo consumista sin el cual la economía de mercado no puede funcionar.

Un desarrollo con justicia exige romper con algunos de los dogmas de nuestro modelo de desarrollo, estructurado en torno a dos principios incuestionables: 1) que el nivel y estilo de vida de los más ricos (individuos y países) es innegociable; 2) que tal nivel y estilo de vida será a medio-largo plazo universalizable. Ello es absolutamente imposible. ¿Es realista, entonces, seguir pensando en términos de "pacto eco-keynesiano", fundamento de una especie de Estado de bienestar mundial? ¿No provocaría tal intento, por el contrario, la generación de un inaceptable apartheid mundial? Todas las propuestas de reformular la solidaridad redistributiva chocan con la imposibilidad de generalizar el modo de vida y desarrollo de las sociedades ricas y, a pesar de ser en muchos casos conscientes de tal contradicción, se limitan a sobrevolar la problemática de nuestro estilo de vida sin llegar a asumir las consecuencias derivadas de reconocer que *por vivir como vivimos mueren como mueren*. No debe extrañarnos, en estas circunstancias, que Hinkelammert denuncie la transformación del Tercer Mundo en un mundo de población sobrante: "Se sigue necesitando del Tercer Mundo, sus mares, su aire, su naturaleza, aunque sea únicamente como basurero para sus basuras venenosas, y se siguen necesitando sus materias primas. Pese a que ciertas materias primas pierden relevancia, el Tercer Mundo sigue siendo de importancia clave para el desarrollo del Primer Mundo. Lo que ya no se necesita es la mayor parte de la población del Tercer Mundo". Así pues, el modelo de solidaridad para el futuro debe consistir, no en "repartir entre los menos-iguales el excedente de los más-iguales (mecánica propia redistributiva del Estado del bienestar), sino en organizar todo desde los derechos de los menos-iguales" (Reyes Mate). Una solidaridad compasiva.

La solidaridad del futuro debe seguir reivindicando, estratégicamente, una redistribución de la riqueza pues las diferencias sociales, también en las sociedades opulentas, siguen siendo escandalosas; pero nunca más podrá limitarse a esta reivindicación. Debemos internalizar la explotación del Tercer Mundo, como ya se está empezando a hacer con el medio ambiente. Y esto no es algo que pueda hacerse sin costes. A nadie se le escapa que una propuesta como la que plantea Glotz se constituye como un reto moral, antes que político o económico. Es preciso un *acto de valor* (en su doble sentido, de valentía pero sobre todo, de decisión moral) para asumir los costes de la solidaridad desde el convencimiento de que *unos "derechos" que no sean efectivamente universalizables no pueden ser considerados como derechos, sino como privilegios.*

También Habermas parece haber incorporado esta perspectiva moral a su reflexión en torno al significado actual del socialismo.

Las ambigüedades de la acción voluntaria

Según este autor, el conflicto clásico de intereses entre capital y trabajo estaba estructurado de tal forma que ambas partes disponían de un potencial de amenaza. Para la clase trabajadora, situada en una posición estructural de desventaja, este potencial residía en el recurso a la interrupción del proceso de producción mediante la huelga. Pero las cosas son, en la actualidad, de otra manera. El drama de los excluidos del bienestar no es, hoy, que sólo tengan para perder sus cadenas, sino que no tienen nada con lo que participar en el juego. Pero si ellos no pueden , ¿quién evitará su "desaparición" de la realidad política de las sociedades desarrolladas? Aquí es donde la posición de Habermas entronca con la de Glotz: "Sin la voz de la mayoría de los ciudadanos que se pregunten y permitan que se les pregunte si de verdad quieren vivir en una sociedad segmentada, en que hayan de cerrar los ojos ante los mendigos y ante los que carecen de hogar, ante los barrios convertidos en guetos y las regiones abandonadas, tal problema carecerá de la suficiente fuerza impulsora, incluso para ser objeto de un debate público que lo haga calar de verdad en la conciencia de todos. Una dinámica de autocorrección no puede ponerse en marcha sin moralización, sin una generalización de intereses efectuada desde puntos de vista normativos".

Que los fuertes se solidaricen con los débiles. ¿Es esto posible? No sólo creo que es posible, creo también que ya se está haciendo. En cualquier caso, es imprescindible, pues la tendencia a gobernar y administrar invocando los intereses de un supuesto "ciudadano medio" lleva, inevitablemente, a que los intereses no expresados de las personas excluidas de la ciudadanía real desaparezcan del centro de la acción de gobierno. Y si ellas no reivindican sus intereses, si no movilizan políticamente su sufrimiento, ¿quién lo hará?

"Hay que insistir en los valores de solidaridad para hacer de ellos un elemento de opinión pública que pueda pesar en la elección y en las decisiones de los gobernantes", dicen Arbós y Giner. Con otras palabras, de nuevo la propuesta de Glotz. Sólo si quienes *podemos* hacemos lo que *debemos* la voz de las personas excluidas adquirirá peso político y cultural. Sólo si somos capaces de pensar y construir la democracia y los derechos humanos no en abstracto, sino en función y desde la perspectiva de quienes están en la práctica excluidos y excluidas de ésta democracia, superaremos esa tentación, permanentemente presente en nuestra organización política, de funcionar desde un concepto restringido de ciudadanía, tomando por buena aquella afirmación de Aristóteles: "Lo cierto es que no hay que elevar al rango de ciudadano a todas las personas que necesitan de la ciudad para existir".

IMANOL ZUBERO es profesor del Departamento de Sociología de la Universidad del País Vasco. Durante un tiempo fue uno de los portavoces de Gesto por la Paz de Euskal Herria.

Voluntariado y militancia

(dimensiones políticas del voluntariado social de marginación)

«(...) Algunos hombres tienen un dormitorio,
el viento es alejado por una noche,
la nieve que les estaba destinada cae en la calle.
Pero el mundo no cambia por esto,
las relaciones entre los hombres no mejoran,
la era de la explotación no se acorta tampoco».

–Brecht–

Cuando el voluntariado experimenta una sensación externa de estar al menos de moda, resulta prácticamente imposible hablar de él como un fenómeno unitario y de entornos precisos, en los que la figuración del militante cobra diversos sentidos (y en algunos casos, ninguno que apunte hacia procesos de transformación social). Existe, así, una lucha de modelos de voluntariado realmente divergentes entre sí, en algunos casos complementarios y, en otros también, incluso opuestos.

En principio, puede hablarse, desde este punto de vista, de un voluntariado social que –vertebrándose desde los ámbitos de la marginación y de la exclusión– se articula como modelo de conflicto y asume una cierta vocación transformadora.

Pero en principio también puede igualmente hablarse, desde ese mismo punto de vista, de un voluntariado socialmente tranquilizador, de solidaridad estética y apaciguante, en muy poco conflictiva, meramente asistencialista o ambulancia ingenua de la historia, y desde luego interesante para proyectos políticos –los oficiales– de control social.

Las dimensiones políticas del voluntariado social de marginación no pueden ser pensadas ajenamente a las prácticas ideológicas y militantes que se encarnan en los *Nuevos Movimientos Sociales* (NMS). Es éste el primer punto de partida desde el que ya podemos intuir y profundizar las posibilidades reales de intervención política de la acción voluntaria.

Los llamados NMS han sido en diversas ocasiones caracterizados por el universalismo, la participación de base orientada al servicio de intereses precisos, la autogeneración en movimiento, la afectividad dinámica, la anti-institucionalización, la iniciativa 'desde abajo', la impregnación del mundo de la vida, el antiteleologismo histórico y una durabilidad problematizante (entre el riesgo de acabar institucionalizándose y el de simplemente acabar desapareciendo). Marcados por una macrocaracterística que les es propia –la discontinuidad– y a

Voluntariado y militancia

pesar de no atacar directamente el núcleo material (económico) de nuestras sociedades, *sí* parecen estar haciéndolo sobre sus presupuestos culturales hegemónicos.

Es en esto donde los Nuevos Movimientos Sociales deberían ser contemplados por el voluntariado en su dimensión política como *punto de referencia* –posiblemente, hasta *de inclusión*– y no sólo como *punto de coordinación* y complicidades mutuas[1].

En relación a ellos, el voluntariado mismo ha sido *formalmente* un 'denominador común' parejo sin el cual los colectivos adscritos a dichos movimientos apenas habrían podido desarrollar sus estrategias y prácticas de acción. De todas maneras, no es éste el punto de convergencia entre "voluntariado" y NMS sobre el que nos queremos detener, puesto que –si bien es cierto que los NMS 'clásicos' se nutren mayoritariamente de colaboraciones y dedicaciones de militancia formalmente "voluntarias", esto es, gratuitas, organizadas, formadas, desinteresadas, etc– es *el voluntariado social de marginación* el que se encarna en las realidades de la exclusión, el que trabaja directamente con el excluido, sobre el que nos venimos refiriendo en estas líneas y sobre el que se habría de discutir sus posibilidades de intervención política.

Para dicha discusión, me acerco a creer que este voluntariado –el que actúa significativamente con y desde los rostros y ámbitos de la marginación social– *forma parte, con pleno derecho, del paradigma de los llamados "nuevos movimientos sociales"* y que es *desde esta inclusión como NMS específico* desde la que puede efectivamente desarrollar contenidos de transformación o resistencia políticas (vgr., "dimensión política del voluntariado") juntamente a sus prácticas de atención, de asistencia, de acompañamiento, de promoción y de desarrollo comunitario.

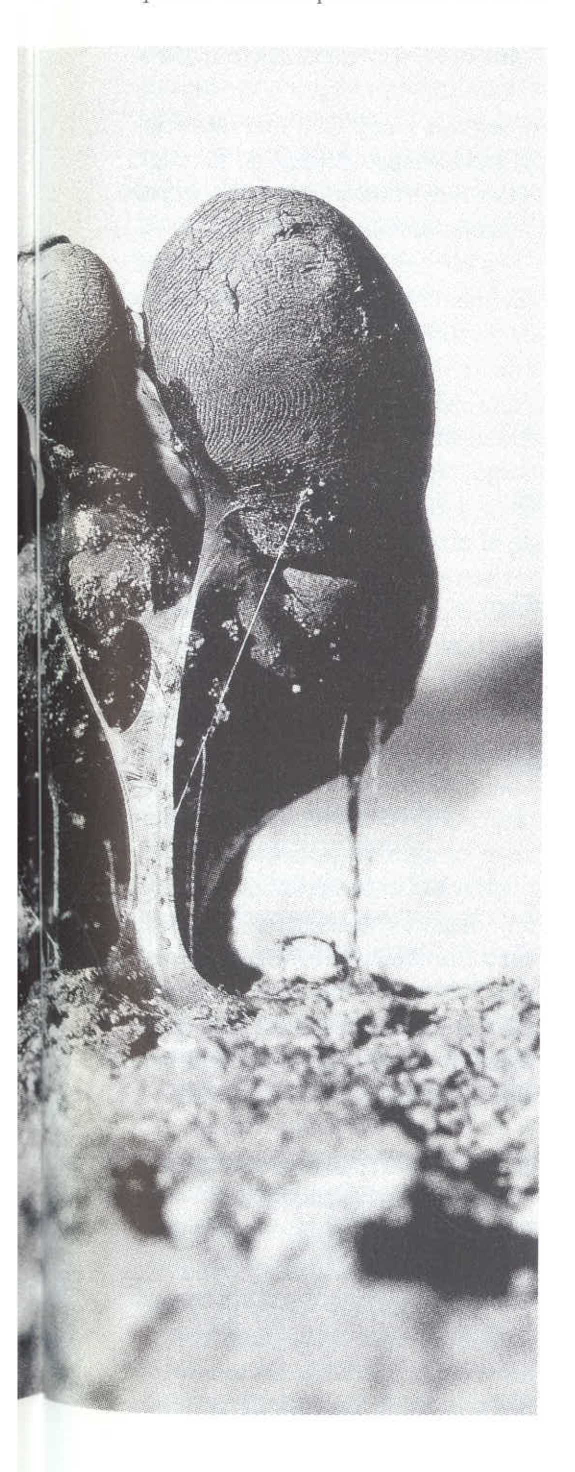
Como todo NMS, el voluntariado –siempre nos referiremos al de marginación– tiene contornos y límites de competencia basados en la imprecisión. El hecho mismo de compartir con los demás NMS un ideario convergente –también impreciso y basado en el disenso– de emancipación y justicia y el hecho (recurrentemente habitual) de encontrar personas y grupos al tiempo voluntarios/as y al tiempo militando en diversos NMS, son hechos que ayudan a subrayar unas ciertas coincidencias para el voluntariado con respecto al conjunto de los rasgos mayoritariamente compartidos por el paradigma de los NMS. Aplicaremos a este voluntariado, así, los rasgos que Riechmann ha atribuido a todo NMS:

- el voluntariado social de marginación –como otros NMS[2]–, de fuerte *orientación emancipatoria* (en este caso focalizada desde las



personas y grupos que habitan los espacios de la exclusión), se concentra en la esfera *sociocultural* de nuestras sociedades, haciéndose propio de la llamada 'sociedad civil';

• desarrolla *formas de 'contra-poder' de base* para incidir en la vida social; es, de hecho, en sí mismo –y junto a otras prácticas de intervención–, una estrategia de *autorregulación colectiva* orientada a devolver capacidad de intervención pública a la sociedad civil y a la ciudadanía de base, respondiendo de tal manera a la creciente burocratización y mercantilización de la existencia y de las relaciones sociales;



• como otros NMS, el voluntariado de marginación no comparte la concepción lineal de la historia ni la creencia ciega en el progreso interminable, puesto que su misma existencia (encarnada y visible en los espacios sociales donde el progreso y el bienestar han fracasado) desacredita la supuesta bondad de la *modernización industrial*, del *crecimiento económico* y de la *regulación burocrático-estatal* (tal como, al menos, hoy se entienden y se rigen en nuestras sociedades) de nuestro mundo "primero";

• como otros NMS también, el voluntariado –en tanto movimiento y red de entidades, red de redes– se caracteriza por una *composición social heterogénea* y por una *estructura organizativa descentralizada y antijerárquica* en el seno de los colectivos de base en los que se encarna: en ellos son habituales, así, niveles bajos de institucionalización y de profesionalización (el voluntario no es, de hecho, un profesional de la intervención social, en el sentido estricto del término) desde los que, además, se desconfía de lo excesivamente burocrático y de los liderazgos carismáticos;

• es característico asimismo del conjunto del voluntariado social una *pluralización de objetivos concretos y estrategias muy diferenciadas*, desde las cuales se asume el principio de 'pensar globalmente, actuar localmente', dotándose para ello de significados y prácticas particulares (según ámbitos locales y según colectivos excluidos específicos) potencialmente capaces de converger en un mismo proyecto común de solidaridad y opción por los más débiles.

• el voluntariado hace de lo personal política, al tiempo que desarrolla *formas alternativas de convivencia*; para ello –como, de nuevo, otros NMS– no acepta la dicotomía 'público / privado' del discurso liberal, *politiza y moviliza la vida cotidiana y el ámbito privado*, no se contenta con subordinar la esfera sociocultural a la político-administrativa y se configura, junto a la totalidad de los nuevos movimientos sociales, como *espacio de política no-institucional*;

• por último, el voluntariado comparte con los otros NMS una temporalidad *de carácter discontinuo*, transitorio o perecedero: la continuidad de sus redes, de los colectivos, entidades y movimientos en los que se articula queda amenazada o por su *'disolución'* (desaparición total o fases de latencia de sus intervenciones sociales concretas) o por su *'institucionalización'* (y entonces el voluntariado *sale* del paradigma de los NMS para acercarse al de los *voluntariados oficiales*).

Con todo lo dicho, para participar en procesos de transformación y resistencia políticas, al voluntariado social de marginación le caben –a grandes líneas– al menos tres opciones posibles (de las cuales, en el fondo, la primera es una mera delegación):

a) el voluntariado –tras asistir, tras acompañar, tras promocionar...– *se detiene* en la frontera de lo estrictamente político y pasa el testigo a la militancia tradicional

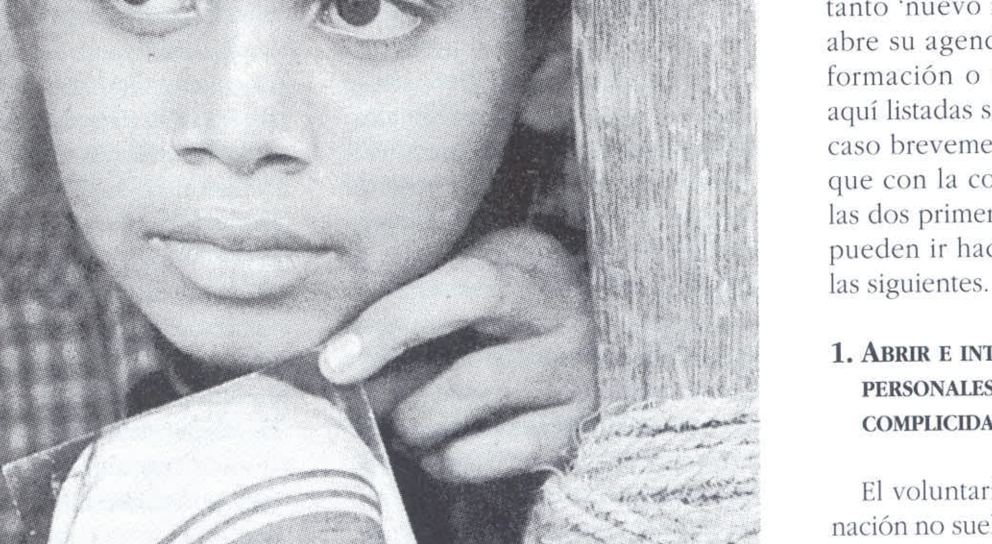
Voluntariado y militancia

(partidos, sindicatos...) o a los centros administrativos de la decisión y el poder; o

b) el voluntariado –tras asistir, tras acompañar, tras promocionar...– *colabora activamente* en la frontera de lo político, vertebrándose con la militancia de los NMS; o

c) el voluntariado –tras asistir, tras acompañar, tras promocionar...– *asume en su dinámica* y en sus procesos de actuación real una dimensión política que apunte hacia la transformación de estructuras, autorrealizándose entonces como 'nuevo' NMS.

En su primera opción, voluntarios y militantes pertenecen a campos de acción definidamente aislados entre sí y, aunque exista diálogo entre ellos, las competencias están bien diferenciadas *("o voluntario, o militante")*. En su segunda opción, el voluntariado es un agente mediador y común en los procesos políticos abiertos desde los NMS 'clásicos' *("voluntario y militante")*. En su tercera opción, el voluntariado se carga a sí mismo de militancia y explicita una intencionalidad política propia, como cualquier otro NMS *("voluntario y, por lo tanto, militante")*.



La primera opción desconoce las dimensiones políticas, las agendas políticas, de los voluntariados que se encarnan en las realidades de la marginación social. Con las dos restantes se precipita, sin embargo, en tantear dicha agenda política, asumiendo un reto que –desde él mismo, en tanto componente vertebrador de los NMS o en tanto NMS específico– ya quiere apuntar a objetivos de transformación estructural.

Sin ánimo de querer agotar o totalizar el conjunto de las posibles vías con que el voluntariado, en tanto 'nuevo movimiento social', abre su agenda política de transformación o resistencia, quedan aquí listadas sólo algunas, en todo caso brevemente esbozadas, aunque con la consideración de que las dos primeras son las que quizá pueden ir haciendo más factibles las siguientes.

1. Abrir e interpelar procesos personales (rompiendo complicidades)

El voluntariado social de marginación no suele contentarse con ser un viaje de ida desde las motivaciones y disponibilidades de la perso-

na hacia la realidad del otro y de la exclusión social. El viaje suele serlo también de vuelta.

La experiencia de la gratuidad (la experiencia *subversiva* de la gratuidad) y de la mirada presente en las barriadas y en las narraciones concretas de la marginación social –el encuentro con los derrotados pero todavía no vencidos– nos devuelve (en esto el viaje de todo voluntario se hace viaje de vuelta) un vendaval que altera nuestras controladas seguridades personales. Y las descompone de tal modo que ya no todo vuelve a ser igual: la presencia interpeladora de la experiencia cotidiana de la pobreza puede plantear al voluntario social cómo reorganizar sus opciones personales y desde ellas conformar un estilo de vida globalizante que sobrepasa ya a la militancia esporádica.

2. Hacer visible una cultura de la subversión

De hecho, el voluntariado de marginación, en tanto agente social movilizador, ha hecho hablar –desde la particularidad de las experiencias que conforman su práctica– de una *"cultura del voluntariado"*. A dicha cultura, muy a menudo nombrada, se la ha querido describir con diversas adscripciones: cultura de la gratuidad, de la relación solidaria a escala humana, de la ciudadanía y de la participación pública, cultura de la dinamización comunitaria, de la atención al otro y de la inmediatez, de la búsqueda y el encuentro con lo periférico y lo institucionalmente inservible, microcultura de la justicia y del cuidado, de la disponibilidad y de la entrega, etc. Por supuesto, no es éste el lugar de definirla (como tantas veces se ha hecho), sino de resituar el *carácter subversivo* de muchos de estos elementos.

Lo importante en todo caso no es más que traer a cuenta que en un sistema de sociedades como las nuestras –de control, de exclusión y mercantilización de la existencia, y de extrema injusticia social– discursos y, sobre todo, experiencias concretas de gratuidad (por poner un solo ejemplo) se hacen significativamente subversivas. Sólo los dinamismos controladores de la pacificación social las pueden interpretar y presentar luego como experiencias tranquilizadoras de 'solidaridad ciudadana' (las palabras suelen tener dueño y de sobra conocemos los usos de ésta en concreto) que merecen ser aplaudidas y valoradas socialmente, ...hasta neutralizarlas casi por completo en su dimensión conflictiva.

Los Nuevos Movimientos Sociales están marcados por la discontinuidad y a pesar de no atacar directamente el núcleo material (económico) de nuestras sociedades, sí parecen estar haciéndolo sobre sus supuestos culturales hegemónicos.

3. Narrar lo invisible

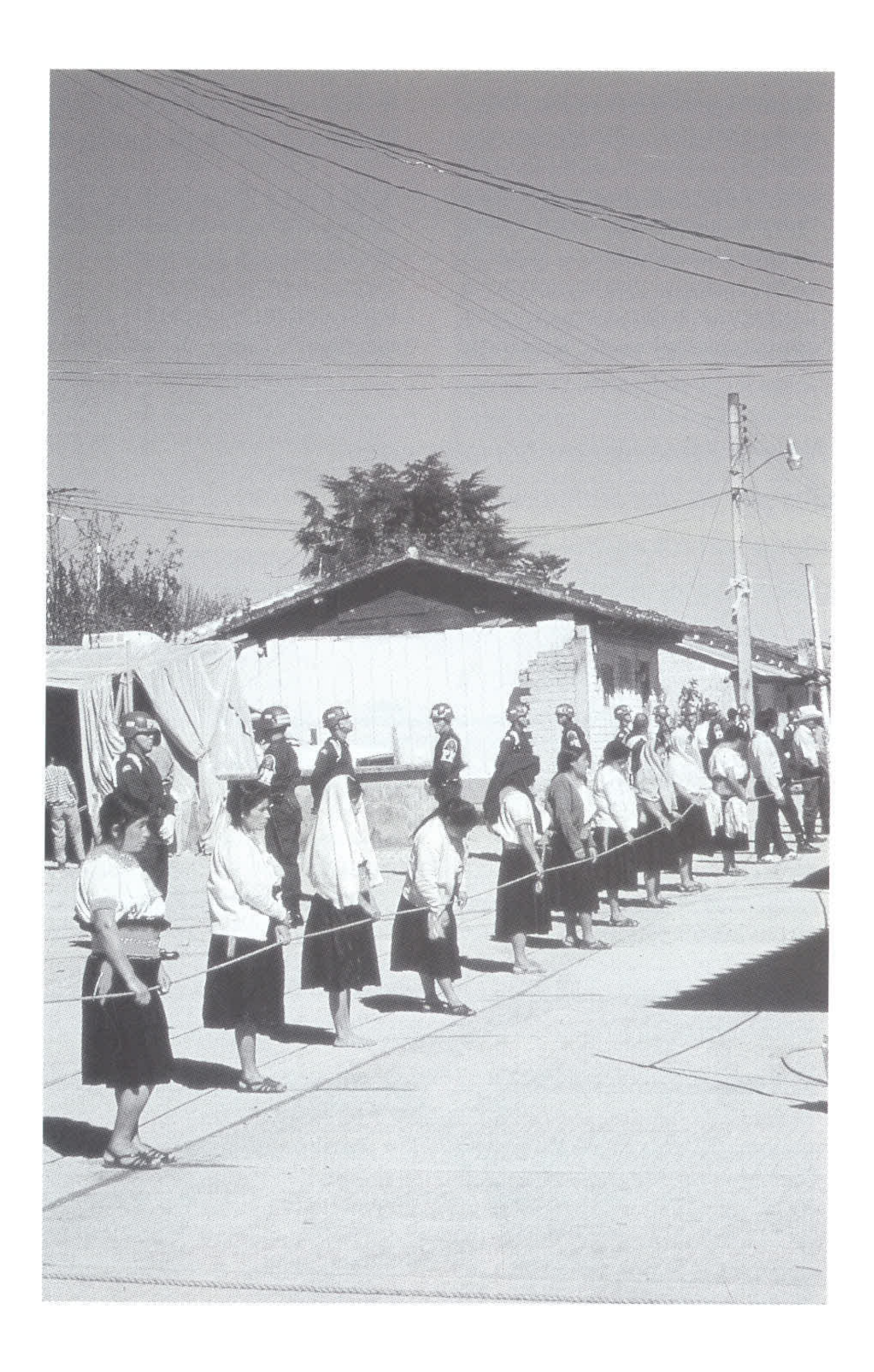
Parejamente a dicha cultura, se hace hoy urgente *explicitar*, hacer visibles y públicas las *narraciones de la exclusión*, señalando a los culpables y reconociendo las causas estructurales de dicha exclusión (en modo alguno fortuitas), sin victimismos ni espectacularizaciones del drama, sino procurando injertar incómodamente el discurso de lo periférico en los centros del privilegio.

En nuestras modernas sociedades de control, narrar lo invisible se resuelve como conflicto, pero es sin duda tarea la que se decide en explicitar lo invisible de manera más visible y pública todavía. Lo que quizá parece obvio no lo es, en realidad, tanto: basta para ello con prestar atención a los soportes y canales comunicativos en los que se intercambian socialmente hoy las narraciones. Quizá las entidades de voluntariado que trabajan en los ámbitos de la exclusión deberíamos continuar potenciando en nuestras propias agendas políticas la *denuncia de la manera con que las víctimas son tratadas y presentadas en los medios de comunicación de masas*. Narrar lo invisible supone también desmantelar críticamente la circense frivolización del sufrimiento, las mascaradas maratonianas de recaudación televisiva de fondos de solidaridad, la espectacularización de la tragedia, la interesada estetización de lo solidario y la estigmatización dramatizante de lo periférico a lo largo de los canales estandarizados de la información.

4. Recrear los frentes comunes

Igualmente, a menudo se ha advertido que las agendas de la cotidianidad de muchas entidades sociales suelen estar tan repletas de tareas de asistencia, promoción y acompañamiento (con el añadido de las

Voluntariado y militancia



energías invertidas en la infraestructura, la formación y la coordinación internas que dichas tareas precisan) que poco espacio material les queda a veces para poder dar cuerpo a la dimensión política que late en dichas acciones y en dichas narraciones. El carácter a menudo urgente de las necesidades que se procuran atender –y que exigen respuestas normalmente inmediatas– profundiza todavía más esta "inflación de tareas" que sobresatura las energías de dedicación y compromiso de tantas y tantas entidades.

En este sentido, el papel de los "voluntariados de mediación" (que renuncian a la gestión de proyectos *propios* de acción social), de las Plataformas y Federaciones de entidades y del encuentro mutuo entre colectivos de base (para la acción o para el debate conjuntos) apunta asimismo hacia una mayor *coordinación y relación* entre entidades y colectivos, en la que sin duda se ha avanzado en los últimos años.

5. Restituir el protagonismo de la voz del otro

El otro a cuyo encuentro sale el voluntariado, el excluido, no suele ser tolerado en los lugares del Centro, de la toma de decisiones, de las luchas de intereses..., y muy a menudo tampoco es incluido en la estructura organizativa, pública e institucional de las entidades voluntarias. Sin dudar de la capacidad de

acogida, servicio y compromiso de éstas, debemos también reconocer que a menudo acogemos al pobre entendiéndole a veces como "problema", a veces como "carencia", y luego como objeto destinatario de las acciones sociales. No pretendo cuestionar aquí el sentido –que lo tiene, y mucho– de la relación de ayuda, de la atención, educación y acogida al otro, pero sí problematizar un tanto el sentido mismo de encontrar en el excluido solamente el *objeto* destinatario de una acción que quizá podría ser sólo parcialmente liberadora.

Alejándonos de posturas paternalistas y unidireccionales (el paternalismo no deja de ser un *reduccionismo* de la persona, con muy buenas intenciones pero también con un mucho de superioridad y prepotencia), el voluntariado social de marginación se tensiona entre lo que es un trabajo *para* los excluidos, el que se hace *con* ellos y el que se resuelve *desde* ellos. Si el voluntariado quiere hacer suya esa dimensión política de asumir las causas de los despojados del sistema y situarse así desde esa realidad, hora será también de *promocionar la autonomía reivindicativa y ciudadana* de aquéllos –ellos y ellas, ciudadanos/as de segunda–, invitarles a ejercerla e incluir decisivamente su voz y su presencia tanto en la gestión (organizativa y de decisiones) de nuestros colectivos como en las acciones que nuestras entidades dirijan hacia el exterior (de denuncia, de presencia pública, de reivindicación...).

6. Potenciar su interlocución institucional

Aunque se han dado pasos importantes en este sentido, sorprende todavía comprobar el carácter de la *recurrencia* de las entidades sociales de base en los órganos para las políticas institucionales (las de los servicios sociales, por ejemplo).

La concepción altamente técnica y profesionalizadora de éstas –sujeta a intereses precisos y a disponibilidades presupuestarias– quizá haya contemplado al voluntariado social de marginación más como un recurso disponible y un instrumento para lo ya decidido que como interlocutor válido encarnado en los ámbitos y en las ramificaciones públicas de la exclusión. Entre el *posibilismo* y la *denuncia*, la presencia del voluntariado en las grietas de la estructura del poder político en que puede ejercitarse la presión, posiblemente debería dejar de ser menos testimonial.

Las ramificaciones de esta *testimonialidad en los colectivos de base* pueden llegar a ser, desde luego, numerosas: desde la renuncia a caer en la tentación de aceptar prestacionistas para sus tareas internas (en testimonio explícito de apoyo a la insumisión, por parte de colectivos basados en la noción de 'voluntariedad') hasta la premura en autofinanciarse en la medida de lo posible (accediendo a subvenciones y ayudas oficiales que no pongan en entredicho su autonomía real como colectivos), pasando por el discernimiento de las relaciones entre personal contratado y voluntarios, por la transparencia en los derechos sindicales de los primeros y por el cuidado de no hacer la cama de las 'contraprestaciones' (promovidas por la Ley de Voluntariado) que atenten contra el sentido radical de la *gratuidad* de los segundos.

7. Afectar sobre el desarrollo del tejido comunitario del entorno

Otro de los potenciales políticos del voluntariado lo conforman su capacidad de multiplicar las relaciones y su interés en *desaislar* al otro (al excluido, pero también al exclusor y al indiferente), al menos en los territorios sociales de lo local, de la barriada, de la ciudad pequeña y en el contexto de una cultura hegemónica basada en el aislamiento.

El voluntariado social de marginación no suele contentarse con ser un viaje de ida desde las motivaciones y disponibilidades de la persona hacia la realidad del otro y de la exclusión social. El viaje suele serlo también de vuelta.

Sería desmerecer el sentido político del voluntariado si no atendiéramos a su capacidad de trenzar y retrenzar el tejido de la comunidad, en promover su desarrollo y en dinamizar a personas y grupos de la misma en torno a situaciones que se perciben comunes. La rehabilitación misma del excluido, la promoción de su autonomía personal y su capacitación para ser parte integrante del entorno social de relaciones, contribuyen igualmente

Voluntariado y militancia



a la recuperación del espacio comunitario como espacio de ciudadanía, de participación y de presencia pública.

8. Desnormativizarse

El total acuerdo entre los partidos políticos que hizo posible la entrada en vigor de la Ley del Voluntariado (enero del 96) ha sido a menudo comparado con el rechazo que dicha ley ha suscitado en gran parte de los colectivos de base. Frente al llamativo crecimiento del voluntariado como fuerza de cambio social, bastantes gobiernos autonómicos han optado asimismo por canalizar esta fuerza a través de la regulación de su ejercicio.

La intromisión del Estado en lo que se suponía una dinámica de participación *propia* de la sociedad civil parece que debería plantearnos a las organizaciones sociales voluntarias una reflexión más que serena sobre qué modelo de voluntariado hacer descansar nuestras apuestas, si es verdad que por 'voluntariado' se podría entender ya cualquier cosa o si -de verdad– *la cultura de lo gratuito y de la opción por los excluidos* es inalienable de un proyecto de voluntariado *socialmente crítico y transformador*.

En cualquier caso, sólo la capacidad del voluntariado de marginación de ser proyecto que apunta políticamente a procesos de transformación social puede plantar cara, en tres frentes parejos, a las tendencias de *estetización*, de *instrumentalización* y de *mercantilización* de las que el voluntariado mismo puede ser objeto.

9. Rigor teórico

Quizá sorprenda encontrar al rigor en la teoría entre las dimensiones políticas del voluntariado, fundamentalmente porque quizá solemos asociar lo político a las acciones materiales y a los desarrollos de la praxis y porque es habitual considerar que el voluntariado ha sido, constitutivamente en parte, una cultura de la acción.

La función de la crítica, del discurso disidente, de los horizontes de alternativas, de la autocrítica y de las revisiones a tiempo real es parte constitutiva de las prácticas transformadoras que el voluntariado tiene abiertas o cerradas ante sí. La necesidad misma de ir completando sus narraciones, de discutirlas, matizarlas o llevarlas hasta sus consecuencias es también, y sobre todo, necesidad de los colectivos, plataformas y entidades que se sitúan –en tanto voluntariado– en las fronteras de los márgenes, porque de ellos se ha puesto a su servicio.

Puesto que el espacio en que la teoría ha de moverse es, también, el espacio de la resistencia (sin poder apenas negociar con la certidumbre, sobre todo en un contexto en que tanto cuesta trazar con coherencia y nitidez modelos ideológicos globales que opten por los derrotados), las conclusiones de dicha labor crítica habrían de entenderse más como puntos de partida que de llegada.

ANEXO: UN PERFIL DE (O)POSICIONES [3]

VOLUNTARIADOS OFICIALES	VOLUNTARIADOS SOCIALES DE MARGINACIÓN
• Sentido salarial de la gratuidad: se promueven *incentivos* - mantenimiento del esquema (individualismo) instrumental utilitario de "recompensas", hoy dominante	• Sentido radical de la gratuidad: no esperar *ni aceptar nada* a cambio - transgresión (colectivismo, excluidos) del utilitarismo individualista, hacia el otro (alteridad / alteración)
• Conservación (consciente o no) de la dinámica cultural hegemónica	• Construcción (autoconsciente) de una cultura alternativa
• Colaboración armónica entre Administración y sociedad civil: *complementariedad*	• Denuncia y actitud crítica ante las deficiencias de la Administración: *tensión*
• Intromisión del "poder público" en las organizaciones: Dependencia (tutela)	• Voluntariado de marginación *al margen* (solidaridad) del Estado: independencia
• Privilegio de la identidad del voluntariado (estructurado, ordenado, con carnet...) diseñada desde el Estado (*uno*) que *super*visa (=super, =sobre, =ve desde arriba)	• Alteridad como punto de referencia: voluntarios como aquellos que buscan al otro, se (re)organizan en función de los *otros* (conocidos y por descubrir), los (*sub*vierten) de abajo
• Voluntariado como *actividad* (concepción "asistencialista")	• Voluntariado como *forma de vida*, práctica y sentido que cala hacia y desde lo cotidiano (concepción "transformadora")
• Guarda las formas burguesas: tranquilidad, bienestar	• Sorprende las formas, las revoluciona: conflicto, malestar
• Garantiza el funcionamiento democrático (capitalista, de masas, jerárquico...) de las instituciones: aquieta, asegura el sistema político-social (que margina).	• Desafía al sistema: inquieta, busca un sentido no masivo (sino grupal), no capitalista, no vertical, de la cultura y la sociedad democrática *Horizonte de emancipación*

(1) Una buena aproximación a los NMS puede encontrarse en Jorge RIECHMANN y Francisco FERNÁNDEZ BUEY: *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Paidós, Barcelona, 1994. Asimismo sería bueno echar un vistazo a lo que sin duda es la más atinada visión, abierta en todo caso al debate, de las relaciones entre NMS y voluntariado: Antonio MADRID: "Algunos interrogantes sobre el fenómeno del voluntariado", en VV.AA.: *En el límite de los derechos*, EUB, Barcelona, 1996.

(2) Sigo aquí los rasgos que Riechmann (*op. cit.*) atribuye a los NMS.

(3) Antonio MÉNDEZ RUBIO: "Perfil de (o)posiciones", en Voluntariado de Marginación Claver-Valencia: *Dossier de Formación para grupos de contraste*, Valencia, 1996.

ENRIQUE FALCÓN es miembro del Voluntariado de Marginación Claver de Valencia.

¿Hacia dónde va Greenpeace?

Greenpeace. ¿Hay quién no tenga una opinión sobre este campeón imbatido de la causa ambiental? Abominable para algunos, que lo ven como el corazón de un complot de izquierdas encaminado a entorpecer el funcionamiento de una «muy libre empresa»; banda de payasos para otros, que no aprecian para nada la discutible manipulación de la información a la que el grupo recurre en ocasiones (1); o, por el contrario, último bastión de una naturaleza desangrada ante los repetidos ataques del «homo productivis», antes que la misma exhale su último suspiro. Si Greenpeace no deja indiferente a nadie, las opiniones sobre este grupo parece que se propagan en todas las direcciones. Y no hay que sorprenderse. El gigante verde esconde su cabeza, se refugia en luchas fáciles a fin de evitar reflexionar sobre su razón de ser: el medio ambiente. Detrás de la lucha diaria se esconde un rechazo sistemático a afrontar el aspecto social de la crisis ambiental.

Se podría esperar por parte de una organización ambientalista que definiera su propio objeto, que elaborase una visión del mundo y, sobre todo, que reflexionara sobre las causas de la degradación de la naturaleza que describe. Sin embargo, no hay nada de esto. Organización dedicada casi exclusivamente a la acción, Greenpeace pretexta el carácter urgente e inevitable de su lucha para justificar la ausencia de cualquier reflexión global. Con el fin de conservar su propia independencia, la organización se prohibe tomar cualquier posición política. Y esto significa que lo social está excluido del debate sobre las causas de los problemas ambientales, sobre las posibilidades de una nueva relación con la naturaleza. Intentemos analizar las razones.

EL ARTE DE CONSTRUIR SOBRE VACÍO

Con la excusa de salvar lo salvable, Greenpeace se propone atacar directamente a los contaminantes. La acción del grupo, recordémoslo, va desde la protección de las ballenas a la lucha anti-nuclear, pasando por la conservación de los bosques. Lo que subyace a esta acción es una ideología conservacionista: para Greenpeace, la "guerra y la destrucción del ambiente derivan de una misma causa no analizada; lo que importa no es comprender por qué se produce esta destrucción sino ralentizarla, invertir la tendencia" (2). Según esta visión, cada individuo tiene derecho a aire puro, agua limpia, etc. En palabras de Johanne Fillon, de la oficina de Montreal de Greenpeace, la organización quiere frenar la utilización abusiva de estos recursos y recomienda el advenimiento de una "producción adecuada, es decir, no contaminante y respetuosa con el medio ambiente" (3). Existirían, por lo tanto, soluciones simples para la mayor parte de estos problemas, soluciones que podrían muy bien poner de relieve, al menos, algunos de sus aspectos sociales.

Greenpeace apunta a la consecución de éxitos puntuales e inmediatos. Pero en el corazón de la estrategia del grupo se encuentra otro imperativo, tan banal como inconfesable: el reclutamiento de miembros-financiadores.

La ideología implícita con la que esta organización alude a la legitimidad de sus comportamientos se limita a una visión pragmática que sirve para orientar la acción puntual del grupo. El medio ambiente se percibe como un conjunto de ecosistemas cuyo equilibrio está amenazado por la acción humana. Se trataría de encontrar fórmulas pragmáticas de un carácter, a menudo, tecnológico pa-

Con el fin de conservar su propia independencia, Greenpeace se prohibe tomar cualquier posición política. Y esto significa que lo social está excluido del debate sobre las causas de los problemas ambientales, sobre las posibilidades de una nueva relación con la naturaleza.

ra combatir esa amenaza, y de adoptar una actitud más sana en la utilización de los recursos.

Pero basta profundizar un poco para descubrir la fragilidad y la superficialidad de esta visión conservacionista. Así, en una entrevista, Johanne Fillon no fue capaz de definir el concepto de medio ambiente si no era relacionándolo con las acciones de Greenpeace para protegerlo, mientras dejaba escapar alguna vaga afirmación sobre la noción de equilibrio de los ecosistemas (4). Las cosas empeoran más tarde cuando nos damos cuenta de la ausencia total de interrogantes relacionados con el origen de problemas ambientales ... Para Greenpeace lo importante no es tanto plantear cuestiones generales, buscar sus causas, sino actuar con urgencia y eficacia atacando inmediatamente a los problemas más gordos —que a menudo son los más visibles mediáticamente. Greenpeace se indigna, Greenpeace denuncia y Greenpeace vuela en auxilio de los cetáceos blancos y de otros mamíferos fotogénicos. No es que esto sea inútil, ¡al contrario! Los éxitos puntuales de Greenpeace son innegables, y cuando el fuego ha alcanzado al redil, tanto mejor si se logra poner a salvo cualquiera de sus hermosas y blancas ovejas.

¿Pero todo esto tiene sentido verdaderamente? Es una pregunta legítima en la medida en que el propio gigante verde no se la hace. Una solución al problema ecológico, por imperfecta que sea, implica mirar con ojos críticos nuestra sociedad y proponer otras salidas a la misma. Ahora bien, esta posibilidad no existe en modo alguno para Greenpeace, que, demasiado preocupada en sus acciones puntuales, no ve el bosque que se esconde tras el árbol.

Actuar ahora, pensar más tarde

Cuando se piensa en Greenpeace, de inmediato vienen a la mente una serie de imágenes espectaculares. Esto es evidente, dado que toda la estrategia de la organización cristaliza en un vasto despliegue mediático, atentamente estudiado. Una vez más, el medio es el mensaje. Todo se sacrifica a la visibilidad. Lo que se persigue es una acción eficaz que genere un impacto percibido inmediatamente: tapar los canales que vierten deshechos tóxicos en el agua de los ríos y de los océanos; interponerse entre el arpón y la ballena para molestar a los cazadores ilegales; ocupar las plataformas petrolíferas, etc. Se exalta al mismo tiempo la implicación individual de sus miembros —los cuales, esencialmente, son sus financiadores—, que promueven un estilo de vida en armonía con la naturaleza y hacen gala de un consumo ecológico. Todo esto está muy bien, pero, ¿por qué tanto énfasis sobre las acciones espectaculares y mediáticas?

Sobre todo, ciertamente, porque es eficaz. Greenpeace ha desarrollado su espacio de acción con gran habilidad en el seno de una sociedad hipermediatizada, y ha comprendido rápidamente la necesidad de explotar al máximo la sed de sensacionalismo inherente a los «mass media», también a costa de crear escándalos o, sí es el caso, de deformar los hechos (5).

Como lo reconoce ella misma, Greenpeace ha llegado a ser un grupo extremamente bien organizado que sabe aprovechar las tecnologías más recientes —el grupo se encuentra entre los pioneros en la utilización de la red Internet— para llevar a buen fin acciones minuciosamente estudiadas y obtener el máximo impacto mediático. ¿Quién no recuerda el célebre "Alcancer" que ondeaba sobre las chimeneas del gigante industrial Alcan, las tripulaciones de débiles embarcaciones que se enfrentaban a terribles pesqueros armados hasta los dientes o, últimamente, cómo las naves de Greenpeace osaban avanzar hasta los límites del atolón de Mururoa, espacio de los experimentos nucleares franceses? Greenpeace está especializada, por tanto, en una puesta en escena no-violenta de sus acciones, aunque éstas a menudo sean ilegales. Dicho esto, es necesario reconocerle una cosa al método de Greenpeace: el grupo ha conseguido alcanzar una reputación y una importancia sin igual en el campo del ambientalismo.

¿Hacia dónde va Greenpeace?

El impacto de la puesta en escena de Greenpeace depende en última instancia de dos factores: la mediatización de los acontecimientos y su corolario, la posibilidad de presentar el problema de manera simple o, mejor, simplista. Está claro que toda la estrategia de Greenpeace depende de la cobertura mediática. A este nivel no hay problemas: los periódicos y las televisiones de todo el mundo se felicitan de mostrar las desventuras de esta alegre banda de aventureros de los tiempos modernos. Por contra, para que una acción tenga un impacto sobre los poderes políticos y sobre las grandes corporaciones, es igualmente necesario que la población comprenda el problema y lo juzgue soluble. De este modo, Greenpeace escoge con cuidado su campo de actividad con el fin de tocar las cuerdas más sensibles de los ciudadanos. Significativos son los problemas que se pueden presentar bajo la forma de un discurso moral: mirad a los malos, mirad las víctimas. Y sí estas últimas tienen el buen gusto de suscitar pasiones, mejor que mejor.

Por el contrario, cuando el problema a resolver ya no es tan simple, se titubea. ¿Cuando habéis oído hablar por última vez de la lluvia ácida? Esta cuestión, tan popular en los años 80, tiende a ser cada vez más complicada, sus impactos son difíciles de evaluar: en consecuencia, se duda de convertirla en caballo de batalla. De la misma manera, Greenpeace descuida el problema de las manipulaciones genéticas. Se reserva la posibilidad de criticar ciertas aplicaciones pero no se interroga sobre el problema en sí mismo (6). Es demasiado complejo y poco mediático.

La ideología de Greenpeace se detiene, a menudo, allí donde comienza la reflexión.

«Nothing succeeds like success»

Es evidente, por un lado, que Greenpeace apunta a la consecución de éxitos puntuales e inmediatos como la adopción de reglamentaciones más severas o la puesta en marcha de acciones concretas por parte de los grandes contaminadores. Pero en el corazón de la estrategia del grupo se encuentra otro imperativo, tan banal como inconfesable: el reclutamiento de miembros-financiadores. En lo que concierne al primer objetivo, el éxito de la organización es considerable. Y este éxito, como atestigua la aventura de la Rainbow Warrior, la embarcación del grupo hundida por los servicios secretos franceses, es sin duda compartida por los gobiernos y las empresas. Las acciones de Greenpeace molestan porque tienen una buena cobertura mediática y están planteadas para conmover al buen ciudadano. Simple y eficaz: se trata de inducir cambios puntuales a través de la vía de las movilizaciones de la opi-



nión pública. Más de un gobierno se estremecerá ante el descontento de los votantes en vísperas de elecciones; más de un consejo de administración temblará ante la amenaza de un boicot.

Pero el éxito de la estrategia de Greenpeace se mide también de otro modo. La financiación de Greenpeace depende esencialmente de las contribuciones voluntarias de sus miembros. Cuanto más numerosos sean sus miembros y más satisfechos estén, más robusta será la salud de Greenpeace. ¿Y cómo se reclutan los nuevos miembros? Obviamente, aumentando la propia visibilidad. Las acciones de Greenpeace son seguidas de campañas postales que tienen el objetivo de reclutar nuevos miembros y obtener el apoyo de antiguos militantes. Para poder atraer nuevos miembros, Greenpeace debe mantener la imagen de una organización dinámica y eficaz, capacitada para responder a problemas inmediatos de manera satisfactoria.



Por consiguiente, otro criterio entra en juego a la hora de seleccionar las acciones: el porcentaje de éxito. Como recuerdan Eyerman y Jamison: "Greenpeace no actúa sin tener una seguridad razonable de éxito, y esta estrategia no puede ser conducida a buen fin sino a través de una planificación minuciosa y una evaluación exhaustiva de los costes y beneficios de una operación" (7). En síntesis, nada tiene más éxito que el propio éxito, y parece que Greenpeace haya hecho suya esta palabra de orden, en la perspectiva de incrementar el número de sus adherentes. Porque es preciso comprender que para Greenpeace sus miembros tienen una doble importancia: aumentan el poder de presión (lobbing) de la organización y la abastecen de fondos necesarios para su autoreproducción.

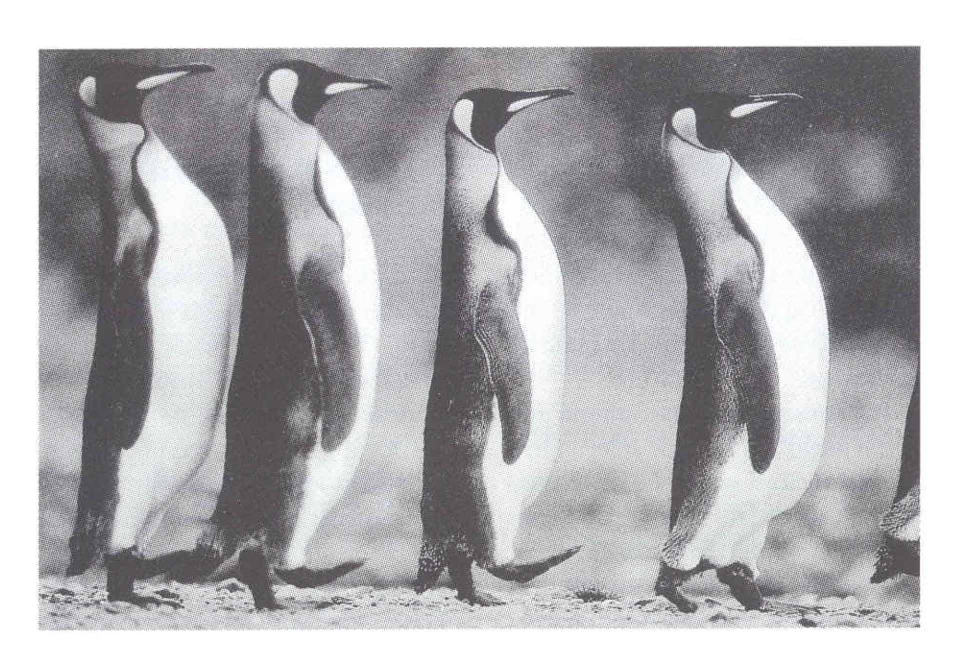
Por ello la organización firma acuerdos con sociedades de sondeos de opinión para medir el efecto de sus campañas, el efecto de la publicidad del grupo, así como para ajustar su estrategia al gusto del momento (8).

Greenpeace también tiene un público privilegiado: los jóvenes semiprofesionales sin una opinión política definida. ¡Que nadie se sorprenda si al grupo le falta una ideología! Greenpeace no es una organización entregada solamente a la acción, sino que también está envuelta en un proceso de autorreproducción que a menudo constituye la razón misma de sus acciones.

No hemos salido todavía del bosque

El cuadro que hemos trazado quizás parezca demasiado sombrío. Y lo es. A pesar de todas nuestras críticas, sin embargo, Greenpeace ha tenido el mérito de llevar a cabo sus acciones concretas o, si secundamos su punto de vista, de ganar batallas en una guerra de larga duración. Admitámoslo, sin Greenpeace y el movimiento ecologista la situación ambiental estaría sin duda peor que ahora. Greenpeace es el perro guardián de la causa verde. Pero como todos los buenos perros, se deja llevar por el collar que tiene al cuello y no llega a ver más allá de la punta de su nariz. No se trata tanto de condenar de una vez por todas el conservacionismo en nombre de un bien superior que es arduo definir. Es necesario, ciertamente, seguir luchando a partir de los problemas que sentimos más cercanos. Pero seamos honestos: no es reciclando nuestras latas de cocacola, eligiendo alcaldes eco-sensibles y derramando una lágrima por las ballenas blancas como cambiaremos las cosas. En el momento en que China se apresura a dotar a sus innumerables habitantes de «automóviles del pueblo», Tokio se levanta sobre un cúmulo de basu-

¿Hacia dónde va Greenpeace?



ras y nosotros, pecadores, nos damos cuenta, abatidos, de que quizás se han superado los límites: es así de absurdo, y eso nos lleva a una pregunta muy simple: ¿a dónde vamos? Porque es lógico que de *nosotros* se trate y no de los animales, las flores y los pájaros.

El concepto mismo de ambiente, que Greenpeace olvida de definir, hace referencia a esto que está alrededor nuestro. Se trata, y se olvida demasiado a menudo, de un concepto social. Poner al ser humano en el centro de las propias preocupaciones no significa hacer antropocentrismo, sino simplemente reconocer una evidencia: tan sólo el ser humano tiene la posibilidad de modificar conscientemente su ambiente. Es de él de quien se espera, por lo tanto, definir la lógica de esta acción reflexionando sobre su propia situación en la naturaleza, pero también sobre sus relaciones con sus iguales y los valores que estructuran su trabajo. En definitiva, la reflexión sobre la crisis ambiental pasa necesariamente, por una reflexión sobre el devenir de la sociedad humana. Hasta que los movimientos ecologistas no se den cuenta de esta constatación, permanecerán bloqueados en una lógica de huída hacia adelante nutrida de soluciones tecnológicas, y no conseguirán modificar de ningún modo las reglas del gran juego social.

(1) A este propósito ver R. Arnold y A. Gottlieb, "Greenpeace USA", *Trashing the Economy*, Free Enterprise Press, Washington 1993, pp. 173-183.
(2) *Cfr.* R. Eyerman y A. Jamison, "Environmental knowledge as an organizational weapon: the case of Greenpeace", *Social Science Information*, SAGE, Londres 1989, vol. 28 (1), p.110.
(3) Entrevista con Johanne Fillon, responsable de la oficina de prensa de Greenpeace de Montreal, 23 de febrero 1996.
(4) *Ibidem*.
(5) Para la presentación de una serie de discutibles manipulaciones por parte de Greenpeace, ver en particular R. Arnold y A. Gottlieb, *op, cit.*
(6) *Cfr.* R. Eyerman y A. Jamison, *op. cit.*, p. 112.
(7) Cfr. R. Eyerman y A. Jamison, *op. cit.*, p. 107.
(8) Ibidem.

ALEX GUINDON. (Traducción de Antonio Morales Toro). (Este artículo apareció en *Rivista Anarchica*, nº 232, de diciembre de 1996-enero de 1997, pp. 12-17, con el título original de "Dove va Greenpeace?". Se trata a su vez de una versión del artículo editado en el "boletín de reflexión libertaria" *Hors d'ordre* de Quebec, Canadá.)

Movimientos (sociales) y Tiempos (históricos)

La huelga, la manifestación, la paralización forzada de una actividad, las revueltas campesinas del medievo y de la edad moderna, los motines contra los encarecimientos de precios, las revueltas espontáneas contra la autoridad, el envío de cartas reclamando la libertad de un preso, ..., son expresiones distintas que ha adoptado diferentes movimientos sociales a lo largo de la historia. Por su parte, el movimiento obrero, las sufragistas, el feminismo, las rebeliones de esclavos en la antigüedad clásica, el ludismo, las revueltas anticlericales o antiseñoriales, las sublevaciones campesinas, las ONGs o las asociaciones internacionales de solidaridad, son movimientos sociales que se corresponden también con diferentes instantes de la historia.

No hay demasiado acuerdo entre los teóricos a la hora de definir qué es un movimiento social. Se podrían encontrar tantas definiciones como definidores. Unas son tan cerradas que dejan fuera expresiones de importancia; otras tan laxas que acaban por no definir nada. Una de las más recurrentes es la que sigue (y que descomponemos gráficamente para su mejor comprensión):

Los movimientos sociales son
conjuntos o colectividades relativamente numerosos
surgidos como reacción o discrepancia
ya sea espontánea o programada
frente a situaciones interpretadas como injustas
que dan lugar a corrientes de larga duración
con programas explícitos o implícitos
que proponen cambios en la estructura social.

Otra definición, ésta de J.Raschke, señala cómo *un movimiento social es un actor colectivo movilizador que, con cierta continuidad y sobre las bases de una alta integración simbólica y una escasa especificación de su papel, persigue una meta consistente en llevar a cabo, evitar o anular cambios sociales fundamentales, utilizando para ello formas organizativas y de acciones variables.*

Dicho esto, seguimos casi como al principio. Lo que realmente nos confunde es que nuevas formas de acción colectiva y nuevos movimientos sociales estén desplazando a los hasta ahora tradicionales. Así, es difícil soportar la falta de vitalidad del movimiento obrero y sindical tradicional, mientras prosperan, con todo tipo de respaldo social y publicitario, nuevas organizaciones de estructura exageradamente blanda, donde la militancia puede consistir en enviar un par de telegramas al mes, o donde en cada congreso se firman por millares las hojas declinando la asistencia y dejándose representar por alguien a quien ni conoces.

Semejante desazón puede estar producida por una visión demasiado estática de la cambiante realidad. Los movimientos sociales se explican en su tipología y en la evolución de ésta, normalmente, a partir de tres grandes cajones. Se suele coincidir en que dos cajones dan lugar a dicotomías extremas (blanco-negro) poco operativas, y que cuatro o más nos sitúan en una diversidad tal que nada explica. Por eso el tres es a estos efectos el dígito ideal. Ahora bien, se pueden componer los tres cajones a partir de un sinfín de argumentos. Por ejemplo, a partir de los protagonistas de cada uno de los grandes movimientos sociales en la historia; por su interés por conseguir el poder político; y así un largo etcétera.

Movimientos (sociales) y Tiempos (históricos)

Nosotros vamos a seguir la clasificación que propone George Rudé, y que la organiza a partir a partir de tres grandes etapas históricas, haciendo corresponder a cada una determinados modos de producción y determinados procedimientos de protesta. Rudé distingue tres sociedades o etapas históricas (preindustrial, industrial y postindustrial), cuatro factores de análisis (sus actores, las causas, los medios y la finalidad) y un movimiento social característico de esa época.

Hay que advertir un detalle previo sin el que es imposible entender nada: los autores —en este caso Rudé— exponen situaciones ideales, de laboratorio, que nos sirvan para comprender mejor la realidad. Sin embargo, la realidad es mucho más compleja y rica que cualquier teoría. Por eso la aplicación de estos esquemas ha de ser blanda. Así, si un movimiento social o un modo de protesta es característico de una época, no significa que el paso a otra elimine la presencia de los anteriores. Lo que ocurre es que éstos pueden adaptarse a la nueva situación o, efectivamente, desaparecer; lo mismo que las formas de actuación. A su vez, durante largos periodos de tránsito lo anterior y lo nuevo conviven, intercambiándose los frutos de sus experiencias y, también, los errores de las mismas.



Campesinos y consumidores en sociedades preindustriales

Pero vayamos al asunto. La primera etapa sería la preindustrial (dependiendo de los países, hasta finales del siglo XVIII). Los protagonistas de los movimientos de este momentos son los campesinos y, en menor medida, los artesanos. Son sociedades que se caracterizan por el aislamiento de grupos y por una vida tradicional apegada a las costumbres. La causa de la movilización social acostumbra a ser la alteración súbita de la tradición y de la costumbre. Resumiendo, el trastoque de los valores comunitarios: el impacto negativo de la racionalización estatal; el alza de precios como consecuencia de la imposición del mercado sobre la economía moral que regía el tiempo anterior; la presencia de nuevos impuestos; la presencia del «otro» (emigrantes, elementos que cuestionan el ritmo de la comunidad, ...); las alteraciones simbólicas; las levas y hambrunas, ... Los medios que se ponen en marcha caracterizan la protesta por su espontaneidad, aislamiento, escasa organización, falta de dirección y recurso a la violencia (normalmente selectiva y con fuerte contenido simbólico). Los dirigentes surgen en la misma acción. Los recuerdos del conflicto se vinculan deficientemente, sin llegar a generar tradición. La finalidad que se persigue es la vuelta a lo anterior, mediante la anulación de la novedad. Su contenido alternativo es por eso nulo o muy limitado a una coincidencia de circunstancias (por ejemplo, diversas revueltas campesinas poco políticas en la Francia de finales del siglo XVIII dieron lugar, entre otros hechos y razones, a la Revolución Francesa). Por lo dicho hasta ahora, es obvio que el movimiento social característico de la época es el movimiento o movimientos campesinos.

Trabajadores en la sociedad industrial

A partir de la industrialización de los países más progresados, los asalariados (normalmente, indus-

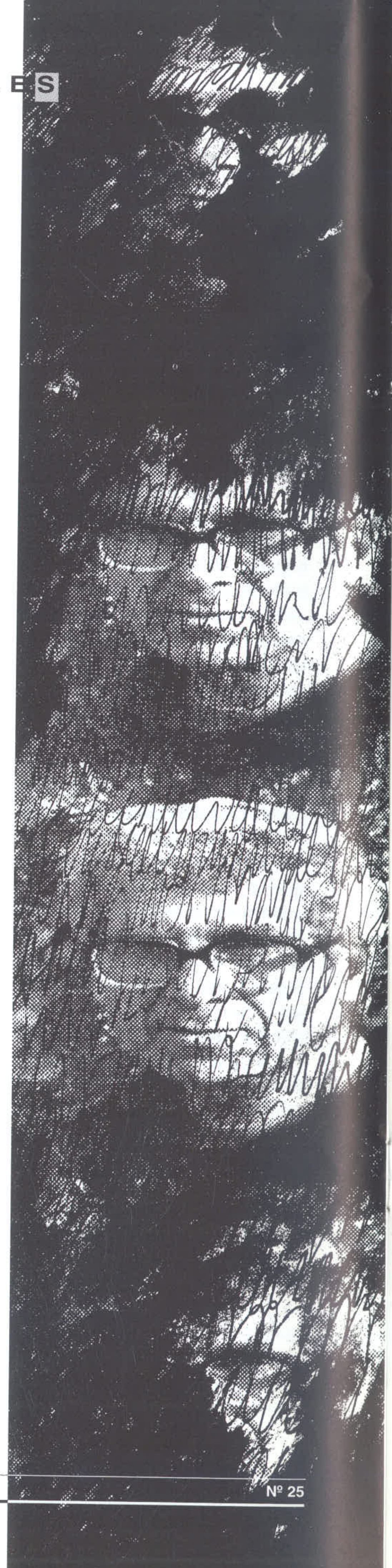
triales), que vinculan si existencia no sólo al precio de los productos sino también, y sobre todo, al precio de los salarios, son los actores o protagonistas más caracterizados de la protesta social. La causa que les mueve son sus condiciones de trabajo, ya que dependen de la arbitrariedad del empleador y sus condiciones de vida son difíciles. La coincidencia general en esas condiciones de vida les facilita su unión a partir de sufrir unas experiencias comunes. A la hora de los medios se caracterizan porque la organización del conflicto concreto o el recuerdo del mismo permanece cada vez durante más tiempo. La espontaneidad remite en beneficio de la organización. La violencia, como consecuencia, también remite, y se sustituye por la demostración de fuerza basada en el número (la manifestación, la recogida de firmas). Se trata ahora de acudir a pacto racionalizado con el opositor (mientras que antes bastaba con manifestar la oposición para que, a partir de ella, la autoridad bondadosa rectificase su error). El medio característico es la huelga, la cesación voluntaria del trabajo. La organización permanente dará lugar a estructuras constantes, con sus fines, sus jerarquías, sus recursos, su memoria, ... (sindicatos, partidos, ...). La finalidad puede acabar siendo alternativa (también puede que no), dirigida a modificar el estado de las cosas. Se vislumbra un futuro mejor que el pasado y que el presente (en esta época se instala con fuerza la idea de progreso; antes no existía). Se formulan objetivos a largo plazo donde se inscriben (y justifican) los momentos puntuales de conflicto. El movimiento social característico es el movimiento obrero.



CIUDADANOS EN LA SOCIEDAD POSTINDUSTRIAL

En nuestras actuales sociedades llamadas postindustriales, los asalariados han mejorado sus condiciones de vida, de manera que su conflicto pierde centralidad. La constitución de grupos o de identificaciones no se hace en torno al factor trabajo. El sistema de poder social se hace sofisticado, aparentemente más cercano pero, en la práctica, más incontrolable e intangible. Las libertades aparecen en ocasiones como algo formal, jurídico, más que real. En sentido contrario, la sociedad es mucho más abierta y permite la capilaridad (el prosperar socialmente), aunque no en los niveles ambicionados, lo que se traduce en tensiones horizontales o protagonizadas por individuos particulares. Esta sería la explicación de las causas, pero también de los actores, que ahora ya no son los trabajadores sino los ciudadanos de las sociedades «del bienestar», marcadamente interclasistas. Ciudadanos en el sentido más genérico del término. Los medios que se utilizan en la protesta son sobre todo pacíficos, buscando el impacto en la opinión pública (importancia de los medios de comunicación de masas) y su movilización favorable (marchas y manifestaciones; acciones de impacto buscando la atención de los medios). Los grupos están ya muy organizados (profesionalizados, en ocasiones: ej. *Greenpeace*), pero la organización tradicional deja paso a formas de actuación más individualizada, de gente que participa oca-

Movimientos (sociales) y Tiempos (históricos)



sionalmente o desde su casa (Amnistía Internacional y las peticiones, por ejemplo), mucho más participativas (aunque muchas veces sea a distancia) y menos jerárquica, más flexible, menos preocupada por la organización misma como fin o expresión de vitalidad del movimiento. Aunque parezca contradictorio con lo dicho, es una organización con poca organización, con poco aparato (aunque muy profesionalizado), que sirve de «retén» para acumular fuerzas en el momento concreto y llamar y aglutinar a los activistas pasivos y dispersos. En cuanto a la finalidad, no desaparecen los motivos laborales pero cobran mayor fuerza los ciudadanos, que circulan en torno a demandas de la vida ciudadana más que políticas (consumo, ecología y medio ambiente, servicio militar, derechos de la mujer más allá de lo formal/jurídico, ...). La alternatividad no se expresa tanto por la constatación explícita de un proyecto o modelo acabado/cerrado sino por la superación constante de niveles de bienestar/libertades existente. El movimiento característico sería el que encaja en la denominación de «nuevos» movimientos sociales, así como las organizaciones no gubernamentales.

Sugerencias bibliográficas

— J.M. GUILLEM, *Los movimientos sociales en las sociedades campesinas*, Madrid 1993

— J.M. GUILLEM, *Los movimientos sociales en las sociedades industriales*, Madrid 1994

— R. NúÑEZ, *Sociedad y política en el siglo XX. Viejos y nuevos movimientos sociales*. Madrid 1993

— G. RUDé, *Revuelta popular y conciencia de clase*, Barcelona 1981

— J. RASCHKE, "Sobre el concepto de movimiento social", *Zona Abierta*, nº 69, 1994

— R.J. DALTON y M. KUECHLER (comp.), *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia 1992

— C. OFFE, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid 1988

ANTONIO RIVERA es profesor de Historia de los movimientos sociales en la Universidad del País Vasco y coautor de *Manual de historia social del trabajo* (Siglo XXI, Madrid 1994).

Nada para el pueblo pero sin el pueblo: la reforma laboral de 1997

Tras varios meses de negociación, el 7 de Abril de 1.997, las patronales CEOE Y CEPYME, llegaron con las centrales sindicales CC.OO. y U.G.T., a un acuerdo Provisional para una nueva modificación de las relaciones laborales en el Estado Español.

Este borrador se extiende a lo largo de 100 folios y consta de tres partes:

1) **El Acuerdo Interconfederal para la Estabilidad en el empleo** Incluye la modificación de varios artículos del Estatuto de los Trabajadores (E.T.) (Artículos 12, 15.1, 17.2, 17.3, 51.1, 52.c, 56, 85.2). Este apartado amplia las condiciones del despido por causas objetivas, estableciendo un nuevo tipo de contrato indefinido con una indemnización más baja por despido objetivo improcedente y estímulos para el fomento de este contrato.

En este apartado, también se reduce el número de contratos eventuales, se modifican los contratos de formación y se mejora la protección social en los contratos a tiempo parcial. Se acuerda la constitución de un grupo de trabajo con presencia del gobierno para analizar el funcionamiento de las empresas de trabajo temporal (ETTs).

2) **El Acuerdo Interconfederal sobre negociación colectiva** Ocupa la cuarta parte del texto y desarrolla iniciativas para centralizar y racionalizar la negociación colectiva.

3) **El acuerdo sobre cobertura de vacios** Con vigencia para cinco años, resuelve la cobertura de vacios normativos que tienen 23 subsectores tras la derogación de las ordenanzas laborales en 1.995. También contiene un texto que recoge: ordenación de categorías profesionales, estructura de salarios, jornada y régimen disciplinario.

Este preacuerdo fue aprobado en los días siguientes por las direcciones respectivas de las organizaciones firmantes. Un mes más tarde el gobierno aprobó el Real Decreto Ley 8/1997 que recoge el texto del perimer Bloque sobre "Estabilidad en el Empleo" y el Real Decreto Ley 9/1997 de 16 de Mayo que regula tanto las modificaciones legislativas como los incentivos fiscales y en materia de seguridad social para el "fomento de la contratación y la estabilidad en el empleo"

Un poco de historia

Para comprender el significado de la presente Reforma Laboral, es necesario observar los caminos por los que se ha llegado a ella. Si hace 20 años nos hubieran dicho que iba a haber 3 millones y medio de parados más de 3 millones de eventuales y más de un millón de personas trabajando a tiempo parcial y que no pasaba nada, no nos lo hubiéramos creído.

La evolución de las leyes laborales.

En la última etapa del franquismo, el 8 de Abril de 1976 (Franco había muerto 5 meses atrás), siendo ministro de trabajo José Solís Ruiz, falangista, terrateniente de Jaén y con los sindicatos ilegales, se promulgó la "Ley 17/76 de 8 de Abril de Relaciones laborales" en la que se reconoce la preferencia de los contratos indefinidos y el carácter excepcional de los contratos eventuales, bajo la supremacía del principio de estabilidad en el empleo.

El artículo 35 de dicha ley establece el derecho a la readmisión obligatoria del trabajador cuyo despido

La reforma laboral de 1997

fuera declarado improcedente o nulo. Se elimina el despido libre.

El 4 de Marzo de 1977 se publica el Real Decreto de Relaciones de Trabajo que suprime el derecho a la readmisión obligada en caso de despido improcedente e introduce el despido por causas objetivas con menor indemnización en empresas de menos de 25 trabajadores. No pasa nada.

El 1 de Abril de 1977 se promulga la ley 19/1977 que legaliza los sindicatos.

El 21 de octubre de 1977 se firman los pactos de la Moncloa entre los partidos parlamentarios, con vigencia para 1978. En ellos se contempla la posibilidad de contratación eventual y la necesidad de ajuste de las empresas en crisis. Estos pactos subordinan la negociación colectiva a la política económica del gobierno y suponen una intensa intervención estatal en las relaciones laborales.

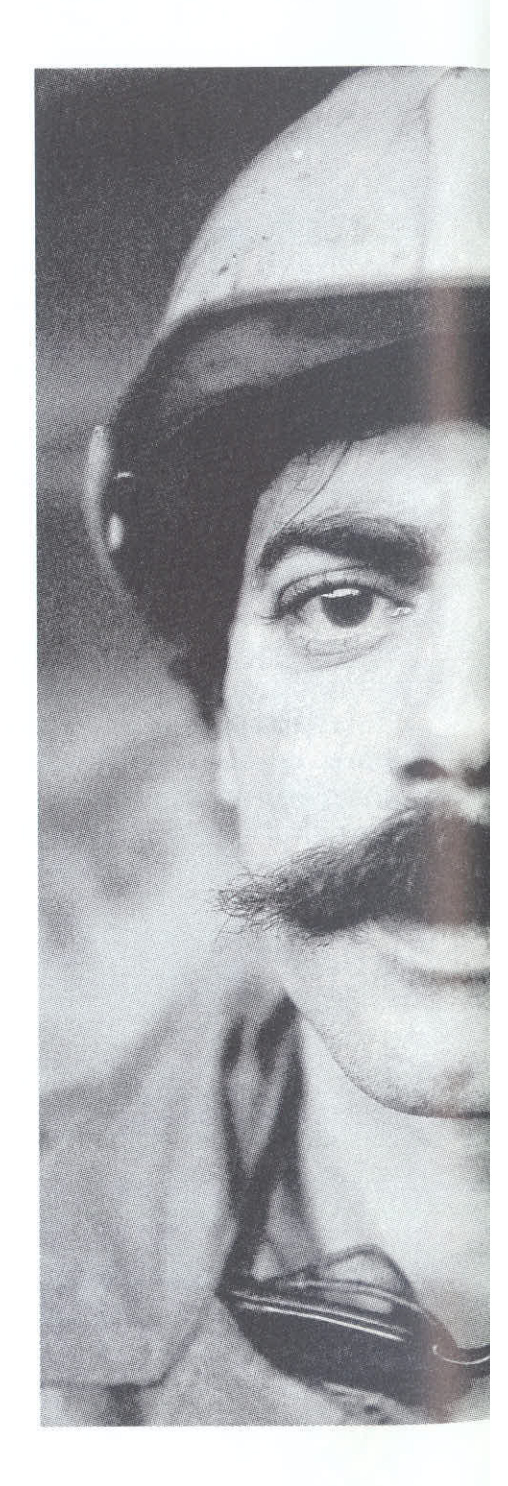
Los Pactos de la Moncloa, fuertemente apoyados por los sindicatos, sobre todo por CC.OO, constituyen el gozne para el tránsito del franquismo y su modelo de acumulación a la monarquía y la regulación liberal de la economía. Las razones de CC.OO para su apoyo decidido están en el Gaceta de Derecho Social nº 79 de Octubre de 1977 ".. hacen pagar la crisis a los poderosos y contribuyen de manera esencial a consolidar la democracia en nuestro país. Son el resultado de la lucha de los trabajadores y son necesarios para sanear la economía y defender la democracia".

Desde el Real Decreto Ley 43/77 de 26 de Diciembre de 1977 hasta la entrada en vigor del Estatuto del Trabajador (E.T.) en Marzo de 1980, se producen 22 normas jurídicas reguladoras de la contratación no indefinida. Se rompe en la práctica el principio de estabilidad en el empleo.

La Ley 8/1980 de 10 de Marzo. El Estatuto de los Trabajadores (E.T.)

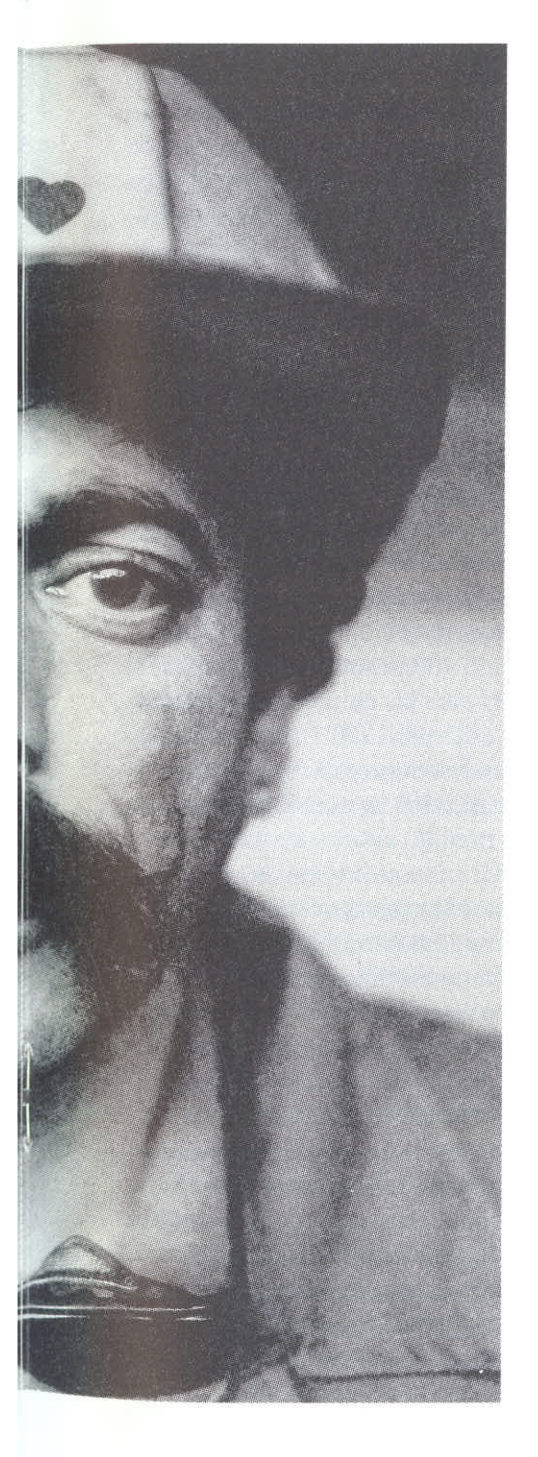
El E.T. significa la primacía teórica de la contratación indefinida, pero también la posibilidad de impulsar en la práctica la contratación eventual con carácter coyuntural.

Con respecto a los despidos, el E.T. amplia sus posibilidades. Permite el despido en caso de improcedencia a cambio de indemnización (art. 56.1). reduce las indemnizaciones y facilita los despidos en la pequeña empresa al estar en parte financiados por el Fondo de Garantía Salarial. Además de por causas económicas, tecnológicas y de fuerza mayor (ART. 51) la rescisión del contrato puede estar motivada por causas objetivas como: la ineptitud y la falta de adaptación de un trabajador a las modificaciones técnicas; la necesidad de amortizar un puesto de trabajo individualizado en empresas de menos de 50 trabajadores



y la falta de asistencia al trabajo (Art. 52). Se reduce el importe de las indemnizaciones en caso de despido improcedente (Art. 56.1.a)

La organización del trabajo es reconocida como competencia exclusiva del empresario no admitiendo apenas funciones sindicales. Otorga amplias facultades a las empresas en la modificación de las condiciones laborales, movilidad geográfica (art. 40) y funcional (art. 39).



El E.T., junto con algunas de sus modificaciones sucesivas, se convertirá en el instrumento de desregulación y precarización de las relaciones de trabajo en los años siguientes.

El Acuerdo Económico y Social (A.E.S.)

suscrito por el Gobierno, CEOE, CEPYME y UGT el 9 de Octubre de 1984 para su aplicación directa 1985 y 86

Su artículo 17 establece la adaptación de la legislación laboral española al acervo comunitario europeo según la directiva del 17 de Febrero de 1975, en la que se contempla, entre otras cosas, la posibilidad de despido colectivo en empresas de menos de 25 trabajadores.

Este acuerdo es la base política para la primera gran reforma del E.T. que establece una batería de 16 modalidades de contratación eventual. A partir de aquí el mercado de trabajo se precariza a marchas forzadas.

La entrada de España en la CEE (1 de Enero de 1986). Apoyada por los partidos de izquierda y los sindicatos mayoritarios. Se acelera la internacionalización y liberalización de la economía española. Los altos tipos de interés revalorizan la peseta. Aumentan las importaciones y se reduce la capacidad exportadora. Todo ello produce un agudo proceso de destrucción de empleo.

Las medidas flexibilizadoras del mercado de trabajo y la falta de movimientos sociales de envergadura, propician, junto con la reactivación de la economía internacional, un crecimiento económico en el quinquenio 1985-1990, ya sobre un mercado de trabajo flexibilizado, que reducirá ligeramente las cifras de paro y hará crecer las de la ocupación, pero ahora sobre las nuevas condiciones de eventualidad.

El Plan de Empleo Juvenil de 1988

El PSOE propone en Mayo de 1988 un plan de empleo juvenil cuyo objetivo es crear 900.000 colocaciones de jóvenes entre 16 y 25 años que hayan abandonado el sistema educativo y no hayan trabajado más de 3 meses. Este plan persigue impulsar el crecimiento económico, profundizando en la flexibilización del mercado de trabajo.

Las características de este contrato eran: contratos de 6 a 18 meses. Al finalizar el contrato se puede despedir a ese trabajador y contratar a otro en su puesto. El salario será el S.M.I. para mayores de 18 años y el 60% del S.M.I. para los menores de 18 años. El empresario recibe 200.000 pts de subvención por cada contrato, no pagará seguridad social y tendrá 500.000 pts de deducción a la cuota del impuesto de sociedades. Los jóvenes contratados estarán al margen de la negociación colectiva y no será necesario contratarlos a través de INEM.

El 14 de Diciembre de 1988 los sindicatos convocaron una huelga general que, por su amplio seguimiento, paralizó la aplicación de dicho plan y de otras iniciativas similares hasta 3 años después.

El Real Decreto 1/1992 de 3 de Abril

Conocido como "Decretazo". Es la respuesta del gobierno al aumento de los gastos por desempleo originados por un aumento galopante del paro que pasó de 2,473

La reforma laboral de 1997

millones en 1991 a 3,670 millones a finales de 1993.

Ahora el Tratado de Maastricht establece un límite al crecimiento del déficit público para los países que quieran entrar en la unión monetaria. Esto exige contener el aumento de las prestaciones por desempleo a pesar del crecimiento del paro.

Este decreto incorpora una subvención a las empresas que hagan un contrato indefinido con una duración superior a 3 años y eleve de 6 meses a un año la duración mínima de los contratos de fomento del empleo .

Sin embargo su contenido fundamental consiste en elevar de 6 a 12 meses el período mínimo para una prestación por desempleo. Pasa el período equivalente de prestación respecto al de cotización de 1/2 a 1/3 y rebaja la cuantía de la prestación un 10% en el primer y segundo semestre. También descuenta los períodos consumidos en suspensión de contrato dentro de un expediente de regulación de jornada, del período total de derecho a prestación por desempleo.

Los sindicatos convocan una huelga general de media jornada el 28 de mayo de 1992. A pesar del amplio seguimiento, el gobierno ya ha aprendido la lección. No tiene bastante con una huelga. Como no se le da más, el Decreto se aplica sin problemas.

La Reforma Laboral de 1994

Con la reforma del mercado laboral de 1994, se da un nuevo impulso a la flexibilización del mercado de trabajo. La ley 10/94 y el posterior R.D. Legislativo de 24 Marzo/95, introduce de manera sistemática reformas en la contratación, las condiciones de trabajo, la suspensión y extinción de contrato, la negociación colectiva y la protección social por desempleo.

En esta ley se legalizan las agencias privadas de colocación, se avanza en la equiparación de contratación indefinida con la eventual, se impulsan los contratos a tiempo parcial y de aprendizaje.

La reforma aumenta la capacidad de aplicación de la movilidad funcional y geográfica, eliminando en el caso de esta última el control administrativo sobre los casos individuales, así como modificando el contenido del término "individual", al hacerlo extensible a grupos inferiores a 10 personas en empresas de menos de 100, al 10% de la plantilla en empresas de 10 a 300 personas y al 30% de dicha plantilla en empresas con más de 300 trabajadores.

Se elimina el tope máximo de 9 horas por jornada elevándolo a 12. Se establecen las 40 horas semanales en cómputo anual y se aplica la obligatoriedad de un día y medio de descanso semanal a una referencia bisemanal.

La reforma laboral añade dos nuevas causas para la suspensión del contrato de trabajo. Reduce de 30 a 15 días el período de consultas con la representación de los trabajadores (8 días para empresas de menos de 50 personas). Elimina el carácter previo de la solicitud respecto a la puesta en marcha de la tramitación del expediente.

Añade las causas organizativas y de producción a las anteriores causas justificativas de un expediente de regulación de empleo. Se amplia el criterio de individual a los despidos que afecten a menos de 10 trabajadores en empresas que no superen 100 personas de plantilla, al 10% para las empresas cuya plantilla esté entre 100 7 30 trabajadores para las empresas con plantilla superior a 300 personas. Todo ello en un período inferior de 90 días.

La indemnización por despido en los supuestos descritos más arriba, se reduce a 20 días por año con un tope máximo de 12 mensualidades. Se considera autorizado el expediente de regulación si en el plazo de 15 días la administración no contesta.

Se favorecen los despidos individuales por causas objetivas al ampliarlos al supuesto de amortización de un puesto de trabajo en empresas de menos de 50 personas.

Aumenta el número de preceptos disponibles en la negociación colectiva. Esto quiere decir que ca-

da negociación permite la rebaja de la totalidad de lo pactado con anterioridad. Se abre la posibilidad de suprimir las prórrogas de los convenios en su parte normativa, se potencia la utilización de las cláusulas de descuelgue y se reduce el porcentaje necesario para llegar a acuerdos por parte de las comisiones negociadoras.

Se rebaja el contenido mínimo protector de los convenios allí donde no exista fuerza negociadora.

En las prestaciones por desempleo se rebaja al 75% del salario mínimo interprofesional la prestación mínima. El contenido de "cargas familiares" cambia en el sentido de aumentar la dificultad para acceder a un subsidio que contenga esta determinación, así como se rebajan el nivel de renta familiar por encima del cual no se tiene derecho al subsidio. La prestación de los trabajadores a tiempo parcial se reduce al hacerla proporcional a la parte de la jornada cotizada y trabajada.

UNA VISION DE CONJUNTO DEL PROCESO

LA REALIDAD DEL MERCADO DE TRABAJO SE CONFIGURA FUERA DEL DERECHO

Hasta la 1ª reforma del E.T. de 1984, en la ley orgánica laboral no se rompe la causalidad de los contratos eventuales. Es decir, no se permite hacer contratos eventuales para puestos de trabajo estables y permanentes.

Aparecen orientaciones teóricas contradictorias a partir de dicha primera Reforma del E.T. En su preámbulo, se establece que la flexibilidad del Mercado de Trabajo es condición para la seguridad de la inversión. Es decir, el proceso de inversión de capital se convierte en el factor primordial a proteger. Debe ser un proceso seguro. Simétricamente, la máxima seguridad y certeza de la inversión de capital se corresponde con mayor inseguridad y riesgo de los trabajadores.

La introducción de la contratación temporal no causal (contrato de fomento de empleo) y la consagración legal de la temporalidad que suponen la reforma del E.T. de 1984, se ven acelerados por la reforma laboral de 1994.

Esta reforma permite al gobierno regular contratos temporales no causales1, establece nuevos contratos precarios (trabajo a tiempo parcial, contrato de obra o servicio, eventual por necesidades de la producción), y legaliza las ETTs.

Establece contratos remunerados por debajo del Salario Mínimo Interprofesional (aprendizaje) o excluidas de coberturas sociales (aprendizaje, a tiempo pacial).

Una modificación de gran alcance es la que tiene lugar en el ART. 15.1 del E.T. suprimiendo la presunción de indefinición del contrato de trabajo y equiparando el carácter de temporalidad al de indefinición y estabilidad en el empleo.

En 1988 el P.E.J. se diseña para facilitar la entrada en el mercado de trabajo de los jóvenes que presentan una tasa de desempleo que duplica la media. Los jóvenes se usan como excusa para extender la inseguridad en el mercado de trabajo. Las enormes ventajas de contratar jóvenes, estimularon la rotación de fijos maduros a jóvenes precarios, más baratos e indefensos. La huelga general del 14-D impide su aplicación.

La tercera gran reforma del E.T. de 1994 flexibiliza el mecanismo de entrada y salida del mercado de trabajo y legaliza las agencias del trabajo temporal que ya funcional en la ilegalidad inscritas en el registro de asociaciones del Ministerio del Interior. Las ETTs se convierten en un nuevo y poderoso mecanismo de precarización.

Es la política de hechos consumados de las patronales, la que va configurando el mercado de trabajo, ante la impotencia sindical y la pasividad de los poderes públicos que legalizan posteriormente lo que era ilegal pero real.



La reforma laboral de 1997

La ruptura de la solidaridad

Desaparecen casi totalmente las huelgas de solidaridad. Los conflictos están rigurosamente aislados unos de otros con la única excepción de las huelgas generales (20 de Junio de 1985 contra la reforma de las pensiones, 14 de Diciembre de 1988 contra el P.E.J., 28 de Mayo de 1992 contra el Decretazo y 27 de Enero de 1994 contra la Reforma Laboral).

A pesar de su enorme importancia, estas importantes movilizaciones han pasado a formar parte del paisaje democrático, como muestras rituales de desacuerdo.

Disolución de la conciencia de clase

Fuera de las movilizaciones en las que de forma colectiva los trabajadores expresan su alteridad respecto a la reproducción del capital, no existe construcción de la identidad obrera. No hay un hilo conductor entre la condición de explotado y la ideología y los comportamientos políticos anticapitalistas.

Si no hay resistencia ni negación, lo único real es la lógica del capital. Entonces crecen identidades transversales, algunas de ellas, como la de consumidores, en franca unidad de acción con el capital.

La fragmentación política de los ciudadanos sustituye a la identidad obrera. El capitalismo maduro no produce obreros combativos sino consumidores y ciudadanos. No trabajadores enfrentados al capital, sino fuerza de trabajo flexible, adaptada a las inestabilidades del Mercado de Trabajo. También produce legiones de desesperados y marginales, pero a estos nadie se preocupa de organizarles.

La Debacle sindical

Denunciar la elevada temporalidad del mercado de trabajo es necesario. Sin embargo, perder de vista los procesos que han producido este sangrante problema, es peligroso.

Como hemos visto anteriormente, la temporalidad masiva tiene su origen en los hechos consumados ilegales de la patronal al romper en la práctica el principio de causalidad en la contratación temporal.

Tras la fachada de la flexibilidad, los empresarios aprovecharon el estado de necesidad de muchos parados para cubrir millones de puestos de trabajo permanentes con contratos eventuales, cuando no sin contrato alguno.

La omisión política (consintiendo) y la acción política (legalizando después) de los poderes públicos, son un factor de complicidad necesario para estos desmanes. La impotencia sindical completa el cuadro. Si al denunciar la temporalidad olvidamos todo ésto, podemos encontrarnos, como las direcciones sindicales, denunciando este problema a coro con sus causantes y beneficiarios.

La voluntaria amnesia sindical, es la condición de su moderno realismo. Pero esto les conduce a un terreno donde el lenguaje patronal pone los límites a las soluciones posibles de la excesiva temporalidad.

Olvidada la fuerza, para los sindicatos es solo la imaginación la que proporciona soluciones aceptables. Esta imaginación lleva a considerar equilibrada una rebaja de la indemnización por despido objetivo improcedente, que es justo la media de los 45 días del despido improcedente y los 20 del objetivo

45 + 20 = 65
65 : 2 = 32,5
Redondeo = 0,5

¡Qué magníficos negociadores!

Es deseable lo posible y es posible lo que existe. Esta es la máxima de los imaginativos líderes sindicales. Esto supone dar por buena la lógica económica que rompe la vida de millones de personas y corrompe al resto. Al no impugnarla, las soluciones son un nuevo añadido del problema. Un problema mayor.

La aceptación de la lógica mercantil como único principio de realidad conduce de forma inexorable a que sólo precarizando a los sectores protegidos podrán entrar en el mercado de trabajo los sectores excluidos, naturalmente, también precarizados.

La potencia racional de que para disminuir la precariedad y el paro hay que eliminar el despido libre y cargar de impuestos los contratos precarios, se disuelve ante la fantasía de llamar al nuevo contrato: "Estable y con derechos". La demostración de las razones de los firmantes no está en los hechos sino en su lenguaje, en sus afirmaciones. Pero si nadie ni nada les desborda, da lo mismo.

De ahí las agotadoras sesiones de negociación (fabricación imaginativa del discurso) que en estrecha cooperación desarrollan los dirigentes sindicales con la patronal. El esfuerzo viril para aceptar la realidad, más allá de los sentimientos y las utopías. Aceptar la inevitable vuelta de tuerca que exigen los negocios en la Europa de Maastricht, agota a los negociadores.

Una imagen expresiva la recogen los periodistas cuando de madrugada, tras firmar el preacuerdo, Fabian Marquez de la CEOE y Toni Ferrer de UGT se estrechan la mano y mirándose a los ojos se despiden: ¡ Adios Fabián !, ¡Adios Toni!.

Lo pactado se puede resumir en una frase: "Nada para el pueblo, pero sin el pueblo" y la concordia y buen trato entre patronales y sindicatos, trae a la memoria una estrofa del himno del sindicato oficial en el franquismo, la Central Nacional Sindicalista, que decía:

"Soy Nacional-sindicalista
Creo en las leyes del amor
Basta de obrero envenenado
y de patrono explotador."

Cuando se cantaba esto, la lucha de clases era impedida por la Brigada Político Social. Hoy la lucha de clases está enterrada en nombre de la Moneda única y la Europa de Maastricht.

Mientras tanto, millones de personas empobrecidas, amenazadas, desmoralizadas, se movilizan para las rebajas de El Corte Inglés, para las fascistadas del fútbol o para las cruzadas contra los radicales vascos. Todo ello a mayor gloria de los verdaderos amos.

La apuesta de los sindicatos mayoritarios, al intercambiar despido mas barato por estabilidad en el empleo, como la apuesta por Maastricht, no es una apuesta prudente, sino cómplice.



Su interiorización de la propaganda empresarial y la difusión de las mentiras sobre la competitividad, la moneda única, las soluciones del paro, etc, no son producto de la irreflexión o la ignorancia sino una traición hecha a la promesa de verdad.

Con el paso de los sindicatos mayoritarios al campo de los que mandan, hemos llegado al triunfo de la mentira. A través de la propaganda a gran escala el estado de la mentira es la mentira de Estado.

La crisis del Derecho del Trabajo

El derecho del trabajo se basa en el reconocimiento de una anomalía. Tras la apariencia de igualdad entre los individuos, subyace una desigualdad en la relación asalariada entre el empresario, que compra fuerza de trabajo y el trabajador que la vende.

La finalidad del derecho del trabajo es proteger a la parte más débil en esa relación desigual, el trabajador.

Los Pactos de la Moncloa otorgan a la inversión de capital el protagonismo en la superación de la crisis económica Tras ellos, se abre un período en el que los fines sociales no son el pleno empleo o la estabilidad social, sino la garantía del beneficio empresarial como condición para que se cumpla cualquier otro fin social.

Esta lógica se interioriza en los programas de los sindicatos. El plan de Solidaridad Nacional contra el Paro y la crisis de CC.OO. recoge en 1982 estas nociones.

El crecimiento del paro y la precariedad lejos de servir para impugnar esta lógica, pidiéndole cuentas por sus dañinos efectos, sirven por el contrario para impulsarla con más fuerza.

Ahora, el empleo está supeditado a la lógica del mercado. No importa que sea un derecho constitucional, como la vivienda o la salud. Si la seguridad en la inversión del capital es primordial, el derecho protector del trabajo es anacrónico y sin sentido.

A finales de los años 70, se argumenta la flexibilidad como necesaria para conseguir el pleno empleo. A partir de los 90, el desempleo ya no solo es inevitable sino necesario en una cierta dimensión. El máximo objetivo es llegar a la media de desempleo en la Unión Europea (ya

La reforma laboral de 1997

muy alta) que supondría en España 1,6 millones de parados.

Sin embargo, la única propuesta para combatir el paro es generalizar la precariedad, remover a los estables, eliminar las garantías de norma mínima, atenuar o eliminar los mínimos de derecho necesario, los suelos legales por debajo de los cuales es ilegal establecer condiciones de trabajo.

Cualquier empleo, por miserable y esclavo que sea es mejor que el paro. La consigna es ¡CONTRA EL PARO: PRECARIEDAD!

El funcionamiento de esta consigna queda reflejado en la correlación entre crecimiento económico y empleo en los últimos años. Durante todo 1994 la economía creció y sin embargo el empleo disminuyó. Tras la aplicación de la reforma laboral de 1994, la proporción entre crecimiento del empleo y aumento de la actividad económica ha mejorado, por la mayor flexibilidad laboral.

Sin embargo, una vez que la productividad cesa de aumentar a costa del empleo, desde finales de 1994 aparece un efecto no deseado por el poder: el aumento del empleo por encima del aumento de la producción, es decir el descenso de la productividad. Esto explica la unidad de acción patronal-sindicatos para reducir la rotación de los contratos basura y la sustitución de trabajadores fijos, integrados, diestros y con alto rendimiento, por trabajadores inexpertos y transeúntes de menor productividad.

Se abre una nueva etapa en el Derecho del Trabajo. Históricamente era un poder compensador. Ahora la finalidad es ponerse al servicio de un mayor nivel de empleo, variable dependiente del crecimiento económico, condicionado a su vez por el beneficio empresarial.

Según esta secuencia el mayor servicio que el Derecho del trabajo puede hacer para mejorar el nivel de empleo es suicidarse. Hay que disolver todas la regulaciones protectoras que hacen rígida la fuerza de trabajo y dificultan el funcionamiento del mercado. Hay que confiar al mercado y no a las leyes protectoras la defensa del empleo y del bienestar de los trabajadores.

La realidad nos muestra la falsedad de estas propuestas. Entre 1978 y 1997 las sucesivas reformas, flexibilizando el mercado de trabajo y reduciendo el papel protector del derecho del trabajo a favor de la iniciativa empresarial, han disparado el paro y la precariedad.

La noción de puesto de trabajo como un bien escaso monopolizado por la voluntad empresarial, se ha implantado con fuerza. El problema del desempleo desde esta perspectiva depende de la correcta administración de este bien escaso. La legalización de las ETTs por la reforma del 94, es solo una concrección de esta idea.

La polémica acerca de si es mejor el INEM o las ETTs como instrumentos para organizar la carrera de obstáculos de una masa de parados hacia los empleos escasos, está dentro de este horizonte.

Que haya que defender el INEM frente a las ETTs, no quita para reconocer la debilidad de las políticas que aceptan a los empresarios como protagonistas de la vida social. Esta concepción pone la actividad sindical totalmente a la zaga del beneficio empresarial y convierte en irracional cualquier proceso de enfrentamiento consecuente.

En el nombre de Maastricht

Desde 1986 la economía española está sufriendo los efectos de su inclusión en un proyecto del capitalismo financiero y transnacional, en la construcción de una Europa para el capital.

Sin embargo, desde 1992, con la aprobación del Tratado de Maastricht, que establece unos criterios estrictos para la convergencia, todos ellos ligados a la estabilidad monetaria, la situación ha empeorado.

En nombre de Maastricht, reforma tras reforma, se flexibiliza y precariza el mercado laboral, se reduce la protección por desempleo en un contexto de paro masivo, se privatizan las empresas del Estado, se recortan las pensiones de jubilación y se amenaza la protección sanitaria pública, universal y única.

Si damos por hecho que nos interesa estar en la moneda única, es inevitable aceptar la flexibilización del mercado de trabajo sino queremos que los ajustes de competitividad se paguen en términos de aumento del paro.

Defender la Europa de Maastricht y los derechos sociales es contradictorio. En su jornada de acción europea del 28 de Mayo de 1997 convocada por CC.OO y UGT con la Confederación Europea de Sindicatos (CES), los Sindicatos mayoritarios españoles declaraban: "la creación de una moneda única es positiva para Europa porque un verdadero mercado único no puede funcionar si hay inestabilidad monetaria".

Los sindicatos mayoritarios, han entrado en la lógica que defiende la estabilidad monetaria a costa de la estabilidad social. Por eso han firmado la Reforma Laboral que nos ocupa y si alguien no lo impide firmarán cosas aún peores.

A MODO DE RESUMEN

El Pacto Social de Abril de 1997 es una intervención política de la patronal y los sindicatos mayoritarios sobre el Mercado de Trabajo, (el único mercado ferreamente intervenido a pesar de la retórica liberal). La finalidad es doble. Flexibilizar aún más los mecanismos de salida (despidos) y reducir la rotación en los puestos de trabajo, que supone un fenómeno de descapitalización humana de las empresas y ya está originando descensos en la productividad.

Este acuerdo, constituye una entrega más (desgraciadamente no será la última) de la desestabilización unilateral y sin contrapartidas del modelo de Relaciones Laborales de la Transición Política.

Más allá de su modesto alcance, la virtualidad de este acuerdo consiste en la interiorización casi total del discurso del capital por parte de CC.OO y UGT. Esto sienta las bases de las siguientes reformas, al tiempo que se profundiza en la segmentación y el desamparo de los trabajadores.

La magnitud de la degeneración sindical se refleja al ver al esforzado equipo de responsables confederales de salud laboral y medio ambiente, representantes de la Izquierda Sindical y Alternativa, justificando por barrios y pueblos un acuerdo que, además de contener lo que hemos visto, comienza con una frase tan ecologista como "el crecimiento económico sostenido es necesario para la creación de empleo". Este comportamiento es exponente del mal fin que está teniendo el radicalismo en el Estado Español.

Aparte de los temas que toca y como los toca, también se le puede reprochar a este acuerdo la ocultación de que el problema del paro es insoluble con estas reglas del juego. De que no va a haber más pleno empleo y de que ni siquiera es deseable dicho pleno empleo. No se plantea el trabajo invisible de millones de mujeres, su desigualdad de oportunidades para trabajar fuera del hogar, su dependencia de los hombres y todos los abusos que eso comporta. No se plantea que, para luchar contra el capitalismo, es necesario salirse, no solo del productivismo y de la idea de que se vive para trabajar, sino también del consumismo y de la concepción del bienestar como opulencia.

No enfoca los problemas en su globalidad, explicando cómo nuestras espectativas y formas de vida, son la causa de la miseria de los países de la periferia y el aumento de la pobreza y la exclusión en nuestros propios países del centro.

No denuncia a un régimen político que nos presenta como única alternativa la elección libre y democrática entre la miseria moral de vivir trabajando sin fines sociales y sin más objetivo que consumir y la miseria moral y material de no ser explotado y pasar a las filas de la exclusión.

En todo caso, solo con la organización y movilización de los verdaderos damnificados, cada vez más numerosos, se puede hacer, más allá de las palabras, una política diferente.

¿Cómo es posible que cada vez haya más injusticia y nás coherción y sin embargo menos resistencia? Plantearse radicalmente esta pregunta y hacer intentos para responderla en la práctica, es hoy la única frontera entre un sindicalismo de Estado y un sindicalismo alternativo.

NOTAS

1. Disposición adicional 6ª de la Ley 10/1994

AGUSTÍN MORÁN. C.A.E.S. Madrid.

Fundamentalismo anarquista

De alguna manera, el enunciado «fundamentalismo anarquista» podría parecer una exageración. «Por el hecho de estar a la cabeza del movimiento, no nos constituyamos en jefes de una nueva intolerancia, no nos convirtamos en apóstoles de una nueva religión, aunque sea la religión de la lógica, la religión de la razón» -escribía Pierre-Joseph Proudhon a Karl Marx en 1846-. «Acojamos y apoyemos todas las protestas; estigmaticemos todos los exclusivismos, todos los misticismos; no consideremos nunca ningún problema como definitivamente acabado, y cuando hayamos gastado nuestro último argumento, recomencemos, si es necesario, con elocuencia e ironía».

Esta visión dinámica y antidogmática del anarquismo como filosofía social y política, contraria a soluciones definidas y definitivas en la historia, estuvo en la base de los trabajos de no pocos militantes e intelectuales. De William Godwin a Benjamín Tucker, de Lysander Spooner a Camillo Berneri, de Errico Malatesta a Paul Goodman, todos ellos optaron finalmente por una especie de pragmatismo falibilista, es decir, por una versión «sin adjetivos» del anarquismo, en donde la perspectiva utópica -una sociedad igualitaria, no igualadora, en donde las relaciones entre los hombres no estuvieran determinadas por mecanismos de dominio- no se encontrara vinculada ni a rígidas prescripciones institucionales, políticas o económicas, ni a líneas de acción y metodologías precisas, sino más bien a una experimentación individual y colectiva. Una experimentación, en palabras de Nico Berti, que por un lado está «en la historia» -o sea, unida a una realidad social concreta y definida-, pero por otro se da «contra la historia» -es decir, es el fruto del constante esfuerzo utópico y visionario por alcanzar la «emancipación integral.

Cuestiones de identidad

Sin embargo, si en el anarquismo existe una sólida tradición antidogmática, caracterizada por su disponibilidad a discutir todos -o casi todos- sus «fundamentos», nos encontramos asimismo con una corriente opuesta y bastante difundida entre la no muy numerosa población libertaria. No me refiero tanto a esa concepción «oscura» y falta de alegría propia de la militancia política a la que aludía Nicolás Walter, y que recordaba también Proudhon cuando mencionaba la falta de «ironía» del adversario, como a una cierta actitud mental basada en la existencia de «certezas» incontrovertibles, no problemáticas y no discutibles; en suma, aludo a una fisonomía intelectual parecida a la de esos protestantes americanos que se encierran tercamente en la Biblia, en su literalidad, convencidos de que ahí está depositada la verdad absoluta. La esfera en la que circula este tipo de «fundamentalismo» es la ontológica, o mejor dicho, la de la identidad.

Los integrismos religiosos -islámicos, cristianos y otros- surgieron como respuesta a las tentativas de la modernidad por disgregar la unidad cultural de sus respectivos paradigmas, de los modelos globales que conferían sentido a su presencia y actuación como grupos específicos. Tanto en la cristiandad como en el mundo árabe, los agentes «modernos» del desencanto, con sus presupuestos escépticos y sus pretensiones normativas «racionalizadoras», empujaron a todos aque-

llos que vieron puestos en tela de juicio su estilo de vida y sus referencias culturales a una reafirmación, a veces violenta, de los principios y valores que constituían el núcleo de su propio paradigma; una reafirmación en clave de fe que tomó pronto, a partir de su carácter en un principio defensivo, un aspecto claramente agresivo.

Probablemente, podamos comprender mejor los mecanismos «agresivos» del integrismo y sus relaciones con la cuestión de la identidad si tomamos prestado parte del instrumental teórico del filósofo de la ciencia Imre Lakatos. Según Lakatos, la investigación -científica o no- nace de la rivalidad entre una serie de programas, cada uno de los cuales está caracterizado por un «núcleo» de ideas fundantes y de una «franja defensiva» que contiene todo lo que resulta útil para la defensa de las ideas fuertes del núcleo y para el crecimiento del programa mismo, bajo el perfil de la inteligibilidad y del éxito predictivo: hipótesis auxiliares, ejemplos y contraejemplos, demostraciones y contrademostraciones, nuevos experimentos, etc. Si volviéramos a principios de siglo, época de formación de los integrismos contemporáneos, y aplicásemos, por ejemplo, esta parte del esquema de Lakatos a las principales confesiones religiosas, nos encontraríamos frente a un cuadro desastroso: la ciencia y la técnica, de un lado, y el «desencantamiento del mundo», del otro, habrían reducido la extensión de su franja defensiva y habrían dejado su núcleo casi al descubierto, desnudo frente a los ataques de todo tipo de ateos, materialistas, reformadores de la familia o simples *viveurs*, impulsando así una nueva reformulación del paradigma a partir de los éxitos del adversario.

La reacción fue doble. En primer lugar, los fundamentalismos remodelaron la relación entre su núcleo y su franja defensiva, usando la fe para destacar el primero del segundo, suavizando así el ímpetu y la capacidad de penetración de los racionalistas y los apologetas del materialismo consumista. En segundo lugar, pusieron en marcha una operación creativa sobre el imaginario de sus propios adeptos, dando inicio a un proceso de reabsorción en el *hard core* del paradigma de elementos que antes parecían situarse en la franja defensiva. En otras palabras, si adoptamos esta perspectiva, la apuesta fundamentalista parecería necesitar una ampliación de su núcleo, el levantamiento en el mismo de una «zona protegida» de ataques externos, compuesta por elementos que habían recaído en el pasado en la esfera de lo contingente y lo discutible.

El dogmatismo impulsa la inclusión en el núcleo de creencias particulares, con el objetivo de sustraerlas al libre examen y a la discusión.

Los integrismos elaboraron la reconstrucción epistemológica de la relación entre el núcleo y la franja defensiva de sus paradigmas a través de una revisión de puntos de referencia ideales y textuales propios, avanzando interpretaciones -en el caso específico de la Biblia o del Corán- que sancionaban la inclusión en el «canon» de elementos anteriormente considerados contingentes, secundarios, susceptibles de discusión y verificación. Esta relectura resolvía la ambigüedad conceptual de sus textos en la línea de una protección a ultranza de la identidad cultural. Un ejemplo: el reciente énfasis puesto por la derecha cristiana americana en los males del aborto y de la contracepción, basado en una relectura particular de determinados pasajes bíblicos, refleja una conciencia de la situación de crisis de la familia monogámica, sujeta a duros ataques durante los años sesenta y setenta. Si se piensa que otras confesiones cristianas consideran legítima la contracepción -incluso los Testigos de Jehová-, y algunas también el aborto -como ciertas iglesias protestantes del norte de Europa-, la actitud de los fundamentalismos americanos resulta más comprensible si se la entiende como una estrategia hermenéutica tendente a recuperar y confirmar una identidad cultural peculiar amenazada por oscuras fuerzas históricas -y metahistóricas- que la rodean.

Se podría pensar asimismo que este esfuerzo por conservar una peculiaridad cultural no ha de ser necesariamente negativo. Sin embargo, siempre según Lakatos, los programas de búsqueda que eligen el camino de reabsorción en el núcleo de elementos pertenecientes a la franja defensiva se comprometen en una opción suicida; su crecimiento, por el contrario, estaría ligado a la apertura al exterior, a la

Fundamentalismo anarquista

discusión, al debate, al diálogo con fuerzas diferentes.

CUANDO NACE EL DOGMA

¿Se da, desde este punto de vista, una tendencia en el anarquismo que pueda definirse como fundamentalista o, por permanecer en el vocabulario de Lakatos, «regresiva»? La respuesta, desgraciadamente, es afirmativa.

Para quien se reconoce en la tradición falibilista, antidogmática y experimental, el núcleo del anarquismo se define por la fe en la libertad, el rechazo del dominio, la igualdad como la condición misma e irrenunciable de la libertad y la confianza en la autonomía individual como instrumento de autorrealización de los individuos en la historia. El resto del instrumental teórico, histórico y cultural del anarquismo recae en la esfera de lo contingente y lo discutible: en su franja defensiva. Por consiguiente, no es sorprendente que este tipo especial de anarquismo guarde una cierta aversión hacia los compañeros que se declaran guardianes de una verdad revelada, que están preparados para jurar sus artículos de fe particulares y para insertarlos de pleno derecho en el *ethos* libertario *tout court*. Según ellos, el anarquista, como tal, debe ser comunista, anticapitalista, insurreccionalista, abstencionista, tercermundista, etc. De este modo, en el debilitado mundo de la anarquía, el fundamentalismo se presenta -en la gran mayoría de los casos- como una lista de pretensiones que se corresponde, en su conjunto, a una parodia hiperrealista del imaginario «antagonista» y «de izquierda».

También en el caso del integrismo anarquista encontramos en el corazón del problema una cuestión de identidad. Como sucedió con los protestantes americanos y con los teóricos de la pureza coránica, los anarquistas tuvieron asimismo que afrontar un momento de crisis histórica. A lo largo de la primera mitad de este siglo, el ascenso de los totalitarismos, la recuperación «política» de la clase obrera a manos de las élites y de los grupos reformistas, la



desaparición del mundo campesino y el advenimiento de la tecnocracia, redujeron drásticamente la amplitud de la franja defensiva del anarquismo, sumiéndolo en un panorama de discusiones estratégicas, metodológicas o de objetivos tales como la confianza en la revolución como panacea socio-política, la centralidad de la opresión «de clase», la hipótesis del comunismo libertario, etc. La derrota en España de 1939 barrió las ilusiones, las esperanzas y, puede que también, las perspectivas utópicas de toda una generación, interrumpiendo por otra parte un proceso de revalorización y reorientación de sus exigencias y sus objetivos; pienso en particular en el último Malatesta y en el «revisionismo» de Berneri. Más tarde, el fin de la segunda guerra mundial estuvo marcado por la desaparición del anarquismo como movimiento de masas, llevando a los militantes a un período de estancamiento intelectual, de crisis generacional y de una subordinación sustancial a las palabras de orden de la «izquierda». Como resultado de todo lo anterior, el imaginario de una parte de los anarquistas se esclerotizó en torno a algunas creencias, algunos fundamentos que en la teoría tomaron el aspecto de *dogmas* y en la práctica la forma de *mitos*, contribuyendo decisivamente a la «alineación» del anarquismo en la retórica del socialcomunismo. Retomando el len-

Los agentes «modernos» del desencanto empujaron a todos aquellos que vieron puestos en tela de juicio su estilo de vida y sus referentes culturales a una reafirmación, a veces violenta, de los principios y valores que constituían el núcleo de su propio paradigma; una reafirmación en clave de fe que tomó pronto, a partir de su carácter en un principio defensivo, un aspecto claramente agresivo.

guaje de Lakatos, este endurecimiento tomó especularmente dos aspectos: de un lado, el proceso -más psicológico que estrictamente teórico- de inserción en el núcleo mismo del anarquismo de una serie de rasgos asociados en esencia a la experiencia histórica y cultural «clásica» -de entre 1860 a 1940-; del otro, la incapacidad de asimilar las sugerencias y los trabajos del pensamiento post-clásico que, posiblemente, habrían apartado al anarquismo de la esfera de la izquierda «oficial».

Intentemos detallar con mayor precisión la fisonomía psicológica del «fundamentalista», aunque no de una forma científica, ya que no tenemos datos sociológicos y antropológicos fiables, sino más bien polémica. La propensión al integrismo es una tendencia compartida por intelectuales y militantes de cualquier edad, profesión, filiación cultural y origen social, tanto viejos como jóvenes, trabajadores como profesores universitarios, aristócratas o proletarios, activistas de siempre y recién llegados al movimiento. Su característica más evidente, y quizás la más significativa, es el *dogmatismo*, que de alguna forma lo acerca al campo de los fenómenos religiosos; el dogmatismo impulsa la inclusión en el núcleo de creencias particulares, con el objetivo de substraerlas al libre examen y a la discusión. Este comportamiento, en general, se justifica esgrimiendo el argumento de la defensa de la identidad: no se trataría de pronunciar un dogma, sino de estabilizar, con los pertinentes matices morales, los contornos de una personalidad precisa, evidentemente amenazada por tentaciones «externas». A menudo, estas condiciones -que algunos maliciosos integraron dentro de un cuadro patológico- parecen ser el resultado de algo que, en otras tradiciones, se denomina como *vulgata*: el producto combinado de costumbres intelectuales, hábitos sociales, militancia, activismos, etcétera. Lo que distingue este producto es, por tanto, su *ausencia de reflexividad*, su aparición como lo ya dado, lo ya decidido, lo ya determinado. Todo esto no implica un juicio sobre su disponibilidad y su capacidad para justificar tal apuesta. No pocos intelectuales sofisticados -mercancía asaz rara en el anarquismo contemporáneo- están en posición de desarrollar argumentos en defensa de su punto de vista. Sin embargo, bajo sus razones y sus racionalizaciones se divisa un inoxidable barniz fideísta, y esta apuesta termina por configurarse más como la aceptación de ideas y tradiciones consolidadas que como el producto de una reflexión autónoma y desprejuiciada.

En consecuencia, esta clase de fideismo genera una articulada y compleja *mitología*. El anarquismo parece ser un terreno fértil para todo tipo de vacas sagradas: efemérides, personajes, principios, ideas. Poner en duda lo establecido equivale para algunos a la blasfemia. En los últimos decenios -a partir de un penetrante artículo de Walters de 1959, intitulado «Los anarquistas: ¿una secta no conformista?»-, los libertarios a menudo han estado asociados a las sectas religiosas radicales, sobre todo en virtud de su común aspiración a la libertad, de su común aversión a los poderes institucionalizados, del común proyecto utópico de una sociedad diferente. Sin embargo, no pocos anarquistas parecen compartir con estas sectas aspectos menos agradables, tales como un apego a la martirología y a tradiciones propias revestidas en clave de fe sentimental o identificación moralizante.

Ya que no pretendo pasar por original a toda costa, citaré ahora un retrato psicológico del fundamentalista libertario, ofrecido hace algunos años por el anarco-situacionista-grouchomarxista Bob Black, desde una perspectiva que, aunque honestamente no coincide plenamente con la mía, tiene la ventaja de un título irresistible: «El anarquismo y otros impedimentos de la anarquía»:

"Tras años de análisis, y a veces de un activismo un poco desgarrado en los medios anarquistas, llegué a la ponderada conclusión de

Fundamentalismo anarquista

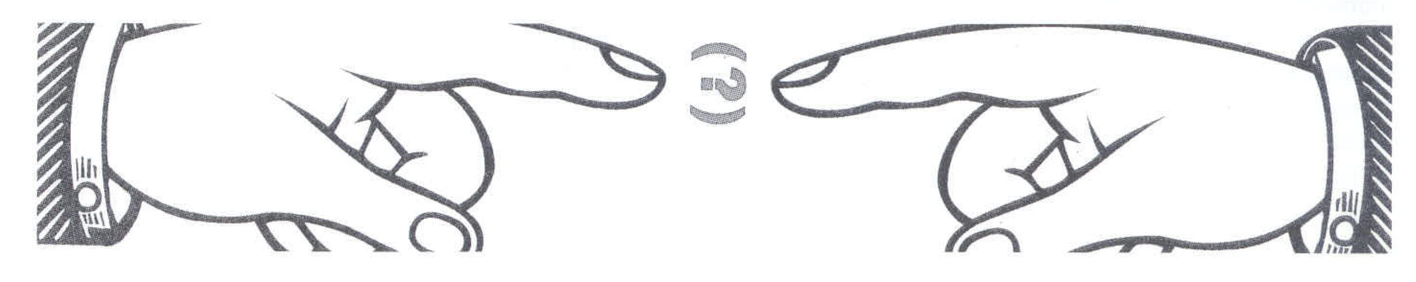
que los anarquistas son una de las razones principales -casi sospecho que una razón suficiente- del porqué la anarquía continua siendo sólo una palabra, sin ninguna posibilidad de verse realizada. Con franqueza, muchos anarquistas son incapaces de vivir de un modo autónomamente cooperativo. Muchos de ellos no son demasiado inteligentes. Tienden a privilegiar sus propios clásicos y su propia literatura interna excluyendo un conocimiento más amplio del mundo en el que vivimos. Esencialmente tímidos, se asocian a otros tan tímidos como ellos, con el acuerdo tácito de que ninguno juzgará las acciones y las opiniones de los otros desde cualquier criterio de crítica práctica inteligente, que ninguno, con sus resultados prácticos, destacará demasiado del nivel medio, y sobre todo *que ninguno pondrá en discusión los principios básicos de la ideología anarquista.* El anarquismo como medio no es tanto un desafío al orden existente, como una forma altamente especializada de adaptamiento al mismo. Es un modo de vivir (...). La pobreza es obligatoria (...). La historia del anarquismo es una historia de derrotas y martirio sin parangón y, por tanto, los anarquistas veneran a sus antepasados victimizados con una devoción morbosa que nos lleva a sospechar que, para ellos como para cualquier otro, el único anarquista bueno es el anarquista muerto (...). Han conformado una rutina diaria de la militancia que inconscientemente se percibe como eterna, desde el momento en que la revolución no es verdaderamente imaginable aquí y ahora". [Las cursivas son mías].

Tres mitos

Pasemos ahora a ofrecer una serie de ejemplos concretos que muestren cómo funciona el alma del integrismo y su capacidad mitogénica. Procuraré refutar a los «fundamentalistas» en su propio terreno, examinando tres «mitos» específicos con el objeto de demostrar en primer lugar que nacieron en una situación concreta y determinada, revelándose fértiles sólo durante un período limitado; en segundo lugar, que no son en absoluto centrales en el anarquismo (o sea, que estructuralmente pertenecen, o han pertenecido, a su franja defensiva y no a su núcleo); en tercer lugar, que su introducción en el *bare core* del anarquismo se debe a una crisis de identidad de orden histórico, consistente en esencia en la incapacidad de algunos sectores del movimiento para superar la razón del anarquismo clásico.

La revolución

Parece probado que el anarquismo es «revolucionario». Sin embargo, el concepto es mucho más problemático de lo que generalmente se cree, al punto que algunos abanderados del conservadurismo como Benito Mussolini, Ronald Reagan, Juan Domingo Perón o Silvio Berlusconi han podido presentarse creíblemente -o casi- como adalides de mutaciones sociales de consideración, amparándose bajo la bandera de una «revolución» más o menos decisiva. En la tradición de la así llamada izquierda, la «revolución» está asociada, por el contrario, a un cambio global de la sociedad en un sentido igualitario. En los trabajos de



los pensadores, en el imaginario de las masas y en la práctica de los activistas, las líneas de desarrollo de este acontecimiento -la revolución- se sitúan dentro de una red de posibilidades tendidas entre dos polos opuestos. El primero aparece en los encendidos años de la Revolución francesa, de las *journées* y del Terror, y podemos denominarlo modelo jacobino insurreccionalista. Sus características son la iniciativa popular violenta, la «toma del poder» -centralista o no- y la instauración de un nuevo orden que sustituya completamente al precedente. El polo opuesto suele denominarse «reformista», implícito en las doctrinas liberales del siglo XVIII, y fue adoptado con el tiempo por versiones más o menos moderadas de gran parte de las tradiciones herederas del espíritu «revolucionario». Sus características son la acción política orientada a transformaciones graduales, el intento de incidir de manera fecunda sobre el imaginario y las ideas, y el rechazo de una subversión violenta de las instituciones existentes. Entre estos dos polos existen posibilidades ilimitadas. Los anarquistas, como otros grupos y otras tradiciones, se han movido libremente entre ellos. Los fundamentalistas y los fieles a la *vulgata* identificaron en general el proyecto revolucionario anarquista con una adhesión más o menos incondicional al primer modelo. Pero las cosas no están tan claras. Los pensadores anarquistas se aproximaron al polo «jacobino» en un preciso momento histórico, que coincide con la influencia preponderante del bakuninismo y de la «propaganda por el hecho».

Sin embargo, un pensador como Godwin era un decidido adversario de la «revolución», entendida como el derribo de las instituciones positivas existentes. Testigo, en principio entusiasta y más tarde desilusionado, de los acontecimientos de Francia, detectó en esos acontecimientos y, más en general, en el espíritu mismo de la «revolución», la tendencia a reconstruir el poder tradicional con formas diferentes. A su parecer, toda tentativa de cambio real debe pasar por una transformación que incida en primer lugar sobre los individuos y sobre la comunidad. También Proudhon adoptó una perspectiva parecida, desaprobando el jacobinismo e identificando la única revolución posible con una profunda transformación de las relaciones sociales y económicas, una «revolución en las ideas y en los corazones» que tardaría siglos en establecerse. Ambos percibían en los períodos revolucionarios elementos positivos, sobre todo en cuanto a las posibilidades de difusión de las nuevas ideas, pero su fondo interpretativo seguía siendo pesimista. En el anarquismo americano, el presupuesto gradualista, basado en la idea de que la sociedad por sí misma contiene gérmenes antiestatales y espontaneistas, es una parte integrante de su *ethos* libertario.

Con Mijail Bakunin entramos en un momento diferente. A pesar de ciertos rasgos espontaneistas y federalistas contenidos en su programa, Bakunin aceptaba la mística de la Revolución en un sentido jacobino, influenciando en esa dirección al movimiento libertario durante cuarenta años. En Piotr Kropotkin y en Malatesta se percibe una trayectoria paradigmática: ambos pasaron de una fe inicial, de corte bakuninista, en los méritos de la insurrección y la sublevación de masas, a una posición más articulada. Kropotkin lo hizo subrayando siempre las funciones de autoorganización espontánea en un cuadro de absorción gradual de las funciones estatales por parte de una comunidad independiente; Malatesta llegando a conceptualizar en sus últimos años la acción de los anarquistas como «separación» y «autonomización» del tronco de la sociedad capitalista.

El retorno a Godwin es todavía más evidente tras la segunda guerra mundial. Murray Bookchin y Colin Ward, por ejemplo, han puesto el acento en la descentralización de los poderes y en la autonomía de la comunidad, descartando de forma explícita cualquier hipótesis jacobina -con algunas dudas a lo largo de 1968-. Afrontando de lleno el problema, aunque dentro de esta misma lógica, Goodman y Hakim Bey

"Tras años de análisis, y a veces de un activismo un poco desgarrado en los medios anarquistas, llegué a la conclusión de que los anarquistas son una de las razones principales del porqué la anarquía continúa siendo sólo una palabra, sin ninguna posibilidad de verse realizada" (Bob Black)

Fundamentalismo anarquista

han sostenido, con argumentos y lenguajes diferentes, que la estructura de la sociedad tardocapitalista vuelve desaconsejable e indeseable toda forma de «revolución» o insurrección de corte jacobino, la cual, más que avanzar hacia una «emancipación integral», produciría solo formas de dominio más articuladas e integradas, substrayendo espacio a cualquier tipo de antagonismo.

La vocación «insurreccional» del anarquismo, por tanto, es bastante más superficial de lo que se piensa; por el contrario, muchos en el interior de la tradición libertaria, y no sólo una minoría, han apreciado un punto de vista gradualista que proyecta la revolución y el cambio social sobre un largo período de tiempo. Sin embargo, esto exige el abandono por parte de los anarquistas de la actitud escatológica, de la espera mesiánica, de la revolución como cierre de la historia, del «sueño» de «un estado sin Estado, (...) de una zona autónoma permanente, de una sociedad liberada, de una cultura libre aquí y ahora», como escribía -aunque nunca completamente en serio, conviene recordarlo- Hakim Bey. Sería necesario, pues, estudiar estrategias de supervivencia y de acción política en la sociedad tardocapitalista. No obstante, frente a tan audaces hipótesis de contaminación del -presunto- ideal de la anarquía, el «fundamentalista», recordando entre la nostalgia y el entusiasmo la Comuna de París y el Mates, Kronstandt y Nestor Majno, la guerra de España y -los más sofisticados- el Mayo del 68, reiterará con una convicción obsoleta el carácter «revolucionario», en el sentido insurreccional y jacobino, del anarquismo.

El comunismo

Igualmente, existen pocas dudas sobre el hecho de que el anarquismo comparte con la tradición socialista un proyecto fundado sobre los ideales de igualdad y solidaridad, así como una referencia a la comunidad -en un sentido proudhoniano-kropotkiano y no taylorista-sandeliano- en tanto cuadro ideal e intelectual de la acción humana. La concepción de una vida social basada, al menos en parte, en la propiedad colectiva, posee una larga historia en el imaginario de Occidente, y ha sido propuesta repetidamente, muy a menudo en una versión que debe mucho al cristianismo primitivo. A partir de los primeros decenios del siglo pasado, comenzó a adquirir consistencia en el ámbito del movimiento obrero un proyecto de renovación global de la sociedad, en el cual la propiedad privada sería sustituida por la gestión colectiva de los medios de producción, a la vez que a la atomización individual y a la competitividad sucederían valores basados en la convivencia, la solidaridad y la cooperación. La aspiración comunista de esta tendencia, llamada «socialista», y que contaba con nombres como Robert Owen, Etienne Cabet, Charles Fourier, los anarquistas Josiah Warren y Proudhon, apuntaba la idea de una sociedad fundada sobre su comunidad y unas organizaciones autónomas e independientes, en donde los individuos participaran creativa y libremente en un complejo marco social cercano a la idea de la «sociedad de mercado», pero privada, en virtud del desarrollo de un pluralismo económico democrático, de sus elementos agresivos y de dominio.

A partir de la primera mitad del siglo pasado, contra esta concepción descentralista y antiestatista de la convivencia humana, surgió el llamado por el marxismo «comunismo científico», consistente en la potenciación del Estado -de la mano de un proletariado fantasmal-, la centralización rígida y la planificación económica; en pocas palabras, la supresión de toda espontaneidad y creatividad individual. Desde el punto de vista teórico los anarquistas siempre se han opuesto a esta hipótesis: es más, Marx y sus secuaces representan, por su acentuada propensión totalitaria, la antítesis más clara del anarquismo. Sin embargo, no son pocos los «fieles» convencidos de que el desarrollo de la sociedad en sentido anarquista implica necesariamente el desarrollo del comunismo.

Los libertarios han ido ofreciendo, obviamente, propuestas muy distantes de esta posición. Godwin defendía con convicción la propiedad en el cuadro comunitario; otro tanto hacía Proudhon. Ambos sostenían que la propiedad privada era necesaria para el desarrollo de la autonomía del individuo y de su independencia de juicio; ambos, con argumentos y énfasis diferentes, atacaban al sistema capitalista, pero no porque imponía el principio de propiedad, sino porque pervertía su sentido. Por el contrario, para ambos la propiedad era en el fondo una «garantía de libertad» -escribía Proudhon-; se trataba, siempre según Proudhon, de un seguro contra «los asaltos del poder y el ataque de los semejantes». Los anarquistas americanos adoptaron una perspectiva parecida, contraponiendo constantemente a los poderes fuertes una concepción «defensiva» de la propiedad, formulada por lo demás en torno a la refutación de las opiniones sobre el crédito y la moneda mantenidas por los ideólogos del capitalismo: la propiedad se entendería entonces en los términos del fruto de una cambio justo (Josiah Warren), o producto de un ambiente comunitario-socialista (Stephen Pearl Andrews), como efecto de la abolición del monopolio bancario (Spooner), o como el resultado libre de una «sociedad de mercado» no agresiva (Tucker).

Con Bakunin, Carlo Cafiero, Malatesta, Kropotkin, James Guillaume, Fernand Pelloutier y los célebres "fuera de la ley" antiburgueses de la *Belle Epoque*, el anarquismo se acercó mucho al marxismo, interpretando la historia en un sentido materialista y en clave de lucha de clases, sometiendo el principio de propiedad a un ataque casi indiscriminado y adoptando, de un modo más o menos elaborado, la hipótesis de la abolición de toda posesión individual -la tesis denominada «toma del montón»-. También en este caso tales elaboraciones eran el producto de la situación histórica precisa de la segunda mitad del siglo XIX, en donde los mecanismos de poder parecían resumirse en la opresión de la clase trabajadora y campesina. Esta simplificación, sin embargo, fue repudiada por los anarquistas de las generaciones sucesivas. Una vez más es emblemática la trayectoria individual de Kropotkin y Malatesta, que pasaron de un proyecto comunista -en el peor sentido del término- a posiciones más abiertas y posibilistas. El recorrido del segundo es ejemplar. A mediados de los años veinte, en una amigable polémica con el «individualista» Max Nettlau, reafirmaba su fe en el comunismo libertario -contrapuesto al autoritario-, pero admitiendo que su antagonista tenía razón al decir que «para que haya verdadera libertad (...) es necesario que existan oportunidades de elección y cada uno pueda ajustar libremente su propia vida abrazando la solución comunista o la solución individualista». Tres años después, la reflexión le había llevado a definir su opción en los términos de una pura preferencia personal y a adoptar un pragmatismo experimentalista y antidogmático que descartaba *a priori* la solución «comunista»:

Con Bakunin, Carlo Cafiero, Malatesta, Kropotkin, James Guillaume, Fernand Pelloutier y los célebres "fuera de la ley" antiburgueses de la Belle Epoque, el anarquismo se acercó mucho al marxismo.

"En conclusión, a mi me parece que ningún sistema puede estar vivo y liberar realmente a la humanidad de la servidumbre atávica, si no es como fruto de una evolución libre. La sociedad humana (...) debería ser el resultado de la necesidad y de la voluntad, concurrentes y contrastadas, de todos sus miembros que, probando y volviendo a probar, encuentran las instituciones que en un momento dado son las mejores posibles, y las desarrollan y cambian a medida que cambian las circunstancias y la voluntad. Se puede, por tanto, preferir el comunismo, o el individualismo, o el colectivismo, o cualquier otro sistema imaginable, y trabajar con la propaganda y con el ejemplo por el triunfo de las propias aspiraciones. Pero es necesario guardarse, so pena de un desastre seguro, de pretender que el sistema propio es el sistema único e infalible, bueno para todos los hombres y tiempos, y que deba hacerse triunfar por otros medios que no sean la persuasión que proviene de la evidencia de los hechos".

Los trabajos de Malatesta se situaban en el momento en el que el anarquismo se desprendía del paradigma clásico. La mayor parte de los pensadores posteriores -de Berneri a

Fundamentalismo anarquista

Goodman- se han movido en esa misma línea. No obstante, entre los exponentes de la *vulgata* no pocos reivindican cualquier forma de «comunismo libertario» -una flagrante figura retórica-. En estos casos, con ese enunciado se pretende aludir a la organización que la sociedad futura debería adquirir después de la, así llamada, revolución. La adhesión dogmática al paradigma clásico ha conducido al desarrollo de un lenguaje en el cual se hacen presentes, de forma más o menos servil, desechos del marxismo; los modelos de acción política y de elaboración intelectual de los anarquistas están en general orientados, sobre todo después de la segunda guerra mundial, hacia una crítica de las instituciones capitalistas cercana, por argumentos, retórica y lenguaje, a la tradición socialcomunista. También en este caso me parece evidente la presencia del mismo dilema: la complejidad de las opciones y la perspectiva de soluciones creativas e inusuales del anarquismo post-clásico -por ejemplo, la actividad de interacción/transformación en la lucha contra el capitalismo- parecen postular el posicionamiento de la identidad anarquista en una zona independiente y autónoma respecto a las «razones de la izquierda», en cuya órbita no pocos militantes e intelectuales se han movido por mucho tiempo. Esta situación desencadena, por tanto, la reacción de típica defensa del «fundamentalista»: el «comunismo» se convierte, para algunos, en un mito fundador, presupuesto irrenunciable y objetivo final, transformándose en un verdadero «principio fundamental».

El abstencionismo

La cuestión de la abstención se sitúa en un plano diferente respecto a los mitos de los que ya nos hemos ocupado. Desde un punto de vista teórico posee una relevancia indudablemente menor; por otra parte, su *status* en el anarquismo es mucho menos ambiguo que el de la «revolución» o el del «comunismo». Sin embargo, quizás revele mejor que estos últimos la naturaleza moralista y dogmática del «fundamentalismo» anarquista y sus conexiones con el dilema de la identidad histórica.

El anarquismo es notoriamente incompatible con cualquier modelo político fundado sobre la representación -en el sentido general del término-. Sus exponentes más señalados han condenado unánimemente la mistificación intrínseca en el núcleo de la democracia representativa, reprobando sin ambages los procesos decisionales a ella asociados, a los que contraponen la autoorganización, el federalismo libertario y la democracia directa. Eso es así en lo que respecta a las cuestiones de principio. En cuanto a la estrategia, en la segunda mitad del siglo XIX los teóricos de la anarquía predicaron casi unánimemente la abstención en cuanto método para movilizar a las masas y estimularlas hacia la acción popular directa, llegando a pronunciarse explícitamente contra el sufragio universal -Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Tucker-. Sin embargo, es importante darse cuenta de que la crítica anarquista de los procesos electorales se sitúa en la esfera de los valores ético-políticos: el voto es una práctica absurda cuando se acepta su interpretación en clave de representación, es decir, si se lee como el signo de un proyecto de plena expresión política, como agotamiento de esperanzas y proyectos de cambio. En otras palabras, participar en las elecciones es mistificante sólo si expresa un consenso o un asentimiento en relación a las estructuras estatales, gubernativas, etc. Tan cierto es esto que Proudhon se hace elegir diputado, Cafiero y Bakunin aconsejaron el voto en algunas ocasiones y Malatesta expresa larvadas opiniones posibilistas. «¿Quiere esto decir que nosotros, socialistas revolucionarios, preferimos el despotismo de uno solo o el sufragio restringido al sufragio universal?», escribía Bakunin, «¡En modo alguno! Lo que nosotros afirmamos es que el sufragio universal, considerado en sí mismo, (...) no es otra cosa que un señuelo para el pueblo». También Goodman, que se jactaba en público de su abstencionismo de principios -«yo soy anarquista, no voto», declaró a

Judith Malina en una de sus primeras entrevistas-, se comprometió sin embargo en más de una campaña electoral, con fines pacifistas y antinucleares.

La abstención se configura por tanto como un «principio fundamental» de naturaleza ético-política, pero implicando la posibilidad de un voto instrumental, desenganchado de cualquier sentido «existencial». Este voto instrumental parece plenamente compatible con la apuesta anarquista, sin descartar, obviamente, la potencialidad de movilización y politización -en sentido fuerte- que las campañas abstencionistas puedan asumir en circunstancias históricas y geográficas favorables. Mejor dicho, el voto es indiferente respecto a la identidad profunda del individuo; aceptar la hipótesis opuesta -cargar el comportamiento electoral de compromiso y valor- significa simplemente corroborar especularmente la mistificación de la representatividad. Y sin embargo, en algunos sectores del movimiento anarquista, la abstención se ha convertido en un signo diferencial imprescindible, el testimonio más veraz de la diferencia de los anarquistas. Desde esa óptica, la referencia al pensamiento clásico se torna prueba de alteridad y, a la vez, de identidad. No es necesario, por tanto, darle un valor tan profundo a la abstención; ella no es otra cosa que el elemento de comparación más simple, fácil y aproblemático disponible en el mercado, y puede transformarse, en virtud de su centralidad artificiosa, en instrumento moralizante de excomunión y condena. El lenguaje se recubre de matices religiosos -también en esto los integristas anarquistas se asemejan a la derecha americana y al extremismo islámico-: el «anarquista» que vota se contamina, rechaza su identidad, etc. La paradoja llega a ser evidente si tenemos presente que entre los más obstinados defensores de este abstencionismo encontramos personas que, profesionalmente, «colaboran» con todo tipo de poderes fuertes: maestros, profesores universitarios, periodistas, asesores de multinacionales, etc. Sobran los comentarios.

Mas allá de la crisis

Los rasgos de esta *forma mentis* que he intentado identificar, me parecen el producto de una crisis histórica de largo alcance, esto es, de los problemas derivados de la necesidad de conceptualizar de un modo nuevo, diferente al de los maestros del siglo XIX y principios del XX, la función del anarquismo en el mundo contemporáneo. El desarrollo de los mecanismos que he denominado «fundamentalistas» -de forma polémica y no sociológica o filosófica, como ya se dijo- tiene, por consiguiente, la función de proteger una identidad ideológica puesta en crisis a lo largo de esta modernidad tardía, evitando que los enfrentamientos y los desafíos significativos -pienso, por ejemplo, en la hipótesis bookchiana del municipalismo libertario- provoquen reflexiones traumáticas y debilitadoras. Esta mentalidad integrista parece, sin embargo, contraria al espíritu de libre investigación y de pragmatismo experimental típico del anarquismo, o mejor dicho, puede ser una negación de principios más peligrosa para su identidad que cualquier otra, de cualquier género. En fin, ya que también yo me visto las ropas del «fundamentalista» -aunque sean las del antifundamentalismo-, termino con una consideración de Lakatos, al cual Paul Feyerabend consideraba un «compañero del anarquismo»: «un programa de investigación tiene éxito si conduce a un tratamiento progresivo de un problema; no tiene éxito si conduce a un tratamiento regresivo de ese problema. "Para obtener el primer resultado" la franja defensiva de hipótesis auxiliares debe resistir los ataques de los controles, ser adaptable y readaptable, o también, para defender un núcleo consolidado, ser completamente sustituida».

PIETRO ADAMO es historiador, autor de *Il Dio dei blasfemi. Anarchici e libertini nella Rivoluzione inglese* (1993) y miembro del consejo de redacción de la revista *Volontá*. (Traducción de Antonio Morales Toro. Servicio de Documentación de la Fundación Salvador Seguí). Este artículo apareció en la revista italiana *Volontá* con el título de «Fondamentalismo anarchico», en el número 1 de 1996 (páginas 173-191).

De la libre determinación a la intervención humanitaria

África es hoy, a los ojos de la audiencia occidental, un lugar en el que el hambre, la violencia, la desestructuración social y la inestabilidad política de regímenes autoritarios o semidemocráticos son elementos definitorios. África[1] es el Tercer Mundo, aquella parte del planeta que todavía no ha alcanzado el nivel económico, cultural o político propio de las sociedades "desarrolladas", es decir, que todavía no es genuinamente democrática, ni genuinamente capitalista y donde sólo cabe ir de turismo o de cooperante.

No hace tanto tiempo, el Tercer Mundo era otra cosa. Con el fin de los imperios coloniales europeos, tras la Segunda Guerra Mundial, los nuevos estados representaron la esperanza de un nuevo orden internacional, más justo, pacífico y equitativo. Las miradas de la izquierda occidental se volvían con optimismo y satisfacción hacia los movimientos de liberación nacional y los nuevos regímenes.

Y es que el surgimiento del Tercer Mundo tomó el cariz de una revolución que pareció cambiar los términos de la relación que, hasta entonces, había mantenido Europa con los "pueblos de color". La "precoz" descolonización de las colonias y dominios europeos en África y Asia modificó significativamente el sistema internacional, que reconoció el estatus de Estado a poblaciones consideradas antes como incapaces de regirse por sí mismas y consideró ilegítima cualquier situación de carácter colonial.

En el ámbito internacional, los nuevos estados aparecieron como un tercer protagonista, al desmarcarse políticamente del enfrentamiento ideológico que mantenían los bloques surgidos en la posguerra. El Movimiento de No Alineados se presentó como la alternativa pacífica a un mundo en permanente peligro de guerra nuclear. Objetivos vertebradores de este movimiento "tercermundista" eran la lucha por la libre determinación de los pueblos y la defensa a ultranza de la soberanía de los nuevos estados y del principio de no injerencia. La lucha por la independencia y los intentos de las nuevas superpotencias de ampliar sus respectivas zonas de influencia hicieron de la soberanía y la no injerencia un arma inestimable para los líderes del Tercer Mundo en foros internacionales como Naciones Unidas.

Pero en la posguerra fría la situación parece haber cambiado en relación al papel que está desempeñando (o mejor dicho, que no desempeña) el Tercer Mundo, y en especial África. Aquél aparece ahora, no como protagonista, sino como sujeto receptor de ayuda para el desarrollo, en donde el Estado se juzga, desde los países occidentales, incapaz de hacerse cargo de una población que en los casos más extremos depende de la cooperación internacional (es el caso de los refugiados). La violación de derechos humanos, hoy más "visibles" que cuando había otros intereses geoestratégicos en juego en el marco de la guerra fría, se invoca para cuestionar la inviolabilidad del principio de no injerencia. Este principio, asumido como fundamental en los textos del sistema internacional, se ve ahora debatido al aceptarse la posibilidad de una in-



El proceso descolonizador se vio acompañado de una ampliación del principio de libre determinación como un derecho a la independencia política de todas las poblaciones,

tervención militar en ciertos casos de "urgencia humanitaria".

Al mismo tiempo, los estados occidentales se consideran legitimados para tutelar a los gobiernos africanos, condicionando su ayuda a cambios económicos y políticos que se dirijan a la implantación del modelo democrático de libre mercado (único concebible, por lo que parece, tras la desaparición del bloque soviético).

África se presenta actualmente como sujeto de tutela y de injerencia, y no tanto como protagonista de relaciones internacionales. Y aunque desde su surgimiento tras la descolonización el Tercer Mundo fuera dependiente de los estados del norte o sufriera una relación neocolonial, lo significativo de nuestra época es el cambio en el discurso y en las reglas que rijen el sistema internacional. Hoy comienza a denunciarse que el reconocimiento de un derecho absoluto a la no injerencia y al respeto de la soberanía ha llevado a gobiernos africanos a violar los derechos humanos de sus poblaciones y minorías sin que hayan sufrido condena internacional alguna. De este modo, se reclama un papel más activo de la llamada "comunidad internacional" en la lucha por el respeto de los derechos humanos, y se discute la inviolabilidad de la soberanía de los estados.

Un nuevo énfasis en los derechos humanos, la democracia formal y el libre mercado tras la guerra fría parecen estar provocando el cuestionamiento de los principios de libre determinación y no injerencia. Lo que pretendemos aquí es recordar el papel que en el proceso de descolonización desempeñó el principio de soberanía y los cambios que aquel proceso provocó en el sistema internacional. En segundo lugar, nos retrotraeremos al tiempo en que el Tercer Mundo desarrolló un papel activo en la escena internacional en el marco del Movimiento de No Alineados. Por último apuntaremos las causas que están provocando un nuevo giro en aquella situación tras el final de la guerra fría. No vamos a debatir apenas la bondad o maldad de estos acontecimientos; la reflexión la dejamos al juicio del lector.

Las nuevas independencias y el derecho internacional

Para el mundo occidental del siglo XIX y principios del XX, era natural la existencia de territorios dependientes de Europa, fenómeno que se legitimaba con la idea de un supuesto atraso cultural y social de unas poblaciones no preparadas para el mundo moderno. El final de la situación colonial significó tam-

De la libre determinación a la intervención humanitaria

bién el final de esta forma de pensamiento. La lucha contra el dominio colonial se hizo a través de la reivindicación del derecho a la *libre determinación* de todos los pueblos, y no sólo de los europeos (o de los considerados equivalentes).

Se ha considerado la Carta de Naciones Unidas de 1945 como la primera vez en que la libre determinación se recoge en un texto de carácter normativo. El art. 1.2., de forma similar al art. 55, lo recoje del siguiente modo: "*Art. 1* Los propósitos de las Naciones Unidas son (...) 2. Fomentar entre las naciones relaciones de amistad basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y al de la libre determinación de los pueblos, y tomar otras medidas adecuadas para fortalecer la paz universal".

En las décadas posteriores se desarrolló el proceso descolonizador, a través del cual las colonias europeas en África y en Asia alcanzaron inesperadamente, como en un fenómeno dominó, la independencia. Este proceso se vio acompañado de una ampliación del principio de libre determinación, enarbolado e interpretado por los líderes de la descolonización como un derecho a la independencia política de todas las poblaciones y un impedimento a que se siguieran manteniendo situaciones de dependencia colonial. Naciones Unidas, en donde el bloque anticolonial fue aumentando el número de sus miembros con cada independencia, fue el foro internacional en el que se legitimó la descolonización, de tal suerte que el principio de libre determinación fue asumiendo un significado claramente anticolonialista.

El Movimiento de No Alineados desempeñó un papel de moderador en un contexto internacional belicoso, y proporcionó cierta cobertura y protección internacional a los nuevos estados.

El principio de libre determinación, asiento de la soberanía de los nuevos estados, se recogió en tratados y resoluciones hasta convertirse en fundamento, no sólo ideológico, sino también jurídico, del nuevo orden internacional. Vamos a hacer un recorrido por los textos más importantes. Los *Pactos Internacionales sobre Derechos Humanos* de 1955 desarrollaron el principio de la libre determinación, recogiendo también su dimensión económica: "Art. 1.1. Todos los pueblos tienen el derecho de libre determinación. En virtud de este derecho establecen libremente su condición política y proveen asimismo a su desarrollo económico, social y cultural. 2. Para el logro de sus fines, todos los pueblos pueden disponer libremente de sus riquezas y recursos naturales, sin perjuicio de las obligaciones que derivan de la cooperación económica internacional basada en el principio de beneficio recíproco, así como del derecho internacional. En ningún caso podrá privarse a un pueblo de sus propios medios de subsistencia".

La *Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales* (Resolución 1514/XV, 1960) considera la independencia como un objetivo improrrogable, y rechaza definitivamente la doctrina evolucionista de la soberanía, sostenida por las potencias coloniales, según la cual sólo los pueblos con capacidad para el autogobierno merecían el estatuto estatal. El art. 3 de esta resolución expresa claramente que "la falta de preparación en el orden político, económico, social o educativo no deberá servir nunca de pretexto para retrasar la independencia".

El principio de libre determinación se puede considerar hoy como principio fundamental del orden jurídico internacional. Así lo recoge la *Declaración sobre los principios del derecho internacional referentes a*

las relaciones de amistad y a la cooperación entre los estados (Resolución 2625/XXV) que, ya en las postrimerías del proceso descolonizador, establece como primer principio fundamental el de que "los estados se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado o en cualquier otra forma incompatible con los propósitos de las Naciones Unidas".



El **contenido** del principio de libre determinación que se reconoce desde este momento como fundamento del sistema internacional no deja de tener sus contradicciones:

1. El derecho de libre determinación va a significar, fundamentalmente, el derecho a constituirse en Estado soberano. Los pueblos a los que se refiere dicho derecho están constituidos por aquellas poblaciones que habitan en el interior de las fronteras administrativas trazadas por las potencias coloniales. Pueblos son las poblaciones coloniales y ninguna otra comunidad o grupo social. La adopción de las demarcaciones territoriales coloniales como fronteras de los nuevos estados ha provocado en África la fragmentación de grupos culturales, y la agrupación de otros dentro de una misma organización política -el Estado-, que reclama para sí el monopolio del poder. Ello ha provocado que, en numerosas ocasiones, el grupo en posesión del aparato burocrático de aquél haya sido incapaz de distribuir su poder entre el resto de los grupos.

2. La libre determinación se entiende en este momento como el derecho del nuevo Estado a establecer su propio régimen político y su propio sistema económico, pero no como el derecho de las poblaciones a elegir democráticamente a sus gobernantes. Condicionar el reconocimiento internacional a la adopción de un determinado régimen político hubiera supuesto, en aquella visión de las cosas, una limitación intolerable al objetivo de terminar definitivamente con el régimen colonial. Por otra parte, la situación internacional de guerra fría impedía la formulación de una definición internacionalmente compartida de democracia interna.

3. El principio de libre determinación conlleva la obligación de los estados de abstenerse de interferir en los asuntos internos de otros estados. El principio de no intervención estaba recogido ya en la *Carta de Naciones Unidas*, en su art. 2.4. Las únicas excepciones a este principio de no injerencia son la existencia de una amenaza a la paz y la seguridad internacional o el caso de agresión de un Estado a otro. Por tanto, cualquier otra circunstancia, como la violación por un Estado de los derechos humanos de su población, cuyo respeto está recogido como principio fundamental de derecho internacional, no legitima la intervención de ningún otro Estado dentro de sus fronteras.

Los nuevos estados independientes, por lo tanto, asumieron los principios de derecho internacional que garantizaban la soberanía y la no injerencia, y ampliaron su ámbito de aplicación a todos las poblaciones del mundo. Se diluyó la concepción evolucionista según la cual los pueblos no civilizados eran incapaces de alcanzar el autogobierno y necesitaban ser regidos por Occidente. Reconocido a los pueblos no europeos, el principio de la libre determinación contribuyó a legitimar la expulsión del dominio occidental sobre los territorios colonizados y auspició la aparición de nuevos estados. A partir de la segunda mitad del siglo XX, tras el proceso descolonizador, la única legitimidad que se va a admitir en el orden internacional es la de la soberanía nacional, en su formulación actual de la libre determinación de los pueblos.

El Movimiento de No Alienados

Junto a los cambios en el orden jurídico y en el sistema de legitimación, la descolonización dio lugar a la aparición de nuevos protagonistas en la arena internacional, que comenzaron a desempeñar un papel independiente. El proceso descolonizador se llevó a cabo en un contexto de guerra fría, en el que

De la libre determinación a la intervención humanitaria

Estados Unidos y la Unión Soviética lideraban dos bloques de estados enfrentados en una lucha profundamente ideológica. La guerra fría constituyó un momento paradójico, en el que la carrera de armamentos y la amenaza de guerra nuclear permitieron un *impasse* bélico en el que pudieron llevarse a cabo las independencias. Pero a su vez fue tiempo de gran tensión militar. Las dos superpotencias, en competición por ampliar sus zonas de influencia, vieron en los nuevos estados independientes un nuevo campo de acción. Ello provocó en parte una profunda militarización de los nuevos estados.

En este contexto, los nuevos líderes de lo que empezó a conocerse como Tercer Mundo decidieron desmarcarse del conflicto entre bloques. De este modo surgió el Movimiento de No Alineados, cuyo origen puede remontarse a la Conferencia afroasiática de Bandung en 1955, y cuya primera cumbre se celebró en Belgrado en 1961. Promotores fundamentales de esta nueva forma de estar en el mundo fueron Nehru (India), Tito (Yugoslavia) y Nasser (Egipto). Los No Alineados planteaban la necesidad de una coexistencia pacífica entre los estados como alternativa a las relaciones militarizadas y agresivas que estaban caracterizando el sistema internacional de posguerra.

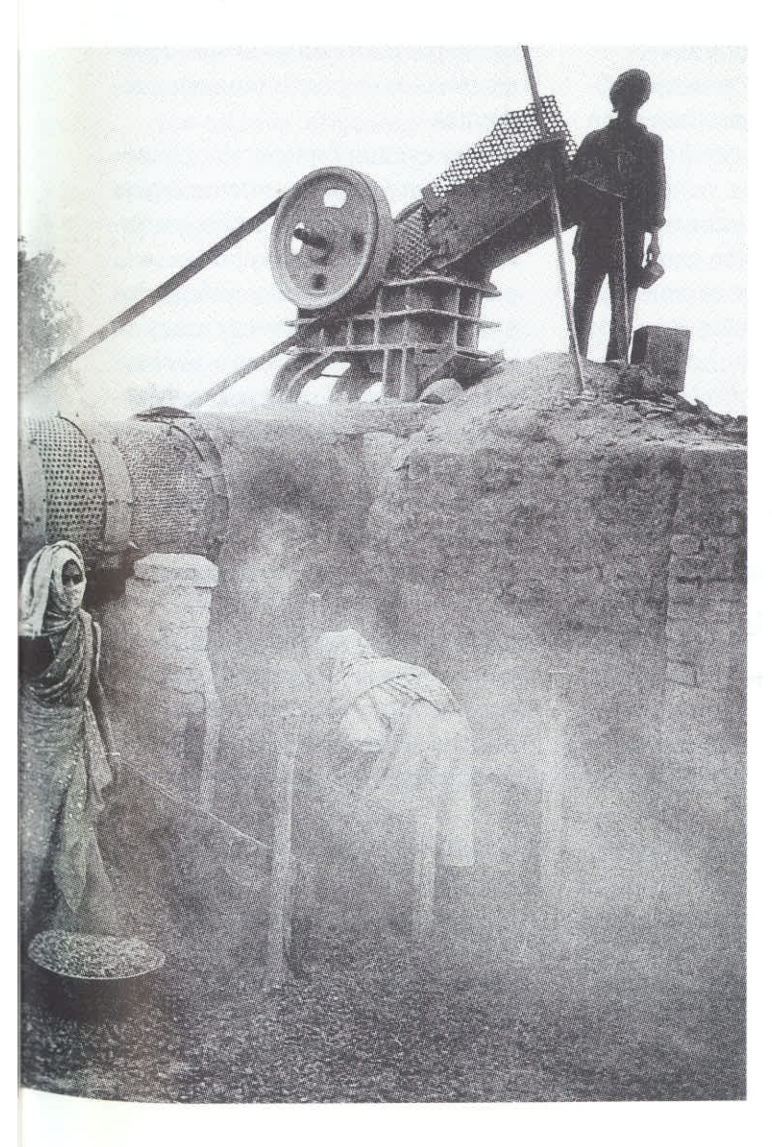
A medida en que iban independizándose, los nuevos estados africanos fueron sumándose al Movimiento, que a su vez constituyó una plataforma de apoyo a los movimientos de lucha por la independencia. En las primeras cumbres (Belgrado, 1961; El Cairo, 1964; Lusaka, 1970) el énfasis prioritario se puso en los principios que fomentaban el fin de la colonización y garantizaban la independencia de los nuevos estados respecto a las grandes potencias y las antiguas metrópolis: el principio de soberanía nacional e igualdad soberana, el de no injerencia en los asuntos internos de otros estados, el derecho a la libre determinación de todos los pueblos bajo dominación colonial, la inviolabilidad de las fronteras legalmente establecidas, la libertad de todos los estados para determinar su sistema político y perseguir su desarrollo económico sin intimidaciones exteriores o la oposición al imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo.



Junto a estos principios se subrayaban los encaminados a conseguir el aplacamiento en las tensas relaciones internacionales de la guerra fría. Así, los No Alineados insistían en el principio de coexistencia pa-

cífica de todos los estados, en su oposición a la división del mundo entre alianzas político-militares, en la prohibición del uso de la fuerza, en la necesidad de una reglamentación pacífica de las diferencias... El Movimiento de No Alineados desempeñó un papel de moderador en un contexto internacional belicoso, y proporcionó cierta cobertura y protección internacional a los nuevos estados recién surgidos frente a las pretensiones de los países del Norte.

Una vez conseguidas las independencias, el énfasis del movimiento se situaría en el ámbito económico y del desarrollo. En la Cumbre de Árgel (1973) se pusieron de manifiesto las relaciones de dependencia económica y de neocolonialismo que parecían estar impidiendo la verdadera independencia de los estados del Tercer Mundo. De ahí que se pusiera ahora el acento en principios tales como la soberanía permanente sobre los recursos naturales o la necesidad de un *nuevo orden económico internacional* que permitiera terminar con la situación de dependencia de los estados tercermundistas, a través de medidas tales como la fijación de precios justos, el control de las empresas multinacionales o la transferencia de tecnología.



En esta misma línea, la Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (CNUCYD), dirigida por los países descolonizados, que eran mayoría en Naciones Unidas, reclamó en sus diferentes reuniones el establecimiento de aquel *nuevo orden económico internacional.*

Aunque expresamente se rechazó todo alineamiento tanto con el bloque capitalista como con el socialista, los principios económicos defendidos por el Movimiento de No Alineados eran claramente antiliberales y defendían un papel activo del Estado en los asuntos económicos como modo de promover el desarrollo.

A pesar de un posicionamiento claro por la independencia, tanto política como económica, los estados del Tercer Mundo sufrieron desde el principio una relación de dependencia, fundamentalmente económica, con respecto al Norte. Las anteriores relaciones coloniales con las metrópolis europeas, casi imposibles de superar, la incapacidad de los nuevos estados para ir más allá de sus intereses nacionales (a pesar de las declaraciones programáticas), las presiones de las superpotencias por mantener una presencia constante, la oposición frontal de Estados Unidos al Movimiento de No Alineados, el deterioro constante de los términos del intercambio, el endeudamiento sin medida de los gobiernos... y, en general, la entrada por la puerta trasera en el sistema capitalista internacional, hicieron de la dependencia, y no de la independencia, la característica predominante de las relaciones Norte-Sur.

Y sin embargo, no podemos olvidar la importancia que, en este contexto, tiene la afirmación de la soberanía nacional y el principio de no injerencia en los asuntos internos. Soberanía que en muchas ocasiones también ha servido de justificación a los gobiernos para regir despóticamente, sin respetar lo que hoy entendemos por derechos y libertades fundamentales, y con la abstención de los demás miembros del sistema internacional. Pero con la contrapartida de evitar, al menos formalmente, una mayor intromisión de los estados más poderosos en los nuevos estados y de dar una mayor capacidad a las poblaciones del Sur de influir en su destino polí-

De la libre determinación a la intervención humanitaria

tico. Todo esto parece estar cambiando sutilmente en los últimos años.

EL FIN DE LA GUERRA FRÍA

La desaparición de la Unión Soviética y el consecuente final de la guerra fría, que se quedó sin uno de sus contendientes, ha sido el acontecimiento que ha marcado el fin de siglo. El bloque que tenía como bandera el capitalismo y la democracia liberal ha resultado triunfante y puede presentar ahora su modelo político como la única alternativa viable.

El final del juego bipolar ha acabado con los móviles geoestratégicos que dirigían la política exterior de los estados del Norte. Y hoy aparece una renovada preocupación por la implantación de los derechos humanos y la democracia formal en todo el mundo. Según esta percepción, ya no cabe modelo político alternativo a la democracia capitalista y por lo tanto tampoco tiene sentido reconocer a los estados un genérico derecho a elegir el propio régimen político (elemento fundamental, como hemos visto, del principio de libre determinación): la elección está hecha.

Hoy se perciben como un fracaso los proyectos desarrollistas asumidos por los nuevos estados independientes tras la Segunda Guerra Mundial. Dependencia económica, violencia estructural, pobreza y autoritarismo político son el balance desolador que todos hacen de la situación en África. El concepto de Tercer Mundo ha cambiado de significado: el tercermundismo no es ya una posición activa, identificada con el pacifismo, el desarrollo y la equidad; tercermundismo es sinónimo de miseria, económica y cultural.

Y ante este situación vemos cómo en el Norte se reproducen, en los conceptos de *desarrollo y subdesarrollo*, las ideas de *civilización y salvajismo* que legitimaron en otro tiempo la expansión europea y el colonialismo. Asistimos sin extrañarnos a razonamientos que nos hablan de la necesidad de que el Norte vuelva a "tutelar" a las poblaciones del Sur, que han sido incapaces de regirse por sí mismas. Las opiniones públicas occidentales, sensibilizadas por el "efecto CNN", reclaman a sus gobiernos una mayor involucración en los problemas de África.

Y así África, que ha perdido interés económico para los mercados internacionales, ha ganado protagonismo como ámbito civilizatorio de "Occidente". El continente ya no se ve como campo de operaciones de las superpotencias ni como esperanza de la izquierda radical, sino como escenario de sangrientos "conflictos tribales" (Somalia, Ruanda, Liberia...) que "Occidente" tiene el deber moral de atajar. Las manifestaciones de esta nueva "sensibilidad" no suponen un cambio decisivo con respecto a las relaciones e incursiones anteriores de los estados occidentales en África. Dependencia económica e injerencia política son elementos permanentes de la historia moderna africana. Lo que varían son los móviles y la justificación, al tiempo que se anuncia un previsible futuro en que estos acontecimientos se percibirán como corrientes.

Nos estamos refiriendo a fenómenos como el de la *intervenciones* humanitarias llevadas a cabo en Somalia, en Ruanda o la proyectada para el conflicto de los refugiados en Zaire. Estas intervenciones se basan en dos asunciones: el reconocimiento de la soberanía no puede ser un derecho absoluto y los derechos humanos deben estar garantizados por la llamada "comunidad internacional".

Otro fenómeno creciente es el de la *condicionalidad* de la ayuda a la adopción de planes de ajuste estructural que, vigente desde hace algún tiempo (década de 1980), supone la imposición de un modelo de libre mercado con la consecuente reducción de las capacidades del Estado en materia económica. Lo novedoso de nuestra época es la exigencia de cambios en el régimen político, tales como la adopción de procesos electorales y el respeto de los derechos humanos. Ejemplo reciente de esta "tutela política" es el proceso de paz recorrido por Mo-

zambique y auspiciado por Naciones Unidas y la denominada Comunidad de Donantes (integrada por los estados que ofrecen ayuda económica).

Estos fenómenos, cada vez más frecuentes, no se enmarcan en ningún mecanismo internacional de carácter jurídico o institucional. Es más, cabría hablar de su dudosa legalidad, dado el carácter imperativo de la norma de no injerencia en los asuntos internos de los estados, reconocido en la Carta de Naciones Unidas. Y quizá podríamos hablar también de un cambio profundo en la legitimidad internacional, que vuelve a cuestionar hoy el derecho de todos los pueblos a regirse por sí mismos.

Los estados africanos y el Tercer Mundo en general están perdiendo peso en el sistema internacional y aparecen hoy como objeto más que como sujetos activos. Y ello es consecuencia, no sólo de la crisis económica que padecen, sino también del menoscabo del discurso sobre la libre determinación que los agrupaba en torno al Movimiento de No Alineados, hoy tristemente desaparecido.

La decisión sobre la ejecución o no de operaciones de intervención o, en general, de la injerencia política y económica de un Estado en otro, siempre irá mezclada con motivaciones particulares de los gobiernos interventores.

Conclusión

Quizá sea sensato cuestionar hoy la inviolabilidad de la soberanía de los estados y el principio de no injerencia como norma de carácter absoluto del sistema internacional. La violación sistemática de derechos, la omisión de los derechos de las minorías dentro de los estados, la monopolización del poder en manos de élites sin verdadera responsabilidad por sus poblaciones... hacen juiciosa, y hasta transformadora, la crítica al modelo de organización política que hoy domina en todo el planeta: es decir, la crítica del Estado y de su soberanía.

Sin embargo, en este artículo se ha pretendido, por una parte, recordar que el principio de libre determinación y la reivindicación del Estado fueron arma fundamental de los pueblos colonizados, africanos y asiáticos, en su lucha por la independencia, y que fue el reconocimiento internacional de su estatalidad el proceso por el cual aquélla se logró. La defensa de la no injerencia se convirtió en símbolo y bandera de la lucha de los países del Tercer Mundo contra la situación mundial de bipolaridad y dependencia.

En segundo lugar, quiero llamar la atención sobre los posibles peligros de un genérico derecho de injerencia. Cuando se habla de que la "comunidad internacional" debe garantizar los derechos humanos en todo el planeta, por encima de los privilegios de los estados, se olvida que aquella "comunidad" sigue formada precisamente por estados y que la capacidad de decisión sobre cuándo y cómo intervenir está en manos precisamente de los gobiernos más poderosos, política, económica y militarmente. La decisión sobre la ejecución o no de operaciones de intervención o, en general, de la injerencia política o económica de un Estado en otro, siempre irá mezclada con motivaciones particulares de los gobiernos interventores. No estamos insinuando aquí que toda intervención humanitaria esté inducida por móviles ocultos y egoístas; pero mientras los actores del sistema internacional sigan siendo estados, toda injerencia puede suponer un arma de los más poderosos en detrimento de los más débiles.

Los defensores de la responsabilidad del sistema internacional en materia de derechos humanos parecen compartir a veces la idea, de ecos coloniales, de que existen poblaciones del mundo que todavía no tienen la capacidad de regirse por sí mismas. En vez de cuestionar el principio de soberanía en todo el planeta -lo que sería una postura realmente revolucionaria-, nos retrotraen a un pasado, no muy lejano, en que las potencias occidentales exhibieron, con efectos a menudo devastadores, una profunda creencia en la superioridad de su cultura sobre pueblos diferentes.

(1) Las reflexiones realizadas aquí sobre África son aplicables en muchas ocasiones al Tercer Mundo en general.

ALICIA CAMPOS es investigadora del Departamento de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Madrid.

La industria militar: Responsabilidad y dignidad

Empecemos preguntando: ¿Tienen o deberían tener los trabajadores alguna responsabilidad en el producto que elaboran? ¿Deberían tener la posibilidad de influir en qué, cómo y para qué producen?

La industria militar española

- Durante el periodo 1980-86, las cuatro empresas militares más importantes del Estado Español:
  - aumentaron en un 84% sus exportaciones.
  - aumentaron en un 96% sus ventas.
  - aumentaron en un 147% sus inversiones.
  - disminuyeron en un 1,9% sus puestos de trabajo.
- Durante el periodo 1980-91, la industria militar en el Estado Español supuso:
  - un 37% de la inversión pública estatal.
  - un 25% de la investigación pública.
  - un 2,3% de la producción industrial total.
  - un 1,4% del empleo industrial.
  - 50.000 millones de pesetas de pérdidas.

Siguiendo el discurso de Arcadi Oliveres, debemos decir que la industria militar es atípica con respecto a las demás industrias. Por varios motivos:

- por los "inputs", materias primas, factores de producción que absorbe. Materias primas escasas y raras, pocos trabajadores sin especializar y un gran número de altamente cualificados,... Por ejemplo, en Construcciones Aeronáuticas, S.A. (CASA), en 1992 los operarios eran el 41,9% del total de la plantilla.

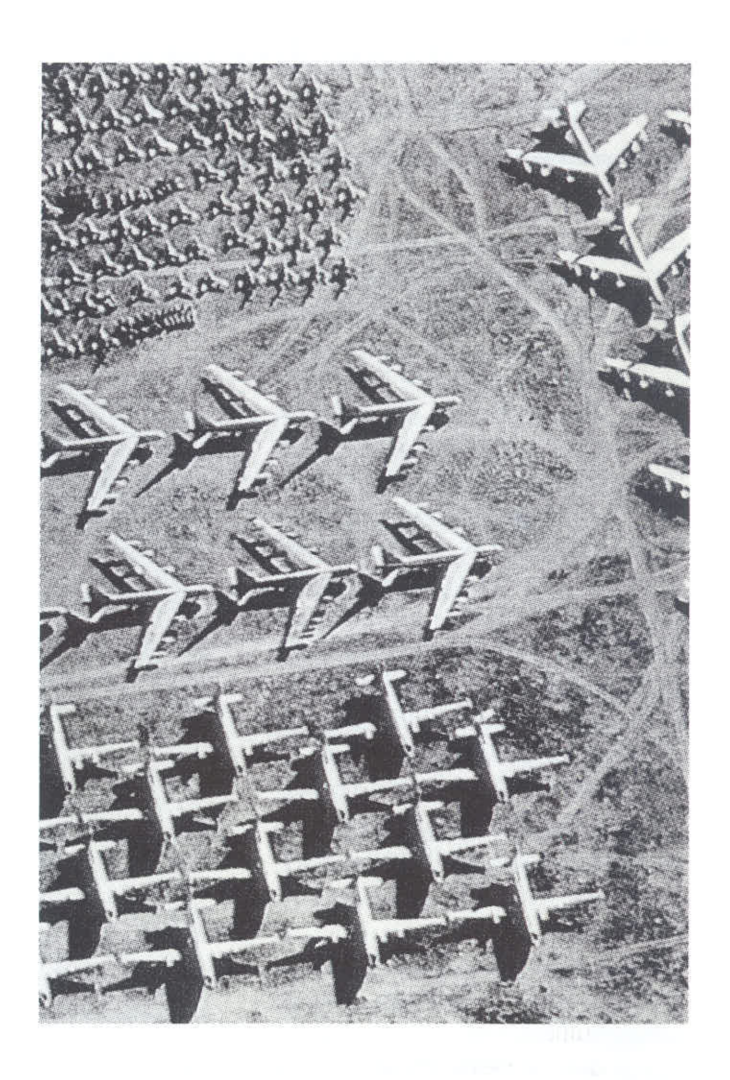
Esta industria absorbe también gran cantidad del presupuesto dedicado a investigación. En los Presupuestos del Estado Español para 1997, se dedica a la investigación militar 48.466 millones de pesetas, un 21,4 % del total que el Estado dedica a la investigación. A la sanitaria, por el contrario, se dedica 12.596 millones (el 26,1% de lo dedicado a la militar), a agricultura y pesca, 8.096 millones (16,8%), al medio ambiente 2.963 millones (6,1%),......

También el coste por puesto de trabajo es muy superior.

- es también atípica por los productos que fabrica, ya que no se pueden clasificar ni como bienes de consumo ni como bienes de producción. Yo diría que son los únicos productos cuya mayor utilidad es que nunca sean utilizados.
- el mercado de estos productos también es atípico. No es un mercado de "libre competencia", sino monopolista u oligopolista, sobre todo en los instrumentos de guerra más sofisticados. El precio no es el elemento básico en este mercado. Lo son las prestaciones. Además, en muchas ocasiones, la fabricación ni siquiera es en serie, sino por encargo. Esto hace que la voluntad de reducción de costes sea prácticamente nula. Este es un elemento importante a la hora de plantear una posible reconversión en industria civil, ya que, seguramente, no será una empresa competitiva.

La industria militar española es pública en un 75% más o menos. Las empresa públicas importantes son:

- Construcciones Aeronáuticas, S.A. (CASA)
- Empresa Nacional Bazán de Construcciones Navales MIlitares, S.A.
- Empresa Nacional Sta. Bárbara de Industrias MIlitares, S.A. : carros de combate, obuses, municiones,...
- INDRA, S.A. : dedicada a la electrónica.



El 25% restante es privado, aunque su relación con la Administración es muy directa: encargos, permisos de exportación, subvenciones,... La industria de armamento es un buen lugar para recolocar altos cargos públicos cuando abandonan sus puestos oficiales.

Mención especial merece el proyecto más ambicioso de la industria militar española hoy en día: el EFA-2.000 (Eurofighter-2.000), antiguamente Avión de Combate Europeo, un avión supersónico con capacidad aire-superficie producido en colaboración con Alemania, Reino Unido e Italia, ya que Francia, que también participaba en sus inicios, lo abandonó.

El precio de cada unidad se acercará previsiblemente a los 7.000 millones de pesetas y España se ha comprometido a adquirir 87. Por el momento ya ha gastado 170.000 millones de pesetas, pero aún tiene que gastar otros 125.000 millones (de ellos 23.000 millones de los Presupuestos Generales del Estado de 1997) en la fase de desarrollo (Investigación).Otros 700.000 millones serán necesarios para la puesta en marcha de las fases de preparación para la producción. Es decir, en total 1 BILLON de pesetas antes de empezar a producir. Para darnos cuenta de su importancia, es suficiente con observar que este proyecto absorbe cerca del 50% del presupuesto de Defensa para Investigación y Desarrollo de 1997.

Como contrapunto, CASA ha eliminado más de 1.300 puestos de trabajo de 1990 a 1995.

LAS EXPORTACIONES ESPAÑOLAS DE ARMAMENTO

Los datos sobre el comercio de armas son secretos o están sujetos a elevados niveles de confidencialidad. A pesar de las campañas organizadas por organizaciones no gubernamentales (Amnistia Internacional, Intermón, Greenpeace y Medicos Sin Fronteras), los resultados han sido escasos, por lo que los datos que aquí aparecen no reflejarán totalmente la realidad.

De todas maneras, se puede afirmar que España está exportando por un valor anual no inferior a los 50.000 millones de pesetas.

Hay tres paises que en la última decada se han convertido en clientes preferentes: Turquía, Marruecos y Tailandia. Absorben casi la mitad del valor de los contratos firmados en este periodo. De 1991 a 1996, los diez primeros clientes han sido:

Tailandia.	6.000 millones de pts.
Malaisia.	-----
Marruecos.	7.000
Chile	4.800
Corea del Sur.	19.000
Arabia	3.600
Angola	12.800
Filipinas.	2.000
Francia.	11.200
Eslovaquia.	10.000

La industria militar: Responsabilidad y dignidad

Durante los años 80, los principales clientes fueron Egipto, Irán, Marruecos y México y las áreas preferentes, Oriente Próximo (44%), el Magreb (16%) y América Latina (13%). Las ventas de los años 90 están mucho más diversificadas, siendo Europa (29%) y Asia (28%) los continentes más destacados, seguidos de América Latina (12%) y el Magreb (11%). Las operaciones más importantes tanto en ventas como en contratos en fase de negociación son las aeronáuticas y las navales, realizadas respectivamente por CASA y Bazán. Por ejemplo:

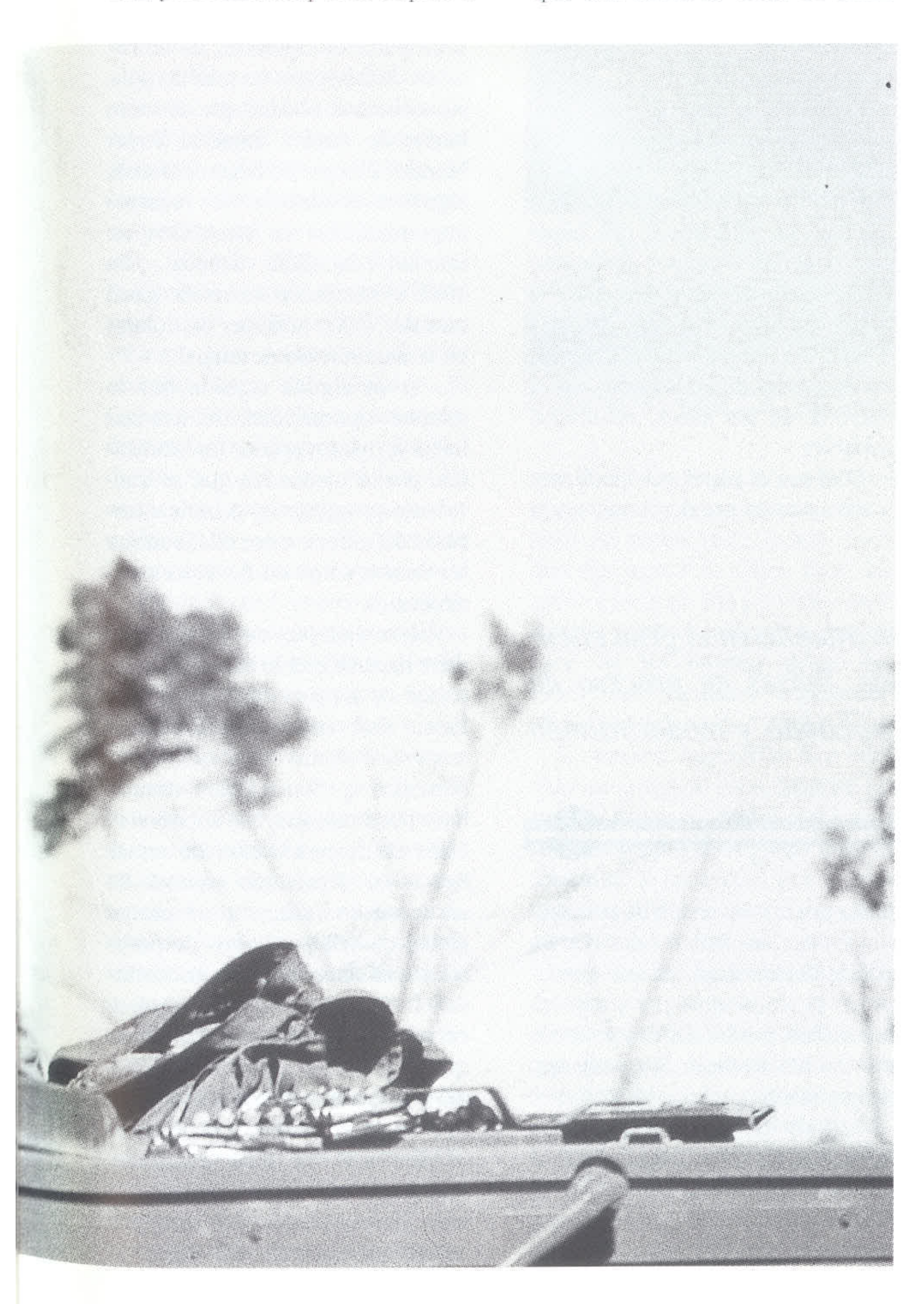
- 3/4 submarinos (100.000 millones de pts) para Tailandia. Año de contrato: 1995.
- 1 portaaviones (50.000 millones) para Tailandia. Año de contrato: 1992. Entrega en 1997.
- 2 portaaviones (90.000 millones) para China. Año de contrato: 1995.
- 12 aviones de transporte CN-235 (19.000 millones) para Corea del Sur. Año de contrato:1992. Año de entrega: 1993-94.
- 6 aviones de transporte C-212 (10.000 millones) para Marruecos. Año de contrato: 1993.

El mercado asiático se está convirtiendo en el gran cliente de los mercaderes de armas. Países en proceso de expansión económica que están ampliando y modernizando sus fuerzas militares. Las conse-



cuencias que este rearme puede tener para el futuro de la zona las veremos, seguramente, dentro de unos años en nuevas imágenes sangrientas en los medios de difusión.

No podemos olvidar que algunos de los principales clientes de esta industria española no se caracterizan, precisamente, por su respeto a los derechos humanos, e incluso están en conflicto (Marruecos con los saharauis, Turquía con los kurdos, Indonesia con Timor,...) o tienen serios problemas internos. Creemos que no se respeta la legislación ni española ni europea sobre exportación de material militar, ya que ésta limita la venta de armas cuando en el país de destino se dan determinadas circunstancias.



Aunque las empresas públicas de armamento sean mayoritarias en el sector, en el País Vasco, prácticamente la totalidad de la producción militar está en manos privadas, eso sí, con la ayuda de las diversas Administraciones. La información es abundante, gracias al trabajo del grupo antimilitarista Gasteizkoak de Vitoria. Unos pequeños apuntes:

- se han encontrado minas fabricadas por Explosivos Alaveses, S.A. (EXPAL) en Angola, Mozambique, Sahara, Marruecos, Mauritania e Irak (aunque no figuran en las partidas de exportaciones).

- Las carcasas de las bombas químicas utilizadas por Irak contra Irán fueron fabricadas por esta misma empresa.

- Muchas de las bombas que cargaron los B-52 estadounidenses en Morón durante la Guerra del Golfo, eran de un pedido urgente del Ministerio de Defensa español realizado a esta empresa, que anuló la reducción del 50% de la jornada de trabajo que tenía aplicada desde octubre del año anterior.

- Parece ser que EXPAL ha desarrollado, y los aviones españoles ya están equipados con ella, la "Minibomba Nuclear" o Bomba Expansiva de Aire Combustible (BEAC), cuya "capacidad aniquiladora es comparable, según los expertos, a una bomba nuclear táctica) (*El Mundo*,5-12-92)

- Durante 1993, las diversas instituciones (Gobierno Vasco, Diputación Alavesa y Ayuntamiento de Vitoria, entre otras) aprobaron ayudas y subvenciones a GAMESA (Grupo Auxiliar Metalúrgico, S.A., empresa cuya producción es militar en más del 80%) por valor de 15.000 millones de pesetas.

La industria militar: Responsabilidad y dignidad

- De 1989 a 1993 España ha vendido armas ligeras, que se fabrican en el País Vasco, a Colombia, Guatemala, Perú, Sudán, Líbano, India, Indonesia,....

- En la guerra de la antigua Yugoslavia, las fuerzas croatas disponían de pistolas STAR (Eibar,Gipuzkoa) y ASTRA (Gernika, Bizkaia)

Para terminar este capítulo sobre exportaciones, comentar que según datos de Intermón, de 1980 a 1990, se han utilizado créditos de los Fondos de Ayuda al desarrollo para financiar exportaciones militares por valor de 61.767 millones de pesetas, es decir, la cuarta parte del total de dichos créditos.

El mercado asiático se está convirtiendo en el gran cliente de los mercaderes de armas. Países en proceso de expansión económica están ampliando y modernizando sus fuerzas militares.

LOS SINDICATOS Y TRABAJADORES ANTE LA INDUSTRIA MILITAR

Durante muchos años el movimiento antimilitarista ha centrado sus escasos esfuerzos contra la industria militar en intentar incidir sobre los trabajadores y sindicatos directamente implicados. ¿Estrategia errónea? Por lo menos incompleta. Y, por supuesto, muy complicada de llevar adelante, ya que chocábamos de frente con la defensa del puesto de trabajo. Hoy en día, sin olvidarnos del papel que deberían jugar los sindicatos, tratamos de incidir y denunciar el papel primordial de las diversas Administraciones, sin cuya ayuda, las empresas de armamento, en la mayoría de los casos, resultarían inviables.

Cuál sea el papel que sindicatos y trabajadores pueden tener en la lucha por la conversión de la industria militar en civil no me corresponde decirlo a mí, ya que desconozco prácticamente por completo la realidad, posibilidades y recursos del mundo sindical. Sin embargo, dos apuntes:

- solidarizarse con los pueblos oprimidos es pura hipocresía si al mismo tiempo no trabajamos, en la medida de nuestras posibilidades, para que uno de los elementos principales de opresión, las armas, dejen de fabricarse en nuestro país. No debemos olvidar que el mero hecho de vender armas al Tercer Mundo, aunque no llegen a usarse, significa el desvío de recursos imprescindibles en otros campos: sanidad, educación, vivienda,....(En 1987, el mundo en desarrollo gastó más de 34.000 millones de dólares en la importación de armas).

- si en alguna ocasión hay la mínima oportunidad de avanzar hacia la reconversión, los sindicatos, por lo menos los que se consideran progresistas, deberían lanzarse de cabeza a por ella, aunque les cueste votos en las elecciones sindicales.

Como ejemplo de lo que NO debe hacerse está lo sucedido en el sector de armas cortas en el País Vasco. Este sector consta de tres empresas: Llama (Vitoria), Astra (Gernika) y Star (Eibar, cerrada hace pocos meses), que suponen el 100% de la producción de armas ligeras en el mercado español. Es un sector en crisis, con un pasivo global de 4.500 millones de pesetas, cuyos acreedores son institucionales. Regulaciones de empleo, excedentes laborales,.... La salida que se plantean es la reordenación del sector, creando una nueva fábrica y cerrando las otras tres. ¿Cuál es la diferencia con otras situaciones semejantes? Que por motivos no muy claros, parece ser que por cesión empresarial, en Astra, el

comité de empresa compuesto por ELA y LAB es titular del 50% de las acciones; en Star lo mismo, aunque en el comité tienen presencia minoritaria CCOO y UGT y en Llama el 100% de las acciones están en manos del comité compuesto por CCOO, UGT y USO. El Parlamento Vasco instó al Gobierno para que realizara el máximo esfuerzo para acordar un plan de reordenación del sector. El Gobierno intentó llegar a un acuerdo con las tres empresas (y los sindicatos, por supuesto). Incluso LAB anunció en rueda de prensa la creación de la nueva "Corporación Europea de Armas", surgida de la fusión de las tres empresas, aunque todo quedó en agua de borrajas ya que CCOO, UGT y USO se desvincularon. Esta es la historia. Ni los sindicatos, ni las instituciones, ni el propio movimiento antimilitarista y de solidaridad con los demás pueblos del mundo han (hemos) movido un solo dedo para aprovechar esta ocasión inigualable con un sector en crisis y los sindicatos en posición de fuerza, e impulsar la conversión en industria civil. Ni siquiera que se estudiara esta posibilidad en igualdad de condiciones con las demás opciones.

El único sindicato que ha tenido el valor de responder a las escasas críticas antimilitaristas ha sido LAB, que afirma: "Nosotros somos y nos sentimos antimilitaristas (....). Sin embargo defendemos el derecho que tienen los pueblos y colectivos oprimidos en organizarse y levantarse en armas. Esto quiere decir que las armas y sobre todo las armas ligeras no son perversas en sí mismas, sino la utilización que se hace de las mismas desde las estructuras estatales represivas" (*Iraultzen*, marzo de 1997)



Si vemos a quiénes se han vendido las armas de estas fábricas, no parece ser que sean "pueblos y colectivos oprimidos", sino todo la contrario. Y las armas, por lo que suponen de desvio de recursos, son perversas en sí mismas.

En el mismo órgano de difusión del sindicato, en julio de 1997, se afirma que: ".... los trabajadores que fabrican los productos no son responsables de las consecuencias que se derivan de su venta y utilización.(....) lo prioritario es mantener el sector como única forma de garantizar el mayor volumen de empleo".

(El sector ha pasado de 562 trabajadores en 1992 a 352 en 1997 y dos expedientes que afectan a 100 de ellos)

¿Qué discurso utilizan y qué práctica sindical elaboran los compañeros de CGT que trabajan en CASA y otras empresas del sector? ¿Tiene similitudes con los de LAB? ¿Procuran impulsar los sectores civiles, que las mismas empresas han puesto en marcha, por encima de otros puntos a la hora de negociar?

En el fondo, la cuestión es si somos responsables (¿en qué medida?) de lo que hacemos en nuestro trabajo y de las consecuencias que tiene para la sociedad, o si somos meros instrumentos en manos de ¿.....?. Los trabajadores no son responsables del uso que se les da a las armas que fabrican. La patronal de fabricantes dirá, seguramente, lo mismo. Los vendedores (intermediarios) son....eso, meros interme-



diarios. ¿El comprador es el responsable? Seguro que no. Su objetivo no es utilizarlas para matar a nadie, sino garantizar el bienestar y la seguridad de los ciudadanos. El político deja en manos de profesionales (militares y policías) la función de proteger a la sociedad. Estos profesionales se limitan a cumplir órdenes lo mejor que saben. ¿Conclusión? El responsable de morir por un arma fabricada en España o en el País Vasco es ,seguramente, el muerto que se puso en el camino de la bala o en el sitio donde estalló la bomba o la mina. Sin embargo, y a pesar de todas estas ausencias de responsabilidades, es bien conocido por todos que el fácil acceso a armamento hace mucho más factible que un conflicto derive en enfrentamiento armado. E insisto, el mero hecho de comprar armas es causa indirecta de muerte y miseria.

Es cierto que es un terreno en el que todos somos responsables y no cabe culpabilizar a los trabajadores de la industria armamentística para exculparnos nosotros. Pero también es verdad que a ellos les toca más de cerca y sus posibilidades son mayores.

Por eso sería conveniente tomar medidas que nos ayuden a hacer lo que esté en nuestras manos. Un primer paso podría ser que uno de los miembros, por lo menos, de las secciones sindicales de las industrias de armamento participase en

El movimiento antimilitarista ha centrado sus escasos esfuerzos contra la industria militar en intentar incidir sobre los trabajadores y sindicatos directamente implicados. ¿Estrategia errónea? Por lo menos incompleta y muy complicada de llevar adelante.

los colectivos antimilitaristas de su localidad e hiciese de puente para el intercambio de inquietudes y propuestas. Seguramente esa sección sindical no va a desarrollar todas las iniciativas que le lleguen del grupo antimilitarista, y tampoco deba hacerlo. Pero sería posible recoger alguna y, en todo caso, de ese intercambio de sensibilidades (sindical y antimilitarista) pueden ir surgiendo, aunque sean pequeñas, propuestas de avance.

Todos somos responsables en cierta medida, si no hacemos lo posible por acabar con ello. ¿Que es imposible?¿Que no merece la pena?¿que no hay nada que hacer? "¿Y la dignidad, o es que para usted no tiene sentido la palabra dignidad? (Frase extraida, más o menos, de un diálogo de la película "La estrategia del caracol")

BIBLIOGRAFIA:

- Revista "Campo Abierto", boletín informativo de TRITON, Colectivo por la conversión de la industria militar. Apdo nº13, 28901. GETAFE
- Dossieres elaborados por el colectivo GASTEIZKOAK (Apdo. 2188,01080: GASTEIZ):
• Industria militar en Euskadi. 1993
• Informe sobre el gasto militar para 1995 y las exportaciones de armamento en 1994.
• Las fábricas de armas cortas en Euskadi
• La otra cara de GAMESA
• Explosivos Alaveses,S.A.: la guerra es una mina.
- Gasto militar y alternativas sociales (1997).- TRITON
- "La batalla por la transparencia en las exportaciones españolas de armamento", Vicenç Fisas (Anuario CIP 1996)

LUCIO TABAR pertenece al grupo antimilitarista *Gerrarik ez*, de Iruña

Anarquía e Internet (sólo para cibernautas)

DESDE SIEMPRE, LA APARICIÓN DE NUEVAS TECNOLOGÍAS HA PROVOCADO UNA DIVISIÓN ENTRE QUIENES VEÍAN EN ÉSTAS UNA POSIBILIDAD PARA DAR UN PASO EN LA FELICIDAD DE LA SOCIEDAD Y QUIENES LAS DENUNCIABAN COMO UN NUEVO MECANISMO DE CONTROL DEL SER HUMANO. INTERNET NO HA ESCAPADO A ESTE DEBATE. EN ESTE CASO PRESENTAMOS UN TEXTO DE UN COMPAÑERO QUE ESTABLECE CIERTAS SIMILITUDES ENTRE MECANISMOS LIBERTARIOS DE ORGANIZACIÓN SOCIAL Y EL FUNCIONAMIENTO DE LA RED INTERNET.

Se piensa que un ambiente con acceso libre a los medios de producción y a las materias primas es el hábitat más eficaz para la organización anarquista. Tal requisito cumplía la red inicial, mantenida por el Estado a cambio de la producción científica y técnica que de ella obtenía. Y en efecto, la forma de organización de esa "mini sociedad" estaba cercana a la teorizada por los anarquistas; cualquier grupo de individuos podía asociarse libremente para producir un programa, bien específico, bien de interés general. Los de interés general eran "liberados" a la red, recayendo pues en beneficio común.

Con la entrada del capital privado, los antiguos habitantes han ido retrocediendo desde el *irrealista* ambiente científico hacia pautas que comienzan a ser más reconocibles. Así, podemos hacer un paralelo entre las asociaciones en la red y, digamos, las que conocemos de los principios de siglo:

InterNet	Asociación de trabajadores (AIT, CNT...)
IETFs	Estructura vertical (de ramo, sector)
ISOC	Estructura horizontal (territorial)
IESG	Plenaria de verticales
IAB	Comisión de conflictos
EFF	FAI

Podríamos seguir un poco más... Los trabajadores veteranos suelen ser sindicalistas activos, los recientes presentan pautas de "afiliado" más moderadas, ..., así hasta llegar al mínimo del simple "usuario de servicios" que no ve más que algo por lo que paga y quiere una contraprestación. Por otro lado, sería excesivo estirar la equivalencia hasta llegar al "sindicato de base"; habría que hilar muy fino los distintos oficios.

Nótese además que mientras los "trabajadores" de la red llegan a esta estructura "retrocediendo", la CNT alcanzó esta estructura "avanzando" desde las miserias del siglo anterior. Más que un paralelo, lo que estamos viendo es, salvando distancias y pautas de crecimiento, un empalme.

La estructura básica aquí es más bien la "fuerza de tareas de ingeniería", Internet Engineering Task Force. Un área IETF crea grupos de trabajo con mandato especifico (un standard, un sistema de conexión, cual-

quier problema que resolver) y la forman todos los miembros de la comunidad *Internet* que quieran, simplemente comunicando por cualquiera de los medios habituales su deseo de participar. Los debates se realizan de forma electrónica, de manera que los grupos de trabajo están siempre en "asamblea permanente".

Cada uno de los grupos elige de entre sus miembros más activos un secretariado que organiza la documentación. Estos secretariados se agrupan en el Internet Steering Group, que asegura la coordinación entre Task Forces.

La privatización trajo el problema de tener que defender el "estilo Internet" entre las nuevas compañías. Para ello, y aprovechando que el gobierno americano quería un interlocutor -que, dicho sea de paso, tiende a reconocer solo cuando le interesa-, se creó la Internet Society. Esta es ya una sociedad con afiliados y de organización territorial, tendiendo a adoptar una estructura confederal. La ISOC se ocupa de la defensa externa de la red -por ejemplo, la defensa judicial del nombre "Internet"- y cubre los gastos de los secretariados de las IETF. Además, la ISOC integra parte de una comisión de arbitraje conjunta con miembros de las IETF, el Internet Architecture Board.

Si bien la mayoría de regulaciones vitales para la red pasan por este mecanismo, no es obligatorio comulgar con él. Así, tanto empresas como individuos se asocian a veces en grupos de trabajo no vinculados a las Task Forces. El mecanismo de trabajo suele ser similar, aunque a veces se exige un registro previo, o se distingue entre asociados de cuota y simpatizantes por libre. En todo caso, las empresas han aprendido que distanciarse del esquema IETF para aventajar a la competencia puede significar la marginación... y la consiguiente perdida económica. Además, existe la alternativa de las Research Task Forces, a las que -si el proyecto no tiene impacto a corto plazo- se les permite trabajar con reglas de admisión.

PRODUCCIÓN

Vista como sociedad de productores, la red fabrica comunicaciones, archivos de información y programas informáticos. Para ello pone en común los medios de producción que se poseen (programas y conocimientos) y crea tanto nuevas herramientas comunes como productos finales, de "consumo".

Esta sociedad se agrupa utilizando las conexiones ofrecidas por los llamados transportistas de información. Afortunadamente, los costes son lo suficientemente bajos para no interferir en el proceso, pero hay que reconocer aquí una pequeña debilidad. Empero, el sistema de conexión, gracias a su método no jerárquico, dificulta el monopolio y, además, la red de transporte es a su vez red comercial: hay empresas que venden servicios a través de Internet, y por ello presionan a la baja los precios de conexión.

No consideramos producción de Internet la vendida por dichas empresas; son cosas que ya vendían antes de estar conectados. De igual modo, no consideramos miembros de la "comunidad de producción Internet" a la gente que se conecta con un transportista de información solo para obtener material, sea de dichas empresas o sea material producido directamente por Internet. Tales personas son usuarios, pero no trabajadores de Internet. Las empresas les cobran; nosotros lo hacemos en la esperanza de que algún día serán aportaciones de trabajo o información a la red. Somos lo suficientemente ricos en producción para permitirnos esperar.

De hecho, lo normal es que un usuario se incorpore a la comunidad

Anarquía e Internet
(sólo para internautas)

como productor de información, aportando sus conocimientos específicos sobre una tarea que él sabe cómo hacer, un hobby sobre el que es experto, etcétera. Por otro lado, los usuarios con habilidades técnicas rara vez pueden soportar la tentación de pasar a producir u organizar sistemas de comunicación y paquetes de programas informáticos. Así, la Internet ha inventado una serie de programas de comunicación para distintos tipos de datos: sonido, escritos, fotografías, imagen en movimiento, etc.

Finalmente, la Internet ha producido -y sigue produciendo- *software* libre para casi todas las necesidades informáticas. Esto representa el mayor orgullo de la red, ya que para "liberar" el *software* no basta con que éste sea gratuito. Como en todas las ramas, hay técnicas y secretos de fabricación (Es por ello que



el capital intenta tener de su lado a los cuadros técnicos). En el *software* "liberado" se suministra además el código necesario para crear el programa, y algunas veces incluso un método para contactar con los que han ido construyendo y modificándolo. Se crean además foros de discusión que permiten a los más inexpertos resolver sus dudas, y a los técnicos más expertos coordinar sus esfuerzos a la hora de ampliar un programa de los ya existentes

Cuando un programador modifica un programa "libre", se le pide una condición de solidaridad: si las adaptaciones que ha realizado pueden ser beneficiosas para otros, debe a su vez liberarlas a conocimiento publico, siguiendo las instrucciones que el propio programa da para ello. No se autoriza la creación de *software* "de pago" que utilice código libre (la implementación legal de esto es la famosa "General Public License" de la asociación GNU) .

El encadenamiento de estas modificaciones termina creando programas mucho mas eficientes que los comerciales, aunque con una imagen y una presentación bastante menos "comercial". Los usuarios que se benefician de ella comprenden así tanto las virtudes como las limitaciones del trabajo en equipos no controlados.

El *software* libre esta claramente en contradicción con los teóricos de la competición de mercado. Para nosotros es una consecuencia lógica del estado de superproducción al que conduce el libre acceso a los medios de producción -y que a su vez es necesario para mantener éste-. El fenómeno, incluso a la pequeña escala de un microsistema como Internet, puede llegar a causar problemas a la producción "real" de las grandes compañías.

GOBIERNO Y LEGISLACIÓN

We reject kings, presidents,
and voting.
We believe in rough consensus
and running code.
IETF Credo
Dave Clark (1992)

(Rechazamos reyes, presidentes
y votaciones.
Creemos en los consensos
y en el código que funciona)

Dado que la comunicación ha de poder ir de cualquier punto a cualquier otro de la red, la coordinación es vital para su propia existencia. Las compañías telefónicas, los correos y todos los que se enfrentaron anteriormente con este problema optaron por métodos estatalistas, más o menos suavizados por la competencia. Internet optó por aplicar los mismos métodos que en cualquier otra de sus actividades, lo que se vio facilitado por el pequeño tamaño de la red inicial.

Desde siempre, las normas de Internet han sido llamadas "Solicitudes de comentarios", Requests For Comments. En el principio, cualquier grupo o individuo desarrollaba una idea que pensaba útil para la red, le daba un numero de orden en la lista de RFCs, y con ello la hacía publica, quedando a la voluntad de los demás el adoptarla o no.

El mismo mecanismo, ligeramente modificado para adecuarse al nuevo entorno, se mantiene vigente. Cualquiera puede emitir RFCs, con la salvedad de que si el IESG opina que existe una Task Force relevante, se sugiere a las dos partes que hagan antes una discusión (lo cual puede culminar bien en documentos independientes, bien en una refundición).



Anarquía e Internet
(sólo para internautas)

En cualquier caso, una task force no emitirá un dictamen si no existe consenso (como dice su lema, las votaciones están prohibidas. Esto es lógico ya que la "circunscripción teórica" de un IETF la forman todos los usuarios). En tal caso, dejará la situación evolucionar hasta que el consenso se alcance o algún grupo consiga una solución que funcione a gusto de todos, lo que a su vez aportará al grupo más elementos de debate.

Los documentos en discusión se publican en una serie llamada de "Internet-Drafts", y se autodestruyen a los seis meses de la publicación. Finalmente, el IESG sanciona los documentos acordados, dándoles un numero RFC. En caso de conflicto puede apelarse al IAB.

La validación como RFC no promulga tal norma como si fuera una ley. Una RFC lleva la indicación de quién es su autor, y además una etiqueta: Informational, Best Current Practice, Historical, Standard, etc... Los Standards se dividen en "Propuestos", "En prueba" y "Globales" (o "Internet Standard"), según el porcentaje de máquinas (usuarios) que se compruebe están cumpliendo la norma. Así, una norma no pasa a ser tal hasta que se mida que un alto porcentaje de los usuarios la está cumpliendo. Las RFCs reflejan este grado de cumplimiento, de forma que cada usuario puede intuir la cantidad de problemas que tendrá si decide no seguirla. Una etiqueta alternativa puede ser la de BCP, "mejor práctica actual", que se otorga en circunstancias "de facto", cuando se constata un hecho pero que no se está seguro de su adecuación como standard. O cuando se necesita una solución temporal a un problema que ha acaecido antes de tener las técnicas adecuadas para resolverlo.



El resto de las tareas organizativas se suele llevar a cabo de forma parecida. En general, la Internet gusta de disociar todo aquello que está bien definido y que no necesita de un cuerpo legislativo central. Así, los números Internet son asignados a los transportistas por una agrupación específica de interesados, la IANA, creada, eso sí, a sugerencia de una RFC. Algo parecido ocurre con la asignación de nombres, que depende de una comisión distinta de la de números, etcétera.

¿Derrota? Al menos, incertidumbre

En la comunidad virtual nos preguntamos cuánto tiempo de vida le queda a nuestro sistema. Si los nuevos usuarios comienzan a mostrarse partidarios de algo más regulado, respaldado por empresas u organismos de prestigio, su incorporación masiva afectará a los fundamentos mismos de Internet, pues ésta no puede oponerse a la decisión de sus componentes.

Frente a los aspectos cooperativos, la publicidad oficial sigue insistiendo en los problemas éticos y los negocios oscuros. Se sigue influyendo sesgadamente en la decisión de conectarse o no a la red y se hace del "estar conectado" un punto de desprestigio social. Incluso buena parte de los elementos progresistas se alinean en este intento, llevados de su instintiva desconfianza respecto al "amigo americano" (ignorando quizá que gran parte de la tecnología (WWW, Linux) tiene raíces europeas). Si cala esta propaganda, o si se reduce la red a una mera opción de negocio, quedaremos solo un poco más allá de lo que ya había sido diseñado de arriba abajo por las compañías telefónicas al hacer sus super teletextos.

La ventaja territorial ha permitido a los nativos de Internet parar los primeros ataques del capital. Los "guerrilleros" de la Electronic Frontier Foundation jugaron dentro y fuera de la red neutralizando los ingenuos intentos iniciales de censura, y la Internet Society se ha empleado a fondo en su papel negociador. Pero ahora las grandes compañías han aprendido la lección, y comienzan la guerra de desgaste, esperando enfriar poco a poco los rescoldos de la comunidad primitiva. Saben que tienen a su favor la entrada continuada de empresas y comercios cuyas gentes nada bueno saben de otro esquema que no sea el liberalismo. Y tienen la paciencia que proporciona el control del capital.

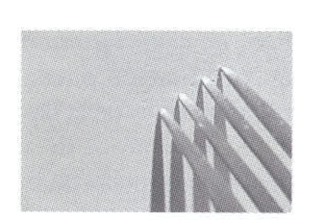
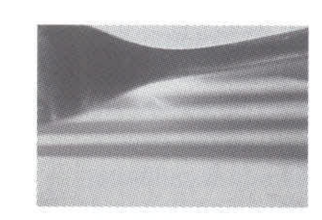
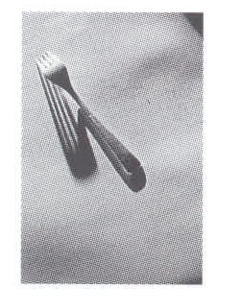
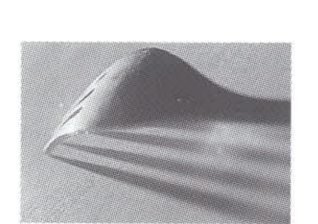
Y ante ello, la comunidad Internet se debate en dudas. Por ejemplo, se discute si los grupos de trabajo deben pasar a ser asociaciones de cuota, o si deben o no estar ligados a la ISOC. La misma ISOC está aun en pañales. Por ejemplo, las secciones españolas, aun sin cristalizar en una unión confederal sólida, se encuentran su terreno comido por pretendidas asociaciones de informáticos alrededor de Microsoft y otras empresas con ambiciones. La capacidad propagandística de éstas es alucinante, y de cuando en cuando vemos pasmados cómo pican incluso usuarios tecnológicamente hábiles, y hasta concienciados, optando por soluciones comerciales que estaban mejor resueltas con *software* libre.

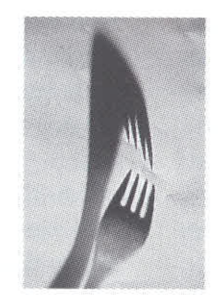
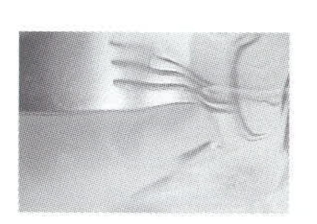
Hoy por hoy, no está claro que el espíritu de colaboración pueda aguantar sin diluirse antes de la llegada masiva de los usuarios de a pie, dependientes en mucho de la instalación del cable y de aparatos de línea domestica. En tal caso, los trabajos de organización deberían comenzar otra vez desde cero. Sea lo que sea, las dudas se resolverán pronto, pues en estas tecnologías los hechos consumados son cuestión de poco tiempo.

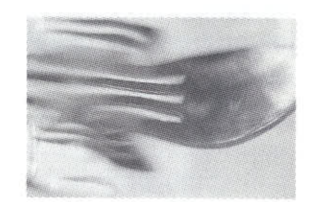
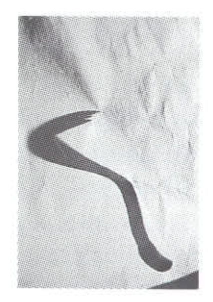
ALEJANDRO RIVERO es profesor del Departamento de Física Teórica de la Universidad de Zaragoza.

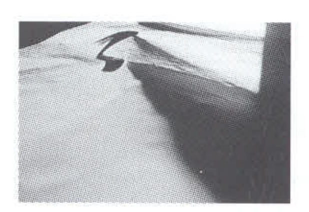


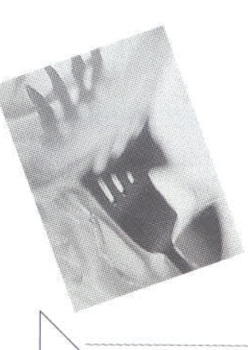
Romance

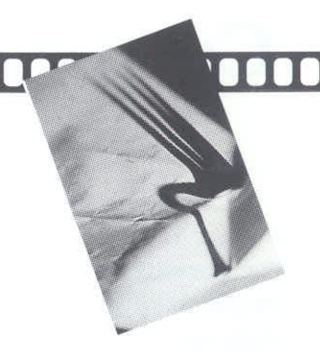



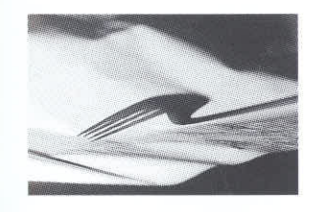




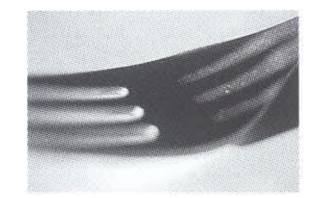




mudo

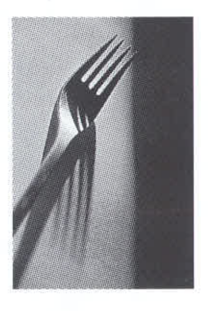


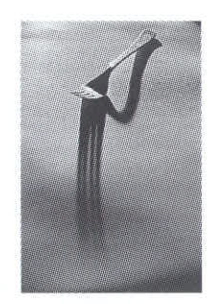




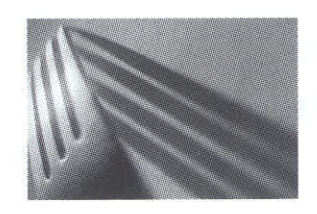


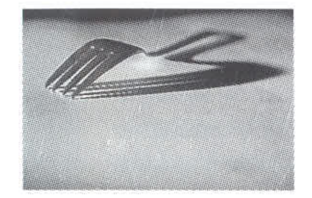














RENY POCH

Competencia en la galaxia del desamor

Desde que asomé la nariz por la ventana supe que iba a llover y, aunque débilmente, así fue. Acertar en estas cuestiones sin importancia, me llenaba de satisfacción: comenzaba, sin duda, un buen día.

Hubiera preferido pasear, pero no era mi intención mojarme, así que, me decidí por el metro. La fina lluvia había conseguido hacerme cambiar de planes y que una legión de desocupados pusieran sitio a la estación y la ocuparan; el tedio y la desesperanza se retrataban en aquellos rostros perdidos en el abandono, y la estación parecía el reino de desamparo.

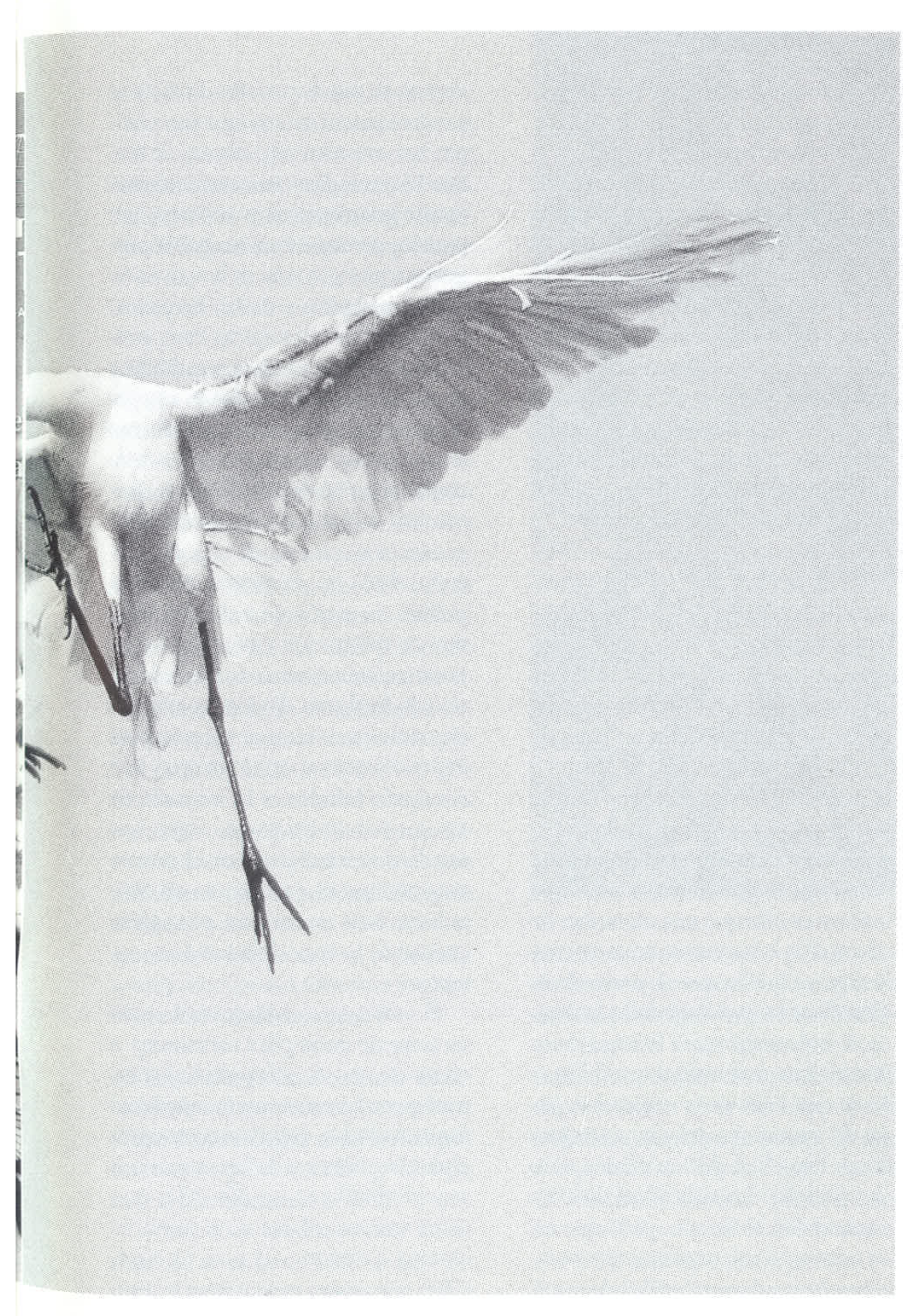
Pese a ser el aburrimiento lo más evidente, lo que daba carácter y, quizás, definía aquel ambiente, era la agresividad. La policía y los guardias de seguridad hacían alarde de su presencia y uno de ellos, grande como un castillo, se llevaba medio arrastras a un joven norteafricano. Fue incómodo atravesar aquel recinto.

Apenas inició la marcha el tren, un hombre mayor de rostro apergaminado, sin expresión, todo él al margen del corazón y perdido en la inmensidad de sus ropas, iniciaba un interesado paseíllo a lo largo del vagón. Su lento caminar y su arrugada cabecilla emergiendo de la profundidad de su enorme y sucia camisa, le daban todo el aspecto de una tortuga. Se acompañaba de un imperceptible y monótono canturreo apenas inteligible y pasaba entre los viajeros como un espíritu del que todos notan su presencia aunque ninguno lo vea, sólo una mujer negra, de facciones angulosas y brillo de cordobán encerado, le dedicó una distraída mirada.

Su viaje hasta el fondo del vagón fue eterno y provocó un automático realojo de todos los viajeros, temerosos de tan siquiera rozarlo y a fin de poder seguir ignorándolo.



Calculaba yo el tamaño del fracaso de tan infructuoso paseo, cuando otro mutante de la galaxia del desamor surgió de la cabecera del vagón dispuesto a tomar el relevo al anciano pordiosero.



Tambaleante, a trompicones y entre los movimientos convulsos de la gente que trataba de evitar sus embestidas, exigía, con los ojos cerrados y a voz en grito, una ayuda para su cuerpo deshecho. Aquel fugitivo del destino, zarandeado por la vida, los espasmos y el movimiento del tren, balbuciente y a golpe de salivazos, trataba de explicarnos que no tenía nada, ni siquiera esperanza, que su vida no era vida, sino espera de la muerte. ¡Ayúdeme! Ayúdeme, babeó a la mujer negra, de la que lo apartó un violento bandazo del tren yendo a estrellarse contra un impecable viajero, horrorizado por la aparición y el impacto. Estoy cansado, gimoteaba entre babas, estoy cansado.

En un abrir y cerrar de ojos, el anciano pedigüeño con aspecto de quelonio, se abalanzó sobre su competidor. Su rostro estaba iluminado y sonreía: Él iba a ser el gran hermano, el bienhechor que enviara al país del descanso a aquel desgraciado. Con velocidad impensable sacó una navaja de barbero y la abrió con la destreza y la elegancia de quien conoce bien el oficio. Las luces del vagón tuvieron tiempo de reflejarse en la bien cuidada hoja, al tiempo que se percibía el rasguido del aire. La mujer negra de brillo de cordobán encerado se retiró de un salto, mientras el cuerpo ensangrentado del joven yonqui se desplomaba sobre la blanca gabardina del viajero impecable, con el cuello rebanado.

MERCHE EDERRA

"CNT y CGT. Qué diferencias nos separan según un cenetista"

Tras la lectura del artículo "CGT y CNT. ¿Qué diferencias nos separan?" de Jesús Sáinz de la Maza en la revista **Libre Pensamiento** (nº 23), creo que podría ser interesante para sus lectores una aportación distinta como respuesta a la pregunta que se formula en el artículo, desde la visión de un militante de CNT, y ese fue mi empeño al escribir lo que sigue.

Sinceramente, creo que buscar las diferencias actuales entre la CNT y la CGT amparándose en la historia del anarcosindicalismo no tiene sentido. Y lo creo por dos cosas.

Primera, porque siempre me ha parecido que bucear en la historia de las actuaciones de otros con el objeto de intentar justificar situaciones y actuaciones de uno mismo es una tarea vana que no lleva sino a esconder el presente. Estoy plenamente de acuerdo en la tesis de que el conocimiento de la historia es fundamental para evitar repetirla. Pero eso no quiere decir que el conocimiento de la historia haga imposible repetirla. Mitificar los momentos históricos de gloria de un movimiento no sirve para aparcarse en ellos, para vivir de ellos y para ellos. Ésa ha sido la acusación que se ha vertido por parte de las «escisiones» hacia la CNT, por lo que choca que ahora se haga por parte de la CGT lo mismo que se criticaba, tanto más cuando habla de "... romper con todo pasado para construir desde cero".

Segunda, porque no tiene sentido para ninguna organización hacerse acreedora de los triunfos ni de los errores del anarcosindicalismo de los años 30; estos triunfos son patrimonio exclusivo de las gentes que los protagonizaron. El que estas gentes se reconozcan en unas u otras organizaciones es algo que sólo ellos pueden decidir. Además, el Estado y el capitalismo serían los más beneficiados en esta reivindicación de la historia, ya que enfrascarían las fuerzas en mirar al pasado en vez de al presente.

En cambio, me parece que el interés de la CGT por hacerse acreedora de la historia del anarcosindicalismo español (como parece que hace, al buscar sus propias raíces en los primeros anarquistas) no obedece sino a un interés, por un lado, de quitar protagonismo en el mismo a la actual CNT, y por otro, a buscar justificación a su «libertad de movimientos» o anarquismo posibilista como ella lo denomina. Y creo que esto no es más que una maniobra de distracción o un mecanismo de confusión, ya que lo que se pretende es identificar la gran variedad ideológica de los anarquistas a lo largo de su historia con una actitud «posibilista». Nada más lejos de la realidad. A pesar de los errores del anarcosindicalismo (muchos de los cuales sólo son posibles de calificar así una vez transcurrido el tiempo, pero que en su momento respondían a una situación extremadamente difícil de resolver) no se pueden confundir tácticas y estrategias. Los anarquistas siempre han resuelto este dilema de formas tan variadas y tan sorprendentemente imaginativas y audaces que pudiera pensarse que no había programa ideológico (tal es la acusación de los marxistas y de las derechas) ni definición estratégica. Pero aunque las tácticas pudiesen cambiar y la pluralidad de ideas fuese amplia, la estrategia del anarcosindicalismo era y es clara en sus principios fundamentales: búsqueda de la transformación social y de los medios de producción a través de la acción directa, de la no participación en la política, negación de todos los sistemas de delegación y de todas las jerarquías, funcionamiento asambleario y federalismo. Todos los intentos de participación en el sistema para intentar «cambiar desde dentro» han resultado fallidos, y la mayoría de los que lo han intentado o bien han resultado engullidos por el propio sistema (que es especialista en ello) o bien han terminado por darse cuenta de la imposibilidad de su intento.

El movimiento anarquista ha sido víctima de múltiples escisiones a causa de uno de sus postulados estratégicos (no meramente tácticos) fundamentales: negación de la participación política y de las estructuras representativas, por entender que éstos son los pilares esenciales del sistema contra el cual se lucha. En la CNT seguimos manteniendo este



postulado. ¿Es esto dogmatismo?; yo creo que este planteamiento sólo es visto como dogmático por los que intentan atacarlo. Porque no lo vivimos así los que lo propugnamos. No es dogmático lo que simplemente se mantiene con firmeza, apoyándose por un lado en el planteamiento y por otro en la autocrítica. Pero la CNT niega el posibilismo porque en eso consiste exactamente la política. Y esto no evita tener que reconocer los errores que sean necesarios dentro de CNT, actualel y a lo largo de toda su historia. Acusar a la CNT de que sus principios están «enquistados» tampoco puede hacerse obviando la negra historia de ataques constantes, no solo por parte del Estado, sino desde dentro; ha sido la organización, desgraciadamente, más trágicamente traicionada por sus propios militantes, incluso por los que en su momento ocuparon los cargos principales de la estructura del sindicato; y así como el que abandona una organización se ve obligado a justificar su actitud, la organización traicionada se ve forzada a «enquistar» posiciones para intentar evitar nuevas deserciones.

¿Acaso la CGT intenta justificar su participación en las elecciones sindicales y en el mecanismo burocrático y económico de las grandes corporaciones sindicales UGT y CCOO, con el pluralismo de la CNT?

Acaso el «anarquismo posibilista» permita aceptar a CGT la participación en las elecciones sindicales justificando el corrupto y degradado sistema de comités de empresa con su participación. Acaso justifique también tener liberados sindicales con lo que ello conlleva de diferenciación entre las bases y las «cúpulas». Acaso se le pueda llamar a eso acción directa. Pero en la CNT creemos que no. Quizás acaso ese «posibilismo» es el que permite a la CGT participar en la gestión de Planes de Pensiones en algunas grandes empresas, mientras que los critica en público; quizás les deje considerar también a los policías como trabajadores. Quizás también le permite firmar despidos en las empresas, participando en el dinero que el patrón reparte después a los sindicatos firmantes del expediente de rescisión por los «servicios de asesoramiento» prestados, aunque después lo reparta entre los trabajadores despedidos.

Volviendo de nuevo al artículo citado, se alegan ciertas cuestiones para minorar las diferencias entre las dos organizaciones con las que tampoco estoy de acuerdo. Cuando se habla de que "CNT también recurre a los tribunales" me parece que se hace un juicio poco acertado, intentando buscar ahí una postura «poco revolucionaria». Paradójicamente, cuando la legislación laboral es más abundante y los derechos sobre el papel más grandilocuentes, más difícil se hace para los trabajadores conseguir que se les apliquen por parte de los patronos esos mínimos legales establecidos; los convenios no se cumplen. Esto es una realidad tangible. En estos casos, la lucha contra la injusticia laboral pasa por ese primer estadio de intentar conseguir el cumplimiento de las leyes y convenios que el mismo sistema establece: pero en absoluto es el único método de lucha, ni es el único que empleamos. La contradicción no es para nosotros, es para los que firman y dan fe desde los comités de empresa de esos convenios que no se cumplen. En cuanto a "las relaciones con los órganos de gobierno" que se citan en el artículo, nuestro patrimonio sindical es nuestro, y es el Estado el que nos lo retiene desde hace más de veinte años. Son ellos los que tienen que decir por qué. Los métodos de recuperarlo puedo afirmar que han ido más allá de una mera «relación con el gobierno».

Sobre lo que se dice en relación a las "posibilidades de unificación", y que ésta se hará según "las condiciones que marque el más fuerte", creo que se comete un error. Si uno se da un paseo por la CNT creo que se observará con facilidad que nada hay más lejos de las intenciones de ésta que una reunificación con la actual CGT. Llevar los mismos colores no representa absolutamente nada. Y puede que los discursos sean en buena parte similares, al menos en apariencia, pero las prácticas no lo son en absoluto. Ni las formas de organización. Se acusa a los "líderes de la CNT" de "obviar la acción" y de "quedarse en las palabras". Bien, yo no conozco a esos líderes. ¿Los hay? Yo no sé que haya líderes en la CNT y menos por "hablar bonito". ¿A que se llama "obviar la acción"? Quizás se llame así a prescindir de participar en lo que denigramos, a no recibir subvenciones, a no organizar el tiempo libre de los trabajadores con agencias de viaje, a no sentarnos en las grandes mesas de negociación donde sólo se negocia la pérdida de derechos, a no tener liberados, a no cortejar a los partidos políticos, a no firmar lo que no queremos firmar, a no tragar con lo que nos echen por tener unos cuantos afiliados más y cuatro duros en la bolsa.

Y en fin, cuando se valora «lo revolucionario» de cada organización, creo que las diferencias aquí se establecen por la propia práctica de ambos sindicatos; no sólo por lo que «se hace», sino también por lo que «no se hace»; por el precio que cada uno le pone a los medios para conseguir los fines que crea que está buscando: yo creo que los fines revolucionarios sólo son métodos revolucionarios. La revolución no consiste sólo en levantamientos, barricadas, sabotajes, ... sino en lo que se hace cada día y en cómo y porqué se hace. Y ahí que cada uno considere lo que está haciendo.

FRANCISCO JAVIER ORTIZ VARGAS es militante del Sindicato de Oficios Varios de la CNT de Córdoba

Euskadi: una realidad crispada

Los antecedentes

No cabe duda de que el asesinato de Miguel Angel Blanco por ETA y la impresionante respuesta de la sociedad, resitúan las posiciones de los distintos agentes y grupos sociales en Euskadi. El gesto de desprecio que ETA ha tenido ante la petición social de libertad y la actitud contra manifestante, a veces con cócteles molotov, han provocado la ira y las ganas de linchamiento hacia los albertzales radicales. La confrontación social y de bloques políticos es hoy más evidente que nunca en Euskadi. Es, no solamente producto de la despiadada ejecución de ETA, sino resultado de muchos años de confrontación social organizada. Atrás quedan los tiempos en los que los contra manifestantes de *Euskalherria askatu* insultaban e, incluso, arrojaban huevos o vidrios contra los portadores del lazo azul. Aquellos lodos ayudaron a traer estos barros. Habría que añadir que el PP ha aprovechado la inmejorable situación en la que le han colocado los hechos para meter a los partidos políticos en el redil de la unidad del mensaje, controlando así discursos y acciones molestas. Socialmente, con un segundo concejal asesinado, tiene, a día de hoy, su cota de aceptación más alta. Dando vueltas a los planteamientos simples, ETA también necesita un enemigo «reaccionario» fuerte que justifique la confrontación. La estrategia victimista de HB está en esta línea. Será aún más aguda a partir del actual juicio a su Mesa Nacional.

La palabra negociación tiene, también hoy menos que nunca, un contenido insignificante, hartamente manoseado y siempre objeto de recurso para salir, siempre sin éxito, de atolladeros políticos. ETA ha demostrado, a lo largo de los últimos once años, no tener el más mínimo interés en propiciar, al menos, un mínimo suspiro que aliente la negociación. Más bien, su estrategia se basa, siempre de cara a la sociedad, en lanzar la pelota de la negociación a la portería del gobierno para sentarse con él en un bis a bis. En su mesianismo de «vanguardia», a ETA sólo le ha interesado el conglomerado social para que éste secunde sus lineas de acción.

El gobierno, aprovechando su negativa, de cara a la sociedad, a la negociación ha utilizado el fenómeno terrorista para justificar, hoy con evidente éxito gracias a ETA, la presencia de las fuerzas policiales insertadas en la sociedad y obtener un respaldo social a su política y a su existencia. A esto se añade una estrategia de unificación de discursos, de crear un solo conflicto: el terrorismo. Los demás problemas, o son insignificantes respecto al primero o no existen.

La sociedad vasca no quiere negociación. Desea que ETA cese su estrategia paranoica y sangrienta. Este firme planteamiento parece ser, por el momento, inamovible. El llamamiento de Iturgaiz para boicotear social y económicamente a los ciudadanos que voten a HB es prolongación del enfrentamiento al que el entorno abertzale radical sometió a otra parte de la población.

Los Derechos Humanos

Tengo, hoy más que nunca, la firme impresión de que las peticiones para el acercamiento de los presos de ETA son, más que otra cosa, maniobras envolventes. Si debemos pedir el cumplimiento de las leyes, que tanto Estado como partidos denominados democráticos han aprobado, para salvaguardar los derechos humanos, es porque dichos derechos se dan por defendibles, en tanto que humanos y extensibles a todo el colectivo humano.

Con la ejecución de Miguel Angel Blanco, ETA ha evidenciado su desprecio más rotundo a los derechos humanos. Se ha erigido, como siempre, en juez y verdugo. Reivindica el cumplimiento de preceptos legales establecidos en la ley del Estado y aún mantiene en su código la pena de muerte, extinta desde hace tiempo en la ley «democrática».

El MLNV, hasta ahora, ha conseguido meter a todos los grupos sociales transformadores y de carácter minoritario en plataformas para el acercamiento de presos hacia Euskal Herria. Hasta el momento, todos estos grupos hemos tenido como buena ésta y otras propuestas

en su sentido abstracto, es decir, sin contextualizar estas peticiones y sin valorar el compromiso ni de ETA ni del MLNV para salvaguardar esos derechos humanos, todos los derechos humanos y para todos. Es hora de plantear esta cuestión de cara a próximas peticiones para el acercamiento de presos. Porque ya va siendo hora de que, como libertarios, nos situemos de una vez ante la realidad vasca y ante ETA y dejemos de ser, como ha sido hasta la fecha, simples firmantes con los que justificar una ficticia mayoría. Nuestro apoyo también debe tener sus condiciones.

Es necesario, hoy más que nunca, negarse a seguir engrasando una maquinaria sanguinaria y esquizofrénica que, bajo apoyos para defender derechos humanos, ignora los derechos más elementales de los ciudadanos a los que da muerte mediante ejecución.

Tendrá que ser el colectivo de presos quienes, antes que nadie, plantee su postura ante la estrategia de su propia organización. Sólo entonces se podrá tomar una postura coherente respecto al acercamiento de los presos. Por el momento, considero inviable el apoyo al acercamiento de los presos de ETA, si este colectivo no se posiciona ante estos derechos, aunque tal idea pueda parecer "utópica".

Los sindicatos

El campo sindical, sin embargo, parece haber quedado al margen en este cruce crispado. ELA y LAB siguen necesitándose para crear el marco vasco, tan deplorable para los trabajadores como el estatal, pero que les reportará el poder que, a nivel estatal, detentan UGT y CCOO. Cabe, probablemente, un cierto silencio, tal como ocurrió cuando LAB se negó a condenar al atentado contra el funcionario de prisiones de ELA. Pero los silencios dan paso a las palabras, y las palabras a los matrimonios, aunque no sean por la Iglesia.

Es cierto que no existen demasiado problemas para realizar acciones concretas con ambos sindicatos, pero lo realmente preocupante es la postura que ante el cariz que toman los acontecimientos tomemos las organizaciones transformadoras. E incluyo aquí a CNT, ESK-CUIS y CGT.

Y aún me interesa más el análisis, que no por obviado, urge que hagan las organizaciones libertarias, incluidos ateneos y centros de estudios, así como sus órganos de expresión o libre pensamiento. Un escollo, sin duda importante, para los anarquistas y libertarios. Porque si aspiramos a convertirnos en referente de nuestra sociedad, en este caso la vasca, debemos analizarla y situarnos coherente y firmemente ante lo que en ella acontece. Nuestro silencio obviador contribuye a que nuestro discurso no se filtre en la sociedad, una sociedad que quiere soluciones concretas y no postulados ideológicos, que por muy libertarios, la alejan de la realidad en la que vive. Nuestro discurso debe encaminarse a aportar, construir, desde planteamientos libertarios, una sociedad libertaria. Saber de dónde cojeamos es imprescindible para remediar la cojera.

Compromiso

Todo el disgregado, y por tanto menos efectivo, conjunto de colectivos asamblearios, verdaderos pacifistas, anarquistas, libertarios, etc., debe comprenderse no en la unificación sino en la unión de fuerzas que ayuden realmente a transformar la sociedad. Y comprenderse es también comprometerse con la sociedad. Creo necesario analizar conjuntamente la realidad, más aún si tenemos afinidades ideológicas, ofrecer alternativas, críticas, posicionamientos, autocríticas, etc.

Pero, reitero, nos urge. La crispación en la que está sumida la sociedad así creo que lo requiere y también nuestro análisis social, para dejar de ir a al carro de los acontecimientos o de quienes lo manipulan, y ofrecer, independientemente, nuestras valoraciones.

IÑIGO ELORTEGI SUAREZ es militante de la CGT de Bizkaia.

BOLETIN DE SUSCRIPCION A LIBRE PENSAMIENTO

Copia o envía este cupón a:
Libre Pensamiento
Compañía, 9 1º izq. 31001 Pamplona

Deseo suscribirme a la revista **Libre Pensamiento,** al precio de 1.700 pesetas, por 4 ejemplares, y renovaciones hasta nuevo aviso, cuyo pago efectuaré mediante:

- ☐ Domiciliación bancaria (Hay que rellenar y firmar el boletín adjunto)
- ☐ Giro postal

A partir del número ....
Nombre...
Apellidos ....
Domicilio particular ....
Población ....C. postal ....
Provincia.......................Teléfono ....
País ....Fecha ....

Firma:



NOTA: La suscripción para el extranjero es de 2.300 pesetas para los 4 números

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Nombre ....
Apellidos ....
Domicilio...
Población ....C.P.: ....
Provincia ....Teléfono ....

Banco/Caja de Ahorros ....
Domicilio de la Agencia.......................................
Población ....
Provincia..
Titular de la cuenta o libreta.................................
Domicilio..

Banco o caja ....
Nº sucursal ☐☐☐ Nº Banco ☐☐☐☐ Nº Cuenta ☐☐☐☐☐☐☐☐

Sírvase atender con cargo a mi cuenta los recibos presentados a mi nombre por CGT.

Firma:

Si has elegido esta forma de pago, envíanos este boletín, o copia del mismo, junto a tu tarjeta de suscripción.

